

64

EL CURA

7
73219

R. 433.853

EL CURA

(CASO DE INCESTO)

NOVELA MÉDICO-SOCIAL

POR

EDUARDO LÓPEZ BAGO



7
73219

La moral moderna consiste en
buscar las causas de los males
sociales, analizándolos y some-
tiéndolos al experimento.
CLAUDIO BERNARD.

MADRID

JUAN MUÑOZ Y COMPAÑÍA, EDITORES

Administración: Espada, 11, bajo.

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de los Edi-
tores.

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

IMPRESA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS, MIGUEL SERVET, 13.

Al inteligente fisiólogo é higienista doctor Domingo Montes y Díez dedica este estudio, como demostración de amistad,

El Autor.

EL CURA



I

Tenia veintidós años. Acababa de cumplirlos el domingo XI de Pentecostés, día que también era el de su santo, San Román, soldado y mártir, cuya conmemoración cae en el 9 de agosto, aniversario de la muerte del arzobispo D. Rodrigo, memorable coronista de la batalla de las Navas.

Román era alto, recio, delgado, de mucha fibra, hermoso de cara como un arcángel, y, como él, poderoso y fuerte contra los enemigos del alma. Acababa de salir del seminario y de decir su primera misa. ¡La primera misa! ¡El ideal de todo el que recibe el presbiterado! La confirmación de que con él recibe potestad completa para consagrar el cuerpo y sangre de Cristo, para distribuir la sagrada Eucaristía á los fieles y para absolver de pecados.

Cuando el obispo le autorizó al efecto ; cuando, al darle las licencias, aquel anciano de cabellos como plata y de riquísimos ropajes, de manos blancas como las de una duquesa, en las cuales brillaba el anillo pastoral, le advirtió con voz dulce que la Iglesia, considerando el altísimo ministerio que diariamente puede y debe ser objeto de la solicitud del sacerdote, viene á decirle: *«Eencialmente radica en ti la potencia de celebrar; pero atiende un poco, reflexiona, estudia con cuidado y observa con esmero cuanto está prescrito para celebrar santamente;»* cuando, después de su examen ante un juez sinodal, recibió el documento precioso con el sello episcopal al pie, lo guardó ¿dónde? sobre el corazón, cubriéndolo antes de besos, llevado de su pasión, sin poderse contener, con el mismo arrebató con que besa el amante y guarda en su pecho la primera carta en que la mujer ha puesto en cuatro carillas estas solas palabras: «Sí. Yo también te amo.» ¡Ah! ¡La Iglesia! ¡La amada de Román! ¡Su única amada, con la cual se había desposado!

Y conservaba de aquel gran suceso de su vida, tan reciente aún, un recuerdo casi sensual, como el que guarda el esposo de la primera noche de bodas.

Dijo, pues, su primera misa en el intermedio

desde la de sábadó santo á la vigilia de Pentecostés. Salió al altar con casulla blanca. Las mujeres que asistieron á la ceremonia lloraron de júbilo al verlo ; su hermana, desde un rincón de la iglesia, asistió también, y aseguraba luégo que parecía un ángel y que la casulla simulaba las alas plegadas y recogidas á la espalda. ¡Oh! Si era simbólico el color usado aquel día por la Iglesia; si aquel blanco recordaba la alegría y las victorias de los bienaventurados, era también, por este mismo simbolismo, el que á Román convenía. Alegre y victorioso estaba su ser entero; y cuando, antes de celebrar, atendida la fragilidad humana, se examinó y procuró remover de sí todo pecado, encontróse con disposición angelical, sin mancha, en verdadero estado de gracia. Y, sin embargo, hizo la confesión sacramental, la prefirió al medio extraordinario de la contrición. Porque la fe nos dice que la víctima ofrecida diariamente en la Iglesia católica es Jesucristo immaculado, purísimo, y la razón añade que las cosas santas, santamente se han de tratar.

Acabo de comparar el regocijo que experimentara Román en aquel su primer día de sacerdocio

con el del esposo en el día primero de su boda, y así era cierto; que no de otro modo, sino como se acerca la virilidad al tálamo, se acercó el cura al altar, recordando en aquel su desposorio con la Iglesia los sublimes conceptos con que celebra este idilio *El Cantar de los Cantares*.

¡Oh! y qué buenas ganas se le pasaron á sus juveniles años, envueltos en misticismo, pero mal envueltos (porque la carne, á los veintidós de edad, forcejea mucho con la sotana sin saberlo el ánima); qué buenas ganas tuvo de no decir todo aquello que dijo en la sacristia, *aquellos latines*, como comentó su hermana, con los que, al lavarse las manos, al tomar el amito, al recibir el alba, al ceñirse el cingulo, al ponerse el manípulo en el brazo izquierdo, ó la estola al cuello, al tomar la casulla, estuvo mascullando: ora el «*Da, Domine, virtutem manibus meis,*» ya el «*Impone, Domini, capiti meo*» ó el «*Praecinge me,*» y, por último, ya revestido y en voz más alta: «*Domine, qui dixisti: jugum meum, suave est, et onus meum leve: fac, ut istud portare sic valeam, quod consequar tuam gratiam. Amen.*»

Sí. No decirlo. Latines bárbaros de la liturgia. ¡Latines! ¡latinajos! Tenía razón *la niña*. Á su juventud, y mejor á sus labios frescos, pedigüeños de caricias, que no llegarían á sentir nunca, por-

que aquellos labios formularon voto de castidad, á sus anhelos de la vida sentaba mejor decir lo que decía Salomón á la hermosa Sulamita, lo que Cristo y la Iglesia se cantaban en un delirio de amorosas alabanzas mutuas:

«Morena soy, oh hijas de Jerusalén, mas codiciable; como las cabañas de Cedar, como las tiendas de Salomón.

»No miréis en que soy morena, porque el sol me miró: los hijos de mi madre se airaron contra mí: hicieronme guarda de viñas, y mi viña, que era mía, no guardé.

»Hazme saber, ¡oh tú á quien ama mi alma!, dónde repastas, dónde haces tener majada al mediodía: ¿por qué, por qué había yo de estar como vagueando tras los rebaños de tus compañeros?

»Mi amado es para mí un manojito de mirra; reposará entre mis pechos.

»Mientras que el rey estaba en su reclinatorio, mi nardo dió su olor.

»Racimo de Cypro en las viñas de Engadi, es para mí mi amado.

»Hé aquí que tú eres hermoso, amado mío, y suave; nuestro lecho también florido.

»Las vigas de nuestras casas son de cedro, y de ciprés los artesonados.

»Como el manzano entre los árboles silvestres,

así es mi amado entre los mancebos : bajo de su sombra deseé sentarme, y me senté : y su fruto ha sido dulce á mi paladar.

» Llévome á la cámara del vino, y su bandera sobre mí fué amor.

» Su izquierda esté debajo de mi cabeza, y su derecha me abrace. »

Y la voz de mujer, voz entonces dulcísima para Román, callaba.

Recordaba el cura los elogios del esposo á la esposa, queriendo hacerlos suyos, queriendo compartir aquel deliquio entre la Iglesia y Cristo.

Recordaba :

« ¡Cuán hermosos son tus pies en los calzados, oh hija de príncipe! Los contornos de tus muslos son como joyas, obra de mano de excelente maestro.

» Tu ombligo, una taza redonda que no le falta bebida.

» Tu vientre, como montón de trigo cercado de lirios.

» Tus dos pechos, como dos cabritos mellizos de gama.

» Tu cuello, como torre de marfil: tus ojos, como las pesqueras de Hesbón, junto á la puerta de Bath-rabbim: tu nariz, como la torre del Líbano que mira hacia Damasco.

» Tu cabeza encima de ti, como el Carmelo; y el cabello de tu cabeza, como la púrpura del rey ligada en los corredores.

» ¡Qué hermosa eres, y cuán suave, oh amor deleitoso!

» Y tu estatura es semejante á la palma, y tus pechos á los racimos.

» Yo dije: Subiré á la palma, asiré sus ramos: y tus pechos serán ahora como racimos de vid, y el olor de tu nariz como de manzanas;

» Y tu paladar como el buen vino, que se entra á mi amado suavemente, y que hace hablar los labios de los viejos.»

Todo, absolutamente todo, lo repetía el novel tonsurado, y en ello no encontraba excitación sino para aquel intensísimo fuego divino en que ardió su alma por el servicio de la religión de Cristo.

De Román no pudo decirse nada tan gráfico como el que sus sentidos no estaban despiertos, porque le habían encontrado siempre con los ojos cerrados durante la oración.

Había pasado hasta entonces por el fuego, sin quemarse; por el agua, sin humedecerse siquiera; el aire no había desaliñado uno solo de sus cabellos; la tierra no la vió, por mirar siempre al cielo.

El color blanco que prescribía la Iglesia cuando celebró su primera misa, sentábale, pues, á las mil maravillas. Él también era un bienaventurado.

La prueba de ello es que, al volver á casa, ya no se acordaba de la hermosa Sulamita, ni del rey Salomón; de nada más que de charlar con su hermana, con *la niña*, y preguntarla si había celebrado bien, qué decían de él los fieles, qué tal figura era la suya delante del altar, y otra porción de asuntos por el estilo, todos relacionados con el memorable día.

La niña contestaba riendo; bromeaba con su hermano; llegó á llamarle presumido.

— ¡Oh! Presumido, no. ¡Bien sabe Dios que no!

— Sí que lo eres. Niégalo. Di que no estás contento con tu traje talar y hasta con la corona, como un cadete con sus cordones.

— La corona, sí. Lo confieso.

Y explicó á su hermana en qué consistía lo que ella tomaba por presunción. Explicó con frases entusiastas que el llevar los sacerdotes corona tiene su origen en los nazarenos, los cuales, para consagrarse á Dios, dejaban primero crecer el cabello, rayéndose después la cabeza en forma de corona, símbolo de su pura vida, y que estos cabellos los echaban al fuego del sacrificio. Se

hace la corona en forma circular, por ser esta figura la más hermosa de todas, la más sencilla, clara y verdadera, simbolizándoles en esto que han de ser puros y cándidos como las palomas. Se lleva corona, porque el Señor, cuando se ofreció á sí mismo al Eterno Padre en el Ara de la Cruz, llevaba la de espinas redonda que le pusieron; y como los sacerdotes representan su divina Persona, y están dedicados para conducir las almas al cielo, la llevan en la cabeza en memoria de su divino Maestro. También la llevan en memoria de la que hicieron á San Pedro, que fué el primer sacerdote y Vicario de Cristo, y de la pasión del Señor.

— Ahora sí que lo entiendo un poco — dijo *la niña*, que iba del comedor, donde él estaba sentado, á la cocina, trayendo platos, pan, los dos cubiertos, los dos vasos, poniendo la mesa para servir el almuerzo. — ¿Y el traje? ¿Por qué lleváis ese traje?

Él, complacido con este interrogatorio, contestó sonriendo:

— El manteo, la sotana, el cuellecillo y ceñidor, representan aquel venerable anciano que vió San Juan en el Apocalipsis del Señor, vestido con una túnica talar hasta los pies, ceñido con un ceñidor de oro y cubierto con un manto todo su cuerpo.

En el manteo está simbolizada la caridad que debe tener el sacerdote; en la sotana, el agregado de virtudes; en la blancura del cuello, la pureza y el celo de la casa del Señor de que debe estar adornado; y en el ceñidor, el resplandor que debe dar con su ejemplo, virtud, santidad y buenas obras.

— Todo eso es muy bonito— dijo ella poniendo en medio de la mesa una fuente pequeña con patatas guisadas, y sentándose, por fin, delante de su hermano.— Todo eso es muy bonito; pero á mí, ni vosotros me parecéis hombres, ni vuestro traje uniforme;— y aturdidamente:— para hombres y para uniformes, los militares.

Román frunció el ceño.

— ¡Nosotros somos la milicia de Cristo!

— Sí, pero siempre de negro.

— De negro desde que se sosegó y tranquilizó nuestra Madre la Iglesia, después de tanta persecución y sangre derramada en defensa de la fe de Jesucristo y de su Evangelio, en memoria y luto fúnebre de la muerte del Redentor, la que debemos renovar los sacerdotes, que somos sus sucesores y ministros evangélicos.

La niña hizo un mohín por toda respuesta.

Román, sin desarrugar el entrecejo, después de recitado el *Paternóster*, bendijo el manjar, y,

acercándose la fuente, cogió la cuchara, alargó el brazo en demanda del plato que le presentaba su traviesa compañera, y con voz que, con respecto á enojo ó desenojo, estaba, como suele decirse, entre merced y señoría, exclamó:

— ¡Toma patatas!

Soltó ella la carcajada al verle tan cejijunto. Retiró la silla, corrió la corta distancia que del hermano la separaba, y levantando la mano:

—Voy á pegar á un cura..... por..... por malo.

Y, con efecto, lo que hizo fué empezar por una bofetada tan ligera y leve, que acabó en una caricia.

Román se echó á reir.

— *Niña*, más que *niña*, chiquilla, loca.... No se puede contigo.

— No, señor. No se puede.

Y le dió un par de besos en los afeitados carrillos.

El almuerzo lo despacharon alegremente. Y pronto, ¡eso sí! Como que, después de las patatas, el segundo plato fué el último, y éste consistía en un par de huevos fritos, y pare Ud. de contar. Nada más hace falta para ser feliz, y hasta para que el estómago se dé por satisfecho, el día en que se dice la primera misa y se recibe un beso de una hermana á la que acabamos de

echar una filípica porque le parece menos bonito el uniforme de los curas que el de los militares.

— ¡Cosas de los quince años!—comentó el sacerdote para sí, pensando en esto al tiempo de levantarse de la mesa, tras el *Deo gratias*; y cogiendo el breviario, que estaba nuevecito, dirigió á la niña una mirada inocentemente burlona y se encerró en su gabinete.

Una vez allí, Román se transfiguraba. Era otro hombre, ó mejor dijérase que no tenía sino muy poco de humano. Nada de sonreír, nada de afectos de familia, nada del mundo, nada de la tierra.

Era, en efecto, el triste ser que al cabo de diez y nueve siglos persiste en su desconsuelo y lleva todavía luto por el que crucificaron en el Gólgota.

Allí Román no recordaba las palabras de la Sulamita, sino estas otras de San Pablo á los hebreos, estas otras, eternas en las almas, á las que conturba y contrista el temor constante del pecado:

«¡Horrenda cosa es caer de pie y desnudos y temblando en las manos del Dios vivo!»

La habitación era sombría. Era sombría en-

trando el sol, ¡cosa rara! Bien es cierto que el que la habitaba también era sacerdote siendo joven.

El papel que cubría las paredes era oscuro y *comía mucho la luz*; tono aplomado, y por todo dibujo jarrones de carmín, tan imposibles de color como de hechura. La cerámica no ha ideado nada igual.

Era el cuarto del cura la sala de la casa. Y de esta sala había hecho Román una mezcla de gabinete, despacho, oratorio, alcoba y tocador; de manera que, en realidad, no necesitaba salir de allí más que á las horas del almuerzo y la comida.

Pues bien: á pesar de esto, que debería prestar á la sala siquiera el alegre aspecto de la variedad, nada más severo que la habitación que estamos describiendo. Aquello resultaba muy parecido al tonel de Diógenes. Se conocía que era alcoba sólo por la cama; y la cama de Román era un catre. No quería otra. En una percha de hierro colgaba sus ropas. De lavabo tampoco tenía más que un ordinario palanganero. Espejo, no se veía por ninguna parte. Por todo mueble de gabinete, la cómoda antigua en que guardaba ropa blanca. Por único escritorio, una mesa de pino; sobre la mesa un tapete verde, y á uno y á otro lado dos pilas de libros no muy altas; en medio

el tintero, y delante del tintero servíale de carpeta para escribir un periódico doblado por la mitad.

Pero, en cambio, el oratorio, que era lo que podía aumentar lo severo del aspecto general, llamaba la atención de los pocos visitantes que tuviera el sacerdote.

Román había cuidado aquello con el mismo afán con que cuida una coqueta del adorno de su tocador, ó un militar de la roja panoplia. ¡Aquello! ¡Aquello eran sus armas! ¡Aquel el espejo en que debía mirarse!

Estaba en el testero principal de la habitación. Figurémonos la pared cubierta, en un espacio de dos metros de ancho y de alto á bajo, con una gran bayeta negra, bayeta que continuaba, se prolongaba después, arrastrándose por el suelo, siendo en la pared tapiz y alfombra en el pavimento, hasta su mitad. Nada más. Nada de altar. Descansando en tierra, hincándose en la peana, que simulaba un bloque de granito, el madero santo, de grandes dimensiones, tocando con el cartel de la sangrienta burla judaica (I. N. R. I.) en la cornisa, y clavado en aquella cruz, convirtiendo la ignominia en pedestal de gloria, un muerto, cuyo cadáver tiene hermosura tal, que de su rigidez se apoderó el arte, encontrando tan admirable la nota del no ser descubierta en el

Calvario, que de ella, antes sólo estudiada por el anatómico, hizo el escultor cristiano sus estatuas. Era Jesús. Era el Jefe que, como el Cid en la leyenda, sigue ganando batallas y capitaneando á sus huestes después de muerto. El Jefe de Román, soldado, no de los que gustaban á su hermana, sino de la milicia negra de Cristo.

Era la imagen de tamaño natural; y aquel cadáver desnudo, destacándose sobre las bayetas negras, resultaba lo más visible en todo el gabinete. Era un Cristo más propio de templo que de oratorio privado. Costó, según aseguraba la *niña*, muy buenos cuartos. Era de boj. La talla, una copia del *Santo Cristo del Silencio*, la más imponente de todas las imágenes que salen en los pasos de la renombrada Semana Santa sevillana. Las carnes pintadas tenían lividez cadaavérica; las heridas, coágulos de sangre. Un médico hubiéralo estudiado como reproducción hecha en cartón-piedra de un caso de puñaladas, de uno de esos asesinados que se llevan desde la esquina en que cayeron á la mesa del anfiteatro. Aquellos cuyo estómago no estuviese fortalecido en las realidades de la disección deberían sentir asco. Sólo teniendo conciencia de que simulaba un Dios no se experimentaba la náusea ante las llagas. Román las cubría de besos.

Suprimido el altar, reemplazado con el Ara de la Cruz, el sacerdote aumentó lo aterrador del cuadro haciendo que al crucifijo colosal no alumbraran constantemente más que dos gruesos cirios amarillentos. Con esto se entonaba más el aspecto de cámara mortuoria. La *niña* no quería nunca entrar allí por la noche cuando su hermano no estaba.

—¡Me dan miedo los muertos!—decía.

—Este no es un muerto. Este resucitó al tercer día.

Pero no hubo medio de hacerla dominar su espanto.

Tenía razón. Tenía la razón, la limitada razón humana, porque la imagen era la verdadera, la más acertada de Aquel de quien se anunció: «No hay parecer en Él, ni hermosura. Verlo hemos más sin atractivo para que le deseemos;» de aquel VARÓN DE DOLORES que profetizó Isaías: «*A planta pedis usque ad verticem capitis, non est in eo sanitas.*»

No había en él salud, y era su martirio su gozo. Era el cadáver horrendo de una víctima del populacho.

II

Para Román era siempre la niña, pero tenía un nombre más bonito : se llamaba Gracia, y, como queda dicho, era de siete años menos que el sacerdote. ¡ *Niña!* Fisiológicamente dejó de serlo á su tiempo y en sazón. Á los doce años, y contaba ya quince.

Gracia era morena, del color de la arena tostada, como pintan á Agar, la sierva egipcia, desnuda en el desierto, cuando Jehová habló con ella en el pozo del Viviente. Tenía los ojos negros, grandes, llenos de curiosidad en la mirada, hasta el punto de que sus pestañas encorvadas, siempre inquietas, parecían dar á cada rayo visual, para que más semeajara una pregunta de los ojos, multitud de signos interrogativos, una adorable ortografía temblorosa y titilante en la leve sombra y al extremo de los párpados. La nariz pequeña, pero de fosas nasales muy movibles, que se dilataban y contraían para respirar con delicia

los fuertes olores de la vida. La boca con mucho bulto de labios rojos, y en la comisura de éstos, y encima del superior, estaba cuajada de ligerísimo vello oscuro. Alta, prometía serlo todo lo que la estatura femenina tolera que crezca la mujer para que no deje de ser hermosa. Una buena moza. La frente era lo más defectuoso, no porque tuviera deformidad, sino por su poco espacio: dijérase que esto obedecía á que, en su cabeza, el pelo, por tener misión de adorno, tuvo prisa de crecer cuanto antes y con maravillosa abundancia. Suelto y destrenzado tan largo era, que necesitaba peinarse de pie, y tardaba un hora. Presentóse una mañana á su hermano de tal suerte.

—¡Mira, mira qué atrocidad! ¡Yo no sé adónde va á llegar esto!

Se volvía de espaldas envanecida esperando una palabra de elogio.

Pero, palideciendo, Román gritó:

—Vete á tu cuarto. Péinate en seguida. Que no te vuelva yo á ver así.

Obedeció, y estuvo llorando mucho rato, todo lo que tardó en recoger aquel ondulante cuanto sedoso y perfumado cabello con que trató de excitar la admiración y provocó solamente el enojo del sacerdote.

Hizolo ella por pura inocencia, como lo hacía todo, ¡bien lo sabe Dios! ¡Coquetería! Ni de pensamiento conocía esta cualidad. Gracia no era coqueta. ¡No! Se recreaba en sí misma, esto es cierto; mas por ello no cometía pecado. Decía al ver sus pies: «Son pequeños;» pero llevaba zapatos muy anchos, muy baratos, de forma ordinaria; así es que lo de la pequeñez lo sabía cuando se los miraba al descalzarse. Lavaba mucho sus carnes; y tampoco con intención malsana, sino porque este aseo diario lo necesitaba para quitar ardor á su temperamento sanguíneo, á su naturaleza prepotente. Por recomendación de su mismo hermano hacía esto; y aun se añade que Román la compró un baño de zinc redondo y bajo para estos usos, oyendo con cierta satisfacción el chapoteo del agua á la hora en que Gracia, encerrada en su cuarto, exprimiendo las esponjas en su cuerpo, se lavaba de pies á cabeza. «Ya estoy fresca como una lechuga,» decía al acabar esta faena, saliendo de su encierro, donde quedaba como esparcida en la atmósfera la tibia emanación humana de su juventud y de su virginidad desnudas.

En lo demás, en lo que materialmente no se relacionaba con su desarrollo, que se resolvía todo en curvas y en anchuras, Gracia era una niña, una verdadera niña, que recibía siempre con

susto las revelaciones del organismo, llegando á desesperarse y á tener ira contra su propia carne, porque se redondeaba abultando los pechos, y con las pródigas hemorragias de su exuberante sexo, que la producían estados de sensibilidad exquisita, una verdadera neurosis, en que el menor ruido era su sobresalto, y el roce más leve un cosquilleo de la piel que la estremecía poderosamente.

En estas crisis de la hembra, Gracia solía perder su miedo al gabinete del cura; y cuando éste se hallaba ausente, penetraba allí, poníase delante del oratorio, temblando primero, hasta que, por último, alzaba los ojos, y sus miradas se fijaban, más curiosas que nunca, más llenas de preguntas, en aquel gran cuerpo de varón desnudo, cuyos brazos no le parecían abiertos para el martirio, sino para cogerla en ellos y levantarla hasta la cruz, estrechándola en una sobrehumana caricia. Sentíase removida en todo su ser, dolorida dulcemente: algo se quería desprender de ella, salir de su seno al encuentro de cosas desconocidas, de placeres ignorados.

Cuando el hermano la veía así, con más sombra bajo los párpados y un fuego extraño en la mirada: «¿Estás mala? ¿Quieres que llame á un médico?» Y ante las negativas de ella insistía el bien-

aventurado, que no conocía todo lo que es fisiológico más que de una manera vaga, sin que en ello la malicia le hiciera adivinar que la niña era entonces como la mujer del pueblo israelita de la que habló Jehová á Moisés y á Aarón, diciendo: «Siete días estará apartada, y cualquiera que tocara en ella será inmundo hasta la tarde.» Ella guardaba su secreto, y él así conservaba su ignorancia.

Gracia vivía en toda la casa; pero su habitación de estancia más prolongada, aquella en que dormía, la verdaderamente suya, era el gabinete inmediato á la sala, ó sea al cuarto de su hermano. Separábalos, pues, sólo un tabique, y, sin embargo, parecía entre ambos el espesor de una muralla por las diferencias de sus gustos y de sus ocupaciones. Román no tenía más que la de su breviario; y á la verdad que, cumplida con la escrupulosidad que á todo lo de rito llevaba el sacerdote, la tarea pecaba de sobrada. Así, mientras él adoraba de rodillas el lívido Mártir del Gólgota, Gracia, madrugadora, mal envuelta en un traje viejo, regaba las macetas de su balcón; y pegando sus labios á los alambres de la jaula, recibía en ellos con fruición picotazos del jilguero,

á quien solía decir, riéndose cuando los menudeaba aleteando: «¡Tonto, más que tonto! ¿Te figuras que son cerezas?» También tenía Gracia una gata que se las disputaba en punto á marrullerías con todos los fariseos habidos y por haber. Era blanca, de Angora, muy dormilona y tan nerviosa como criolla en hamaca. Jugaba con los carretes de hilo del costurero, y más filosóficamente con su cola, si otra cosa no tenía á mano; escondía las uñas y clavaba unos diente-cillos como alfileres en los sonrosados dedos de su ama. El mobiliario del gabinete era una cómoda, más moderna que la de Román; una mesita de pino, cubierta con un paño blanco, sobre cuya mesa, en la pared, colgaba un espejo muy pequeño y de mala luna. Este era el tocador de Gracia, en el que no había más que jabón basto, un bote de aceite, las consabidas esponjas, y, por gran concesión, un enjuague, un cepillo de dientes y otro de uñas; las aguas de olor, los polvos para la cara, cosas eran prohibidas en absoluto. Limpieza, y nada más que limpieza. Y á la verdad que Gracia no necesitaba mayores refinamientos. El famoso baño de zinc allí estaba en la alcoba, ocultándose á las miradas indiscretas, escondido como un amante en el espacio que media entre la pared y la cama. Ésta sí que

merecía nombre de tal. No era un catre, como la de Román.

Tenía su historia.

Cuando el sacerdote salió del seminario, escribió á sus padres una epístola llena de conceptos místicos, en que daba gracias al Altísimo por los beneficios recibidos y por los que esperaba recibir en lo futuro; y en ella les rogaba que, siéndoles grato, había pensado encargarse de la niña; y en su deseo de aliviar de este modo las obligaciones de aquellos á quienes debía el ser, la tomaría para su cuidado, en lugar y con mayor contentamiento que una extraña, por qué al fin y á la postre, aunque mujer, era hermana suya, y esto resultaría mejor visto y acomodado á su condición de sacerdote católico, de cuyo celibato, llevado en esta forma, no haría comentarios la malicia.

Parecióles por todo extremo aceptable y buena la proposición á los padres del cura, y sobrado beneficiosa para Gracia, que al lado de la santidad del primogénito, así como hasta entonces había crecido sólo en hermosura, sin menoscabo de la inocencia, había de crecer en virtudes; y desprendiéronse de ella en contestación cumplida á la carta, enviándola á su hermano, en vagón de segunda clase, desde Tudela, que era

su pueblo natal, y en el que tenían labranza. Como labradores ricos, quisieron hacer las cosas en regla; y atendiendo á que *la niña* era quien era, y dijo una vez, cuando el cura del lugar habló con ella de monjío, que «con que hubiera un santo en cada familia bastaba, y que unos nacen para Dios y otros para cumplir sus deberes en el mundo,» marido y mujer estuvieron de acuerdo en ataviarla de todo cuanto en ajuar se necesita; y á tanto llegaron, que Román hubo de maravillarse cuando, al recibirla en la estación, le dijo la virgen aragonesa:

—Espérate, que traigo mucho equipaje.

Y vió bajar un par de arcones, en que venía la ropa, y un embalaje hecho á conciencia de un objeto cuya forma le extrañó.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—¡Toma! ¡Qué ha de ser! Ya lo verás.

Y llegados á casa, desembalado el bulto, el tonsurado reconoció la cama, la mismísima cama de los que le dieron el ser, la cama de matrimonio tradicional que se heredaba en la familia de padres á hijos.

—Me la han dado. ¡Mira qué hermosa es!

La donceila dormía, pues, en aquella cama nupcial, que, con su gran dimensión y altura de colchones, ocupaba mucho espacio; y dormía

así, porque no lo consintió de otra suerte, ni accedió en este punto á los ruegos de Román, á quien la vista del lecho inquietaba y removía sobremanera.

—Eso—le dijo—te lo han dado por si te casas algún día.

—Pues por ser así, desde ahora me voy acostumbrando.

Media docena de sillas de Vitoria adosábanse á las paredes del gabinete; y se veía también una sillita baja para coser junto á los cristales del balcón, en los que había cortinillas blancas.

Hasta el culto predilecto que Gracia tenía dentro de la religión católica era distinto. Lo que se veneraba en la sala diferenciábase de la devoción del gabinete como se diferencia la cuna del sepulcro. Sobre la cómoda de nuestra heroína estaba también el Redentor de los hombres. Sobre la cómoda y bajo fanal. Era una imagen á la que Gracia cuidaba con los extremos con que la mujer cuida un juguete. ¡El Redentor! ¡Jesús! Pero no el cadáver del Crucificado, no aquel muerto que causaba repugnancia ó terror. Jesús en su niñez : el Niño de la Bola. Le adoraba, rezábale y le vestía. Era no sabemos si el ídolo ó la muñeca, ó tal vez las dos cosas juntas, barajadas y confundidas.

Descripción merece.

Es una peana de caoba muy lisa, y tan reluciente, que siempre semeja barnizada de nuevo. El fanal encajándose en la circular ranura, y dentro... Pero vamos despacio, porque allí dentro hay muchas cosas : dos floreros de porcelana, con flores de trapo, cuyos estambres y pistilos son tiritas de papel dorado ; estos floreros tienen grabada en la porcelana la inicial del dulcísimo nombre de María, tal como es costumbre formar la M, en color azul ; delante de todo, un *Divino Cordero*, cuyas patas son de cabritilla cosida y rellenas de serrín ; las lanas, de algodón en rama ; los ojos, dos cabezas de alfileres negros, y todo por este estilo. Aquella obra de arte peregrina está hecha por las manos de la mismísima Gracia. Hace sonreír á todos los que la miran. Detrás, una Virgen del Pilar, de plata, tamaño como un alfiletero ; luégo una cruz de papel picado, del llamado papel de cañamazo ; más allá un manojito de medallas benditas, y, por último, la imagen. ¡Una monada!

De alto como un abanico, ni más ni menos, y aun el abanico no ha de ser de los llamados *pericones*. Todo el santito de porcelana. Una cara preciosa, los ojos azules, la boca sonriendo, dejando entrever las menudencias de los dientes ; el pelo

rubio, y en el pelo tres rayos de sol. Nada de metal falso, oro puro. Las manos, tan pequeñas y tan blancas como almendras mondadas. Un brazo levantado, sosteniendo un globo azul celeste, sobre el cual hay una cruz (también de oro). Por el ribete de la falda asoman los pies. ¡El pobrecito está descalzo! Y ahora entra lo bueno: el traje, confección (como se dice ahora) de la señorita Gracia. ¿Es de raso morado, con lentejuelas de plata, el que hoy lleva puesto? Pues entonces hoy es domingo: ese es el vestidito de los días de fiesta; tiene otro verde, de terciopelo; otro, color de rosa, con encajes; uno blanco, que se le pone el día de la Purísima; además el negro, con abalorios de azabache; éste es para la Semana Santa. Y así sucesivamente, una infinidad. El *Niño de la Bola* tiene su baúl de juguete, pero de bastante amplitud para que quepa tan numeroso equipaje; además posee algunas alhajillas: un collar de perlitas y ¡oh profanación de la devoción femenina! una pulsera. ¡Una pulsera para el Redentor del género humano!

Por todo lo cual resulta que podía ser la imagen del Niño de Dios, pero que, en realidad, era el niño de Gracia.

Al principio, Román solía entrar en el gabinete de su hermana y la reñía.

—Eso no es devoción. ¿Dónde has visto tú santos con collares y pulseras?

Pero la aragonesa tenía respuesta para todo.

—¿Dónde? En muchas iglesias. Además, á los niños estas cosas les van muy bien.

Y otras veces le obligaba á acercarse á la cómoda, y se quedaban los dos mirando al adornado Jesús.

—Vamos á ver, fijate bien : ¿qué te parece? ¿qué edad le echarías? Es una suposición, vamos; por la cara, lo más que representa son unos cuatro años; entonces creo que estaba en Egipto.

El sacerdote cesó en sus visitas de pronto. No volvió á entrar, no obstante haberle invitado á ello un día con grande instancia para que viera un traje nuevo del niño Jesús.

—Prefiero no verlo. De esas cosas, que tú no crees pecados, vas á tener que confesarte.

—¡Ave María! ¿Yo? Pues qué, ¿es malo querer á Dios?

—De resultas del cariño pierdes mucho de siera suya. Te familiarizas demasiado. Á Jesús se le adora y se le teme; el temor es santo.

Buena es una aragonesa que está rebosando salud, robustez y alegría por todo su ser, para andarse con temores y aspavientos. Ella no tenía miedo más que del *otro*, del que estaba en la sala,

del *cadáver* (así lo llamaba *in mente*); pero del niño, ¡bah!, lo quería con toda su alma.

—Como si fuera hijo mío, aunque te parezca un disparate.

Y así era la verdad. En el culto del sacerdote había servidumbres, esclavitud : sus manifestaciones eran hundir la frente en el polvo, adorar y gemir, severidad, honda tristeza, y, acaso, acaso, el grito de desesperación, aun no bien formulado, que empezaban á lanzar una juventud y una virilidad inútiles. La muerte de un hombre en la plenitud de su edad, muerte corporal idéntica á la de la imagen. Cristo, según lo generalmente aceptado, murió á los treinta y tres años. En cambio, había en el culto de Gracia las manifestaciones todas del sentimiento maternal. Al *Niño de la Bola* ella le echaba unos cuatro años. El Calvario estaba muy lejos, y más allá del Calvario la resurrección. Ella sí que hubiera dicho en latín, con verdadera unción evangélica, mirando á la imagen de que era sacerdotisa... «*qui vivis et regnas in saecula saeculorum.*»

¡Por los siglos de los siglos! ¡Mientras haya mujeres en el mundo!

III

Hacían los dos hermanos una vida muy retirada; y aun dentro de la casa, á los dos meses de venir Gracia de Tudela, ocurrió lo que dicho queda, de convertirse á más huraño el carácter del sacerdote, con lo cual el aislamiento y soledad resultaron insoportables.

La joven ignoraba las razones á que pudiera obedecer este cambio; pero lo más singular es que el mismo Román, que lo motivó, tampoco podía darse cabal cuenta de ellas. Un alejamiento instintivo de una cosa que desconocía, pero que la misma ignorancia le hizo tener por un peligro. ¿Peligro de qué? ¿No era su hermana? ¿La hija de su padre? Pues entonces...

Román dos ó tres veces intentó reanudar sus visitas al gabinete de Gracia. Entrar allí. ¿No era, después de todo, ridículo lo que estaba haciendo? Al salir de su cuarto pasaba por la puerta de escape; y si veía abierta la del gabinete, con ver-

dadero susto en el ademán y en la voz gritaba: «Cierra, Gracia, cierra,» ó cerraba él mismo, y sólo así se tranquilizaba. Sus tentativas fueron anuladas siempre por la voluntad, por algo que parecía voz ó aviso del cielo, una orden sobrehumana gritándole en la conciencia: «Te prohibo que entres.» ¡Cosa más rara!

Román tenía un organismo digno de estudio, hermoso; un temperamento de los que ya no conoce la ciencia, porque los ha hecho desaparecer la grande anemia y la neurosis intensa del siglo diez y nueve. Sanguíneo-nervioso. Entre los seres animales equivale esto á ser el brillante de la humanidad. Equilibrio perfecto. Desarrollo en su grado justo. Á igual distancia de la atrofia que de la hipertrofia. La vida como punto, y el punto centro matemático de un círculo. Nutrición exenta de gula, porque la asimilación de alimentos es acabada. Pensamientos bien concebidos y fácilmente expresados. Sentir como se piensa, sin violencias de emoción tales, que lleven á la adquisición del aneurisma. Cinco horas de sueño bastan para el reposo; una legua de camino para el ejercicio. Pueden levantar los brazos tres arro-

bas de peso cada uno, sin que se resienta por ello la musculatura. Vista de cazador de vencejos. Respiración tan igual como el movimiento de los ventiladores de una máquina de vapor. Pulso tan acompasado como las oscilaciones del péndulo de segundos. Vida entrando á torrentes por todas partes en la materia, tan magistralmente dispuesta á recibirla.

Á un hombre así, la naturaleza lo puede llamar: «¡Hijo mío!», y la naturaleza, como madre, lo reclama. Es preciso que, pues tiene órganos perfectos, ninguno de ellos deje de cumplir sus funciones. ¿Las cumple? Queda satisfecho. Jamás uno solo de estos órganos traspasa los límites de la necesidad para llegar al vicio. Glotonería, lujuria, pereza, palabras que no tienen ningún sentido, ningún objeto; armas mortales que se quiebran contra un cuerpo en que están combinados *según arte* estos dos elementos: sangre y nervios: El hierro y el acero. ¡Qué estatua!

De hombres de tal constitución dicen los textos sagrados este á manera de hermoso epitafio:

«Y era Moisés de edad de ciento y veinte años cuando murió: sus ojos nunca se oscurecieron ni perdió su vigor.»

Por esto mismo, por no ser vicios, y por ser

estrictamente necesidades las que experimenta un organismo así formado, la satisfacción de éstas da el bienestar á la materia; pero una sola de ellas resulta imposible dejar de cumplirla. El hombre pierde su cualidad racional, y queda convertido en fiera. Su comida es frugal; pero le basta á su aparato digestivo un solo día sin pan para dar á la mano este consejo: «Roba.» Sus pulmones necesitan oxígeno, sus miembros movimiento, todo su ser libertad. Privadle de ella: será de los presidiarios que se escapan siempre. Dejadle sin abrigo en invierno: incendiará como Nerón toda una ciudad para calentarse á la hoguera. Es casto, su continencia es la que corresponde por naturaleza á los animales que han de reproducir y multiplicar su especie, sin que se debiliten por ello las fuerzas de la vida intelectual. Usa de la hembra, de la comida, del vino y hasta del aire que respira, parcamente, cuando exigen entrar en actividad los órganos correspondientes á cada función. Pero si la virgen se resiste, no se detiene ante ningún obstáculo. Toda violencia está justificada. La misma voz que cuando tuvo hambre le dijo: «Roba,» ahora, dirigiéndose á su sensualismo, le grita: «Viola ó estupra.» Para estos seres, la menor contrariedad, como para otros la mayor, lleva al crimen.

La continencia absoluta sólo se consigue con un remedio horrible : la castración.

Román ignoraba su temperamento. No sabía de sí mismo nada más sino que era robusto y que estaba sano. En su cualidad de sacerdote, le preocupaba el alma y desatendía el cuidado del cuerpo. Á la materia la daba su alimento y su aseo; y hecho esto, poníala de rodillas delante de la divinidad y la humillaba. De buena gana, en su fanatismo, lleno de vida y de juventud, hubiérase echado, como los trapenses moribundos, sobre un puñado de paja y una cruz de ceniza hecha en el suelo, para recordar más positivamente su origen y repetir con el *Eclesiastés*: « *Quid superbis terra et cinis?* ¿De qué se ensoberbece el que no es más que tierra y ceniza? »

Román, desde que vino Gracia de Tudela, halló cosas nuevas y fenómenos que le preocupaban en grado sumo, porque hasta entonces no pudo averiguarlos en la complicada vida que llevaban el alma y el cuerpo, el sacerdote y el hombre. Pensando en ello, le sobrevenían alarmas de que jamás se consideró susceptible.

Ya hemos dicho que, en los dos primeros meses,

ninguna revelación pudo turbar su sosiego. La recibió y acogió con extremada alegría. Recordaba que Gracia andaba de corto y jugaba cuando él era ya un adolescente. Recordaba, de más lejanos tiempos, haberla dormido en sus brazos, envuelta en pañales, con esa solicitud que manifiesta el hermano mayor hacia el menor; solicitud casi paternal, para la cual sólo es preciso que el menor sea un nene y el primogénito un arrapiezo. Al verse de nuevo, después de los años de separación transcurridos, varon fuerte él y ella moza garrida, el recuerdo de la niñez sirvió como de velo tupido que cubría sus cuerpos y los resguardaba de la malicia. La carne separada por la consanguinidad y la inocencia paradisiaca que describe el versículo del *Génesis*. Por eso él decía, hablando de Gracia: «¡Mi hermana la niña!» Y ella, hablando de Román: «¡Mi hermano el cura!» Y se figuraban así la expresión completa de su pensamiento.

Esto duró poco. La ilusión de Román tuvo modificaciones, y se alteró al entrar en los moldes de la realidad. De aquí su sorpresa. El celibato eclesiástico, por instinto y aviso de la carne, habíale parecido cosa difícil y acaso la regla más estrecha del estado que abrazaba; meditó sobre ello todo lo que le es permitido meditar á quien

siente la vocación como un fanatismo. Pensó en la mujer como piensa el militar en la bala que ha de herirle: «¡Bah! ¡Puede ser que no! Y si me hiere, no todos los tiros matan.» Y entonces solicita el pase á campaña. Luégo creyó haber encontrado la fórmula salvadora.

—Para mí, no será una mujer la que viva conmigo, la que me cuide. ¡Gracia y yo solos! Ama de gobierno, esa, la única, ¡mi hermana!

Y al salir del seminario escribió la carta que ya sabemos. Creyéndose poseedor de un talismán, se abandonó al optimismo. La materia, el organismo, la juventud, ¿qué importaban, ni de qué servía contar el número de tales adversarios? Podían menudear los golpes. Se equivocaban. Le atacaban creyéndole indefenso. ¡Indefenso! Iba á la lucha porque estaba seguro de ser invulnerable.

El día de la llegada fué muy divertido para los dos. El sacerdote la vió asomada á la ventanilla del vagón, cuando el tren penetró en el andén con estruendo de ferretería y silbidos bajo la gran cubierta de cristales.

—¡Gracia!

—¡Román!

Se siguieron con la vista hasta que se detuvo la máquina. Abierta la portezuela, la muchacha iba á poner el pie en el estribo del coche. El sacerdote estaba allí; la cogió por la cintura, la levantó, la hizo saltar, como cuando era chiquilla, y, subiéndose en un poyo, tendía los bracitos á su hermano, gritándole : « ¡Cógeme, cógeme; quiero volatines! » Saltó lo mismo que entonces, aunque pesaba más; pero también él tenía más fuerzas. Los dos se reían. Así en sus brazos la colmó de besos.

—¿Y padre? ¿Y madre?

—Con salud, ¡á Dios gracias! ¡También tú estás bueno! ¡Qué alto!

—¡Pues no que tú!

Y los viajeros, al pasar junto á estos regocijados extremos, oyendo el diálogo, comentaban:

—¡Son dos hermanos! Deben quererse mucho.

Tomaron un coche de cuatro asientos, á domicilio. Pagaron los asientos restantes para ir solos. El equipaje iba en la baca. Dentro, una porción de bultos de mano.

—¿Y todos esos engorros que traes?

—Anda, anda, engorros, y son cosillas de allá que me dió madre para que te las comieses. ¡Verás qué ricas! ¡Hace tanto tiempo que no las pruebas! Padre te manda cinco onzas para que, á su

memoria, te compres un sombrero de teja y lo demás que necesites.

— ¡Dios se lo pague!

Durante el trayecto no cesó la charla. Y al llegar á casa lo mismo. Aquel día se descuidaron algunos rezos de rúbrica.

— ¡Hombre, ayúdame! ¡Ven acá! ¡Echa una mano!

Estaba Gracia sentada delante de los arcones. Éstos abiertos, y abiertos también los cajones de la cómoda.

Román se quitó la sotana. Quedó en mangas de camisa. Extendía los dos brazos, las manos con las palmas para arriba. Así iba recibiendo el equipo de ropa blanca, trasladándolo al mueble con mucho tiento para no quitar los dobleces de la plancha y para no arrugarlo.

— Esas camisas en el primer cajón de arriba.

— Ya están.

— Toma. Las enaguas. Ponlas así. Extendidas.

— ¿También en el cajón? No caben.

— ¡No, hombre! En la cómoda, no. Cuélgalas en la percha. Mira, para que no cojan polvo, pon esta colcha por encima. ¡Ajajá!

— ¡Chica, qué bien huele tu ropa!

— Es del membrillo. Ya te pondré en la tuya.

Media hora estuvo el sacerdote ayudando en la

tarea. Por sus manos pasó toda la ropa interior de mujer. Se reía del suceso.

—¡Vaya que está bueno! ¡El que me viera á mi ahora con esto en la mano!

Era un corsé.

—¡Y qué tiene de particular! Mira, no lo guardes, déjalo ahí.

—¿En dónde?

—En cualquier parte. Sobre una silla. Ese es el usado. Guardaré el nuevo.

Después pasaron al comedor. Román había mandado traer chocolate del café más próximo.

—Desde mañana cuidarás de la cocina. Hoy comemos de fonda. No hay aquí ni carbón. La verdad es que me estabas haciendo mucha falta.

—¡Pues ya lo creo! Si los hombres solos no servís para nada. ¡Ya verás tú!

Terminado el desayuno, la emprendieron con una verdadera obra de romanos. Armar la famosa cama de matrimonio. El sacerdote agotó su paciencia, y acabó por declararse inepto.

—Mira, yo no entiendo todo este jaleo de tornillos.

—¡Caramba! Y el caso es que, con la fatiga del viaje, yo me estoy cayendo materialmente. Dormiría un poquito.

—Duerme si quieres.

—¿En qué cama?

—En la mía por este momento. De aquí á la noche, ya habrá venido uno que ponga sobre sus cuatro pies este armatoste.

Mientras se echaba, vestida por supuesto, sin hacer más que aflojar las lazadas de las cintas, él mismo entornó las persianas del balcón, graduó la sombra favorable al sueño.

—Te llamaré cuando traigan la comida. La encargué para las dos de la tarde.

Y salió de puntillas.

Quedaron en la sala el Cristo agonizante en la cruz y la mujer, cuya última visión antes de cerrar los ojos fué la palidez de los brazos extendidos sobre el madero santo.

El hermano volvió al gabinete. Iba decidido á sentarse, á descansar también, porque estaba rendido de tanto ir y venir. Buscó un asiento desocupado. ¡Imposible! Ninguna silla estaba desocupada. En cada una había un objeto distinto, y hasta por el suelo se veía esparcido el equipaje de Gracia. Aquí, un pañuelo de seda de colores chillones; más allá, unas botitas mal hechas por el Reinaldo de Tudela, pero pequeñas, como cajas de bombones; y luégo, la dichosa ropa blanca que, con ser tanta, no había cabido en la cómoda. Unos pantalones con puntilla de encaje, los refajos de

invierno, camisas, chambras, y, por último, en el sitio más visible, el corsé, no el nuevo, sino el viejo, que había caído derecho por casualidad, debida sin duda á su vejez misma, al vicio adquirido por las ballenas y por la tela; allí estaba como un vaciado del busto de Gracia, lleno de esbeltez en la cintura, de amplitud en las caderas, ufanándose en ahuecar los moldes redondos de los pechos; y era la tela de color de rosa pálido: casi hasta en esto el tono de la encarnación humana. El sacerdote frunció el entrecejo. Llegóse á la silla, y airadamente, como de un sopapo, tumbó y chafó sobre el asiento aquellas turgencias. Pudiera decirse que cayeron panza arriba. Al mismo tiempo de ejecutar este acto, sus fosas nasales se dilataron aspirando el aire con delicia. Oía bien. Recordó la explicación de *la niña*: «Es el membrillo.» ; El membrillo! De todas maneras empezaba á sentir una agitación extraña. El jilguero en aquel instante le regaló el oído con uno de sus trinos más poderosos. Cantaba teniendo en el pico un cañamón. Román no llegó á sentarse. Casi como un fugitivo se encaminó al comedor.

Á las dos, durante la comida, no estaba tan contento como por la mañana.

IV

Christus virgo, Virgo Maria, utriusque sexus virginitatem dedica vere. Apostoli vel virgines, vel post nuptias continentes, dice San Jerónimo, presentando así, con el altísimo ejemplo de Jesucristo y los apóstoles, la recomendación del celibato á los sacerdotes, que deben ser una viva imagen de Cristo, y cuya misión requiere un género de vida muy desembarazado de los afectos mundanos y de los deberes conyugales, como lo declara el Apóstol en su carta primera á los corintios. «Quisiera, pues, que estuvieseis sin congoja. El soltero tiene cuidado de las cosas que son del Señor, cómo ha de agradar al Señor. Empero el que se casó tiene cuidado de las cosas que son del mundo, cómo ha de agradar á la mujer.»

Pensando en esto, Román empezó, como vulgarmente se dice, á devanarse los sesos. Á la verdad que no sabía cómo y por qué ocultos caminos su entendimiento se llegó al laberinto de

analizar la doctrina bíblica del celibato, y las disposiciones del canon IX, sesión 24 del concilio de Trento.

Cierto que él tenía que guardar castidad, porque, en los clérigos ordenados *in sacris*, los pecados contra ella revisten la naturaleza de sacrilegio; pero también tenía que guardar templanza y ejercer la beneficencia y hospitalidad; era obligación suya, por ser estas tres, de todas las virtudes cristianas, las que más directamente se oponen á los vicios del mundo; contra la templanza y la beneficencia jamás se le ocurrieron objeciones; ¡pero ser casto en absoluto, por completo, de una manera acabada, perfecta, durante la vida!...

Para promover y fomentar sus obligaciones en el sagrado ministerio, conoció que era muy provechosa la piedad para con Dios, la lectura de libros ascéticos, la confesión frecuente, los ejercicios espirituales y el estudio de las ciencias eclesiásticas, muy provechoso para todo..... ¡menos para *aquello* para lo cual más lo necesitaba! Había puesto, sin embargo, cuanto estaba de su parte.

Las leyes de la Iglesia prescriben á los clérigos que no puedan tener en su compañía y á su servicio personas sospechosas por su conducta, y él llamó á su hermana, para huir mejor de todo lo

que fuere ocasión de pecado ó infundiere sospecha de ello á los demás. Pues bien, ¡cosa rara!: precisamente desde que vino Gracia de Tudela, y no á los dos meses de su venida, sino el mismo día, como ya hemos visto, le acometieron los pensamientos que sugiere, á no dudar, en el cerebro la tentación de algún demonio libidinoso.

¡El mismo día! Fué como romperse de pronto el velo del templo, y ver detrás, en lugar de los esplendores de la religión católica, las desnudeces artísticas de los cultos paganos. ¿Qué era aquello? Su casa tenía otro ambiente; el sol era un incendio, dábale más calor y más luz; las mañanas le parecían más pródigas de brisas, de frescura, y las noches, ¡ah! las noches eran un misterio, una sombra propicia á todo.

La turbación de espíritu que le hizo huir del gabinete de Gracia no fué nada en comparación de otro episodio que ocurrió aquel mismo día.

Como Román tuviera la costumbre de la siesta después de comer, se dirigió á su cuarto con este objeto; y apenas se hubo tendido en el catre, que aun conservaba el calor del cuerpo de Gracia, apenas su cabeza descansó en la almohada, cuando notó el perfume de la cabellera femenina allí impregnado, sintió caer y como encajarse sus miembros en el molde de los que antes repo-

saron sobre el mismo colchón, y descalzo, en mangas de camisa, púsose en pie violentamente.

— ¡Gracia! ¡Gracia!

— ¿Qué quieres? ¿Qué se te ocurre? — contestó desde la cocina la viajera, que colocaba la vajilla en el fregadero, y, descubiertos los brazos hasta más arriba del codo, se disponía á lavarla. — ¿Qué se te ocurre?

Román estaba pálido, desencajado. La aragonesa se asustó.

— ¡Ay Dios mío! ¿Te has puesto malo?

— No..... no es eso.

Y dominándose:

— Es que no puedo dormir. La cama no está mullida.

— ¡Toma! Pues tienes razón. ¿Cómo ha de estarlo si me levanté y no la hice? Estará muy dura con el peso mío. ¡Figúrate! Pero ya verás tú. Te la voy á dejar sin un hoyo.

— Escucha — exclamó el sacerdote balbuceando: — y de paso, puesto que ya estás á ello, muda las sábanas y las fundas.

Le miró sorprendida.

— ¡Pero si están limpias! Á no ser que me tengas asco.....

— No, mujer. Tienes razón. Es que yo creí.....
Anda. Mullirla y nada más.

La siesta no se durmió aquel día. Román se encerró en la sala, se arrodilló en su tremendo oratorio, ante la imponente imagen.

—¡Jesús! ¡Jesús mío!—y quedó abrazado á la base del madero santo. El rezo le hizo mucho bien. Las bayetas negras, el cruento martirio, cuyo dolor expresaba la escultura admirablemente, fueron bastante para borrar las palabras que habían visto sus ojos como escritas en la pared, con más siniestro sentido que el *Mane*, *Thecel*, *Phares*, dos palabras que le aterraban, sólo estas dos:

¡Belicta carnis!

En los días siguientes, el grito de rebelión de la materia, sofocado por el varón fuerte, no se reprodujo, no resonó en contra del tirano espiritual. Cuando recordaba el suceso, reía de sí mismo.

—Estuve loco; al demonio se le ocurre. ¡Si Gracia supiera que con sus olores á membrillo y sus nevados montones de enaguas y camisas ha corrido el riesgo de volverse por donde vino!

Lo atribuyó naturalmente á la falta de costumbre, al cambio de hábito y uso. ¡Él! ¡Un sacerdote! Pues por eso mismo. Vivía solo. La primera

mujer que venía á compartir su techo era forzoso que le causara esta impresión. Pero pasajera. ¡Una mujer! ¡Valiente mujer! Era «su hermana, la niña».

Y no volvió á ocuparse de tan ridículo suceso.

El celibato eclesiástico parecióle entonces excelentemente ordenado.

¡El matrimonio en los sacerdotes, cosa imposible, con la cual perdería su prestigio la Iglesia! Eran, á no dudar, las mejores razones las aducidas por la experiencia en apoyo de esta doctrina. Los presbíteros griegos y los ministros anglicanos y protestantes se casan. Y eso ¿qué demuestra? ¿Acaso tienen que desempeñar diariamente para con los fieles su ministerio?

Los sacerdotes católicos asisten á los enfermos, aun cuando sufran un padecimiento contagioso, sin que los abandonen ni dejen de suministrarles los auxilios espirituales hasta el último momento de su vida. Si el enfermo le contamina su enfermedad, el sacerdote no contagia después á su mujer y á sus hijos. Pues ¿y los misioneros? Para un soltero, la patria es el mundo; la familia, la humanidad. ¿Podría un hombre casado penetrar en países infieles, soportar con la mayor resignación y conformidad cristiana todas las privaciones y tra-

bajos, sin excluir la misma muerte, por extender entre sus semejantes la luz del Evangelio? El celibato da la independencia necesaria para el cumplimiento de los sagrados deberes, y hace á los sacerdotes más venerables á los ojos de los fieles: tuvo razón San Pablo al ensalzar la virginidad, recomendándola á los corintios.

Y Román repetía de memoria el texto latino: «*Qui sine uxore est, sollicitus est, quae Domini sunt, quomodo placeat Deo.*»

Pero ¿y la naturaleza? ¿Y las leyes fisiológicas? Tal vez Gracia tuvo razón el día que dijo, con los arranques y franqueza propios de su tierra:

— Todo eso es muy bonito; pero á mí, los sacerdotes no me parecen hombres.

¡Lo son! Pero allá se las avengan los fisiólogos, higienistas, patólogos y otros. ¿Que la carne se rebela? Pues se la somete, y en paz. ¿Que no puede ser? ¿Que la ciencia dice tal ó cual cosa? La ciencia, ¿eh? ¡Pues si una de las cosas prohibidas á los clérigos es el estudio de la medicina y cirugía por el *peligro de irregularidad y por ser poco decoroso á su estado*, hasta el punto de que, si alguno que es médico ó cirujano ingresa en el estado eclesiástico ó regular, no puede ejercer la profesión sin dispensa pontificia!

Entonaba Román este canto de victoria sobre

su carne con las mismas palabras con que el Salmista cantaba al *Músico principal*:

97. «¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación.»

98. «Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos: porque me son eternos.»

104. «De tus mandamientos he adquirido inteligencia: por tanto, he aborrecido todo camino de mentira.»

Pasaban los días de esta suerte. Siendo de nuevo el hombre cura y la mujer niña, ante los fingimientos del fanatismo, que no por distintos caminos, sino por los de pura fantasía, podía volver la paz y el reposo á la virginidad del célibe, puesta en contacto de vida bajo el mismo techo que cobijaba ya la de la doncella.

Lo peligroso era la soledad en que vivían, lo estrecho y reducido de la morada, la delgadez de los tabiques de separación, y, sobre todo, una malicia más dañina que la del experto, puesto que no sabe adónde va, por ser la malicia de la inocencia; no sabe dónde va, puede llegar á todo, y luégo, para justificarse, le dice á Dios al ser

interrogada: «La serpiente me engañó, y comí.»

Lo peligroso era la lucha que Román creía terminada entre la carne y el espíritu; aquel combate en que estaban los teólogos de una parte y de otra parte los fisiólogos. Los cánones prohibiendo al sacerdote el estudio del cuerpo humano, del enemigo que le atacaba, contra el que tenía que luchar, y el enemigo aprovechándose de esta ignorancia para hacer su mina y penetrar en la plaza. Él, Román, nada sabía de estas estrategias; si él fuese sitiador, hubiera empleado, como recurso mejor del arte de la guerra, el procedimiento de Josué ante los muros de Jericó. Dar siete vueltas al rededor de ellos, llevando el arca santa, y delante del arca siete sacerdotes tocando siete bocinas de cuernos de carneros. Á la séptima vuelta, el muro cayó á plomo, y los israelitas entraron y destruyeron todo lo que en la ciudad había: «Hombres y mujeres, mozos y viejos, hasta los bueyes y ovejas y asnos, á filo de espada.» Todo, sin más excepción que la vida de Rahab, la mujer ramera, y cuanto ella tenía; la cual ramera «habitó entre los israelitas hasta hoy».

Pero el sitiador de Román tenía otros procedimientos. La naturaleza, señora de la carne, iba avanzando sin que el sacerdote se diera cuenta

de ello. Fué un trabajo lento al principio, en que las altezas del organismo tuvieron la primacía para la colaboración.

Gracia era la figura inquieta de su juventud sana. El movimiento y el canto; ella; en las habitaciones, la reproducción ampliada del jilguero suyo en la jaula. Hasta tenía algo del olor de las aves, como tenía mucho de sus hábitos de vida. Comía poco, pero á menudo, sin orden alguno, y siempre chucherías; dijérase que picoteaba. El baño por la mañana, baño que no era entrar en el agua, sino echársela con la esponja, llenarse de gotas frescas el cuerpo (íbamos á decir el *plumaje*). Luégo alisarse el cabello, despuésregar las macetas, cortar ramitas verdes, y, por último, cantar. El canto de la aragonesa. La jota, que parece en la voz de mujer una música de trinos y gorjeos metidos en el pentagrama. No se estaba quieta un minuto. Iba del gabinete al comedor, de éste á la cocina. Había un constante ruido de faldas en los corredores. Dijérase que su andar era á menudos saltos. Daba ganas de mirar al suelo, para ver si como la de los pájaros era su huella; por donde pisaba deberían quedar estrellitas.

Román se complacía en aquel ruido constante, en aquel olor nuevo, en aquella voz que sonaba

á perlas desatadas cayendo sobre el cristal de las copas, y en la contemplación de la figura: gozaban sus oídos, su olfato y sus ojos.

—Mi hermana es el ángel más alegre que ha venido á la tierra — pensaba.

Tanto, que en ocasiones, el ángel interrumpía los rezos, entraba aturdidamente en la sala:

—Vengo á hacerte compañía; hace una hora que estás metido aquí con tu breviario. Charlaremos un poquito; me aburro.

Y, á pesar de sus protestas, le cerraba el librote, á lo que él se resistía. Una lucha infantil, esfuerzos pequeños de los músculos, que con las risas perdían el vigor necesario.

Le encantaba aquello; no sentía sobresalto. Únicamente se mostró severo en exigir á Gracia que jamás, ¡JAMÁS!, saliese de su habitación ni se presentara ante él desaliñada de traje, ó con el cabello suelto y destrenzado, como en la ocasión de marras. Tenía poderosísimas razones. Aun vestida y cubierta, el dibujo de las formas hacía fruncir el ceño cuando el traje era muy ajustado y ceñido.

—Pero, hijo, si es lo que se lleva. ¿Qué le voy á hacer? ¡Como no me ponga un saco!

Así transcurrieron, sin otras peripecias, los primeros sencillísimos episodios. Algunas tardes,

el cura y su hermana solían dar un paseo. Por lo general, escogían los sitios más solitarios. Criados los dos en el campo, hijos de la naturaleza, buscábanla en Madrid, teniendo á veces que andar mucho para encontrarla. La Moncloa fué por último su paseo favorito.

Todo parecía normal; pero el enemigo estaba ya en el cerebro, y alteraba esa condición esencial de la vida, esa ley de existencia para todos los seres. La periodicidad de la acción y la inacción.

Los primeros fenómenos se manifestaron de noche.

Román y Gracia comían á la española y cenaban á las nueve. El sacerdote, después de la cena, leía algunos hermosos capítulos de la *Vida de Santa Teresa*, que era el libro que más le complacía, porque encontraba paridad de gustos entre los de la santa y los suyos, por aquel acendrado y ferviente amor á Jesucristo. Leía en voz alta, y Gracia le escuchaba distraída, acariciando á su gata de Angora, que, quitados los mantos, tenía la costumbre de subirse de un salto sobre la mesa, y allí, bajo la luz del quinqué, que

le obligaba á entornar los ojos, unas veces fijaba sus redondas y doradas pupilas en la cara del lector, y parecía prestar tanta atención como su ama; otras, al volverse una hoja, una de sus blancas patitas se alargaba juguetona para coger el papel que se movía; y de no, dormíase á medias, estremecida su piel nerviosamente bajo los pases de la mano acariciadora, acompañando los místicos pasajes con el ron-ron de su contento.

Por lo general, á las once, levantándose Román, cerraba el libro y se retiraba del comedor para acostarse; á esta hora le acometía siempre el sueño como una imperiosa necesidad. Su sueño era, como cuanto regía aquel organismo, perfecto, profundo. Caía en la cama para *dormir como un lirón*, según comentaba él mismo. Su sensibilidad hacíase obtusa; los sentidos y las facultades intelectuales parecían como velados; al par que la conciencia del yo se borraba, los músculos sometidos á la voluntad caían en la laxitud; por último, se suspendía el eretismo normal de los órganos de la vida animal, cesaba más ó menos completamente su antagonismo, y la vida orgánica continuaba sola su curso, de una manera más compleja, más lenta y más tranquila. Dormía siete horas. Despertaba el cuerpo

echado en la misma postura que se acostó. No se había movido. Á las seis de la mañana en toda estación se levantaba, lavábase, se vestía, y á las siete ya estaba en la iglesia. Salía del reposo con brillantez en la mirada, color en las mejillas, sonrisa en los labios, despejada la inteligencia, ágiles y sueltos los movimientos, y entraba en la actividad humana como el gladiador en la arena del circo.

El colector de la parroquia y los demás sacerdotes adscritos que iban llegando á la sacristía, al verle entrar arrastrando los manteos gallardamente, con la gallardía natural de la robustez del cuerpo bien proporcionado en todos sus miembros, siempre le admiraban.

—¡Qué hombre!—exclamaban algunos de esos curas pálidos, flacuchos y desmadejados.—Es una salud que parece un insulto.

Y el colector, sonriendo, replicaba:

—Paciencia; acaba de ordenarse. Está sano, porque es novato. Ya vendrán para él, como para todos, los gajes del oficio.

Tenía razón. Vinieron. ¿Cómo sucedió aquello? Lo ignoraba. La carne se apoderó de su ser por sorpresa, cayó sobre él de improviso, aprovechándose de que todos los defensores de la plaza estaban descuidados y ninguno en las murallas.

Ya lo hemos dicho. Fué un ataque y un asalto en medio de la noche. Durante el sueño. ¡ Ah! ; Traidores y cobardes!

Seamos cronistas de la batalla.

El reloj del comedor acababa de dar el último martillazo en el timbre. ¡ Las once! Román quiso llegar al punto del párrafo, y cerró el libro.

Levantó los ojos para mirar á su hermana. Habíase dormido en su silla. Siempre le sucedía lo mismo. La contempló en silencio. Bajo la luz de la lámpara; dormía con los labios entreabiertos por una sonrisa, dejando ver entre lo encendido de la grana como una claridad violenta, casi como relampagueando, el marfil de la dentadura formada en línea de batalla para las luchas de amor. Era su respiración tranquila como la de un niño. Aprisionadas en la tela, las curvas de los pechos se levantaban y deprimían en un movimiento que pudiéramos llamar la *gran marea de la carne*. Las pestañas en el borde de los párpados cerrados eran dos arcos de sombra, y la sombra se difundía en las morenas mejillas.

Diéronle ganas de despertarla, diciendo :

«Levántate, oh compañera mía, hermosa mía, y vente.

»Porque hé aquí ha pasado el invierno, hase mudado la lluvia, se fué.

»Hanse mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción es venido, y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola.

»La higuera ha echado sus higos y las vides en cierne dieron olor: levántate, oh compañera mía, hermosa mía, y vente.»

Tuvo que contenerse, es decir, tuvo que cerrar los ojos ofuscados ante la hermosura, como por exceso de luz, y volviendo á la vida real:

—¡Gracia! ¡Gracia! ¡Muchacha!—gritó.—Anda, hija, que es tarde.

Gracia despertó.

—¿Son ya las once?

—Ya. Buenas noches.

—Buenas noches, hermano.

Se acercó, puso la frente, y el hermano dió el beso fraternal.

Román entró en su cuarto. La muchacha agarró á la gata blanca, se la llevó en su regazo y también se recogió.

El sacerdote, arrodillado ante su oratorio, decía las preces de la noche. Desde allí oyó el crujido de la cama en la habitación contigua, al que ha-

bía precedido el sordo andar de unos piececitos descalzos. Gracia se acostaba.

El sacerdote, terminada su oración, hizo lo mismo.

¡Cosa rara! Lejos de caer inmediatamente en aquel sueño profundo que le dominaba todas las noches, sintió como una necesidad imperiosa, una causa anormal y violenta que sostenía la excitación cerebral. El sueño no acudía puntualmente á la cita. Dió dos ó tres vueltas en la cama; atribuyólo á alguna incómoda postura. El reloj volvió á sonar. ¡Las once y media! No había para justificar aquel insomnio, ni voluntad de sostenerlo, ni preocupaciones poderosas de ningún género. No. En realidad quería dormir, y en cuanto á pensar no pensaba en nada. Sólo su imaginación recordaba lo ocurrido media hora antes. El comedor, las once campanadas, la gata hecha una rosca de cardada lana sobre la mesa, y la garrida aragonesa durmiendo con el rostro inundado de claridad. ¡El término de la lectura! ¡Bah! Lo de todas las noches.

Poco á poco quedóse más quieto entre las sábanas; su cerebro veló sólo á medias, y empezó á crear

y coordinar ideas poco razonables. Restos de la memoria reunidos en desorden. La escena del comedor otra vez, pero ridículamente tergiversada, hasta el punto de que su razón debiera haberse burlado de aquellas locuras imaginativas. Veíalo todo el sacerdote durante su sueño como reflejado en un espejo. Allí mirábase él mismo, dentro del comedor, cerrando las páginas del libro de la Santa, levantándose y encontrando su vista la gata blanca sobre la mesa y Gracia en la silla, ambas dormidas. Poco á poco los dos seres se fueron transformando de maravilloso modo, adquiriendo cada uno algo del organismo del otro. La gata variaba de color, y tomaba uno especialísimo, sonrosado pálido, muy parecido al de la carne. Su hermana, en cambio, era blanca con algo de indecisión en los contornos, esa indecisión de líneas que obedece á una normal y al par se revela y aleja de ella, y que acusa la espuma, la nieve sin hollar, la lana cardada; dijérase que la angora era una gata humana y Gracia una mujer bestializada. Román, asustado de aquellos prodigios, corría á refugiarse en su cuarto para no verlos. ¡Empeño inútil! Sobre uno de los brazos desnudos del Crucificado, sin saber por dónde entró, ni cómo pudo subir hasta allí, vió de nuevo al monstruoso animalejo, cuyo ron-

ron era formidable, parecido al acompañamiento de una canción báquica. Irguiendo nerviosamente su poblada cola, con esos movimientos propios de la raza felina, restregaba su cuerpo, ¡oh profanación!, contra el rostro lívido del divino Moribundo; y al hacer esto fijaba en Román la mirada de sus pupilas relucientes.

De improviso, midiendo la distancia, desde la Cruz saltó á la cama, donde el sacerdote hubo de hacerla un lado, porque en el aire habíase verificado un nuevo prodigio, una transformación más infernal que la primera. Ya no era el cambio de color, sino el cambio de forma. Era «una mujer sentada sobre una bestia bermeja, llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Estaba vestida de púrpura y de escarlata, y adornada de oro y de piedras preciosas y de perlas, teniendo un cáliz de oro en su mano, lleno de abominaciones y de la suciedad de su fornicación. Y en su frente un nombre escrito: **MISTERIO. LA MADRE DE LAS FORNICACIONES Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.**»

—¡La gran ramera del Apocalipsis!—gritó Román aterrado.

Y la mujer le contestó:

—¡Yo soy! Yo me he embriagado de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de

Jesús. La bestia que ves, fué y no es : y ha de subir del abismo y ha de ir á perdición : y los moradores de la tierra, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida desde la fundación del mundo, se maravillarán. Y aquí hay mente que tiene sabiduría, como dijo de mí el ángel al Teólogo. Las siete cabezas son siete montes sobre los cuales, yo, la gran ramera, me asiento.

—¡Tú eres la mística Babilonia!—repitió Román.

—La mística Babilonia, imbécil, es Roma, la Ciudad Santa, también de los siete montes, por eso llamada la ciudad de las siete colinas. ¿No me has oído? ¿Quién, sino Roma, es *la mujer embriagada de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús?* ¿Á quién, sino á Roma, corresponde aquel otro versículo en que se dice que yo, la gran ramera, *soy la grande ciudad que tiene reino sobre los reyes de la tierra?*

—¡Mentira! ¡Mentira!—decía el soldado de Cristo exasperado.

La mujer sonrió. Luégo extendió sus brazos, sus hermosos brazos desnudos, largos como los de las esculturas de Cánova.

—¡Abre los ojos!—dijo con voz dulcísima envolviéndole en una mirada enloquecedora.—Abre los ojos, ¡sacerdote!

¡Oh! ¡Lo que sucedió entonces! ¿Cómo describirlo? Román recordó, como muy lejano término de comparación, una vez que estuvo en el teatro siendo seminarista en Valladolid, y vió los llamados *Cuadros disolventes*. Era algo parecido á esto, pero más grandioso y terrible. Una mancha negra que cubría el mundo y las edades.

—Ese es mi telón— volvió á decir la visión apocalíptica.—¡El traje talar!

De improviso, un foco luminoso se abrió paso entre las negruras del paño, haciéndolo como transparente. Román estaba horrorizado. Aquel foco era un círculo perfecto; era la hostia, la purísima hostia consagrada, la que iba á servir de fondo blanco, en el que al punto empezaron á formarse sombras y á presentarse colores. Se dibujaron árboles, un huerto, aguas corrientes, hierba verde, y, sobre todo ello, un firmamento tachonado de soles. En medio de aquel huerto se levantaba el árbol de vida.

La voz gritó: «EL EDÉN.» Y bajo el árbol de la ciencia del bien y del mal estaba sentada la mujer primera. «¡Eva!» ¡Sí! ¡Eva! Hermosa como Ceres, desnuda como Venus. En cuanto á su rostro... Román dió un grito. ¡Era el rostro de Gracia! ¡De su hermana! Su cara; sus labios entreabiertos por una sonrisa, dejando ver la blan-

quísima dentadura, tal como acababa de despertar en el comedor; su cabellera abundantísima, que cubría las morenas espaldas, llegando hasta los pies. Su hermana, mirándole como nunca le había mirado. Luégo la visión se levantó, alzó su brazo, alcanzó una rama, cogieron sus dedos la bíblica manzana, y, volviéndose á la primitiva postura, mordióla; hecho lo cual, el brazo de la mujer dió impulso, la manzana salió del Edén, salió del foco luminoso, arrojada con fuerza, y cayó... ¡cayó sobre la cama de Román!, desvaneciéndose la visión tras esto. El sacerdote vió después á Sara, la mujer de Abraham; á Agar, la hermosa esclava egipcia, y á todas las concubinas del patriarca; á Rebeca junto al pozo de agua de Nachor, llenando su cántaro y dando de beber al siervo; á Raquel y á Lia; á Jael y á Dalila; á la mujer del Levita, de la que abusaron los de la tribu de Benjamín; á Ruth, la espigadera de la heredad de Booz; á la apasionada Michal, que se enamoró de David; á Dalila, y á la reina de Saba llegando á Jerusalén con un muy grande séquito, con camellos cargados de aromas, oro y piedras preciosas: «*Nunca hubo tales aromas como los que dió la reina de Saba al rey Salomón.*» Vió una tras otra á todas las mujeres de la Biblia, y á todas ellas, desnudas, cubiertas de pie-

les ó con trajes de púrpura, rubias ó morenas, altas ó bajas, ¡á todas ellas con el rostro de Gracia! Por último, el foco luminoso se extinguió después de copiar la figura de la Magdalena derramando sus unguentos sobre la cabeza de Jesucristo. Quedó sólo la inmensa tela negra, dejando en su oscuridad el mundo. Sólo esto y la gran ramera, cuyo cuerpo parecía resplandecer como dotado de luz propia.

La gran ramera, que continuaba mirando á Román de un modo intenso, fijo, lascivo, y que, inclinándose sobre él dulcemente, lo estrechó en sus brazos, lo besó en la boca, y, por último, tendió su cuerpo de mujer junto al del sacerdote.

Luégo, de pronto, un gran estupor, una sensación extraña; después, la luz de la mañana penetrando por entre los resquicios del balcón; la voz de Gracia, que cantaba allá en la cocina las alegres notas de su canción aragonesa; ¡el nuevo día!

El nuevo día, lleno de sol, de perfumes y de rumores. Las hojas verdes de las macetas humedecidas por el rocío, el jilguero revoloteando en la jaula.

Román despertó.

En el primer momento no se acordaba de su pesadilla. Miró á las bayetas negras, sobre las

cuales destacaba la imagen de Jesús enclavado en el madero. Se incorporó para arrodillarse en la cama misma, para, antes de poner los pies en tierra, hacer, como de costumbre, la señal de la cruz.

Palideció intensa y repentinamente. Acababa de recordar; con el movimiento de los músculos pareció como removerse lo amodorrado de su memoria. Además, el lecho del célibe no era el immaculado que corresponde á la virginidad.

¡La gran ramera! ¡Dios mío! ¡Él! ¡Un sacerdote!

IV

Se consideró reo de pecado mortal. Tenía en favor suyo (no como para excusarse, ¡no!, porque él no trataba de buscar disculpas á su delito, sino que, antes por el contrario, lo consideraba horrendo y nauseabundo), pero en su favor estaba el haber sido vencido durante el sueño.

No había en su espíritu desesperación ni reproches. No consideraba aquello sino como un castigo, tal vez por haber alimentado su virtud con soberbia. Como Job en el muladar clamaba al Ser Supremo, y como él podía decir:

«Ahora mi alma está derramada en mí, días de aflicción me han aprehendido.

»¡Quién me tornase como en los meses pasados, como en los días que Dios me guardaba!

»Cuando los oídos que me oían me llamaban bienaventurado, y los ojos que me veían me daban testimonio.»

Triste estaba su alma, hasta morir. La carne

suya era flaca, y se mostraba propicia al pecado. Cerrábanse las puertas de la salvación en la otra vida. ¡Él! ¡Un sacerdote! Había incurrido en las-civias de imaginación. ¡Su sueño! Tenía que contarle punto por punto en acusación sacramental ante el tribunal de la penitencia.

Se vistió apresuradamente; deseaba llegar cuanto antes á la iglesia.

Ya estaba puesto el manteo, cogido el sombrero, ya iba á salir; se dirigía á la puerta de su cuarto, cuando ésta se abrió, presentándose Gracia en el umbral. Gracia, cuyo canto, allá en la cocina, había cesado de pronto con un grito agudo. La virgen aragonesa estaba demudada y llorando.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—preguntó el sacerdote con tono y gesto tan avinagrado, que la niña le miró sorprendida á través de sus lágrimas.

Pero preocupándola más el pesar experimentado, exclamó entre sollozos:

—¡Román! ¡Román! ¡Se me ha escapado la gata!

—¿La gata? ¿Que se ha escapado? Pero ¿cuándo?

Y el sacerdote se inmutó: la noticia le puso densamente pálido.

—Sí, se ha marchado ahora mismo por el te-

rradillo de la ventana del patio. Desde la cocina saltó. Está en el tejado.

—¿En el tejado? Pero ¡qué ocurrencia!.....

—Sí. Yo te contaré. Verás, verás tú qué mala es. Por supuesto, que no tiene ella sola la culpa, sino el otro. El otro, que la llama.

—¿Quién es el otro?

—Pues, ¡quién ha de ser!, el de la vecina, un gato. Un gato negro. ¡Si llevamos con esto unos días! Figúrate que el demonio del gato ese se escapa también, y se va al tejado, como te he dicho. Y cuando está allí se pone á maullar; pero ¡qué maullidos! Dice la vecina que tiene dolor de muelas. Y la *Morroña* también lo tenía hoy; y como ha visto lo que hace el otro, va y lo imita. Allá arriba están los dos. Se van á caer á la calle; porque, ¡si los hubieras visto!, en cuanto se reunieron empezaron á jugar como si toda la vida hubiesen estado juntos; y á lo mejor se muerden. Ven, ven, ven corriendo. Llámala tú, á ver si á ti te hace más caso.

Le cogió de un brazo, tiró de él, y, que quieras ó no, á la fuerza llevólo al sitio de la catástrofe. Hízole asomar á la ventana.

—¡Mírala! ¡*Morroña!* ¡*Morroña!* ¡Piss!..... ¡Piss!..... ¡Piss!.....

¡Sí! ¡Allí estaba! Irguiendo la cola, paseando

majestuosamente al sol, parándose á veces para lamer sus lanas y limpiarlas de no sabemos qué manchas reales ó imaginarias, mirando á sus amos con actitudes de burla, estremeciéndose nerviosamente á cada siseo y decidiéndose por ir al encuentro del otro animalejo, que la esperaba en el caballete del tejado sin perderla de vista. ¡Allí estaba la gran ramera del Apocalipsis!

—Déjala— exclamó el sacerdote; — déjala y no llores.

— ¡Pero y si no vuelve!

— Ya volverá. En cuanto tenga ganas de comer. En cuanto traigas la cordilla. Y si no volviera, maldito lo que se perdía— añadió Román obedeciendo al rencor que originaban sus nacientes supersticiones con respecto á la *Morroña*.

— ¡Ah! ¡No digas eso! Si no vuelve, soy yo capaz de ir por ella. ¡Pues no faltaba más! Es mía, es mi gata, y yo la quiero.

Aquella escena produjo en el cura una irritación nerviosa, que cambió por completo su anterior estado de abatimiento. Salió de su casa y se encaminó á la iglesia. Quería confesar, recobrar el perdido estado de gracia, antes de celebrar el

santo sacrificio. Pero su confesión tenía que ser perfecta; tenía que reunir las nueve condiciones que necesita todo penitente para la validez de la suya: *Simple, Humilis, Pura, Fidelis, Nuda, Discreta, Libens, Integra y Verecunda*. Y ahora no sentía ni contrición ni atrición con aquella sublevación y sorda cólera que le dominaba. No sentía el intenso dolor del pecado cometido, dolor concebido por el amor de Dios sobre todas las cosas y perfecto en caridad, con propósito de no pecar en lo sucesivo y con voto de recibir el sacramento de la penitencia. No detestaba el pecado con el odio que produce por su torpeza ó fealdad, ó por el temor de las penas del infierno, cosas ambas que excluyen la voluntad de pecar, con esperanza de obtener el perdón. No había en él ninguno de los sentimientos y pesadumbres que preparan para la gracia. No podían agarrarse sus manos á la *segunda tabla después del naufragio*; ni confesar, ni, por ende, decir misa. Pasar el día, ¡un día entero en pecado mortal! Colérico estaba contra su cuerpo y contra sus sentidos. Casi quería reprochar á Dios que le hubiera abandonado. ¡Oh! y tan por completo, que ahora, despierto ya, puede decirse que en su entendimiento estaban preparándose cultivos de la dañina hierba filosófica. Empezaba á no ver claro

con respecto á la idea del bien y del mal. El había pecado. Pero ¿había sido él verdaderamente, ó su cuerpo sin intervención del alma? Y si esto era así, ¿de qué tenía que acusarse? Apuntaba allí algo de la doctrina de Hobbes. El bien, es decir, la sensación agradable. El mal, la desagradable. Huir de esta última y procurarse la primera. Esto era la moral. El hombre está revestido del derecho de sacrificárselo todo á sí mismo. ¿Cuál es la naturaleza y las fuerzas de nuestro espíritu?

—¡Ah! Estoy loco, tengo pensamientos de condenado.

En tal situación llegó á la sacristía. El colector le saludó con su sonrisa de siempre.

—¡Mi señor don Román! ¡Santos y buenos días! Y la gata, ¿ha vuelto á sus lares? ¡Demonio de bichos!

Una bomba estallando á sus pies no le hubiera producido más efecto de terror que aquellas sencillísimas palabras. ¡Cómo! ¡Hasta en la iglesia se conocía ya el episodio! ¿Acaso el padre Fermín era adivino? ¡Quién sabe! Pero entonces tampoco ignorarían lo de la gran ramera del Apocalipsis.

Quedóse mirando al colector estúpidamente,

con ese asombro consistente en abrir la boca, enarcar las cejas, arrugar la frente y dar un paso atrás, una expresión tan cómica, que el padre Fermín soltó la carcajada.

—¿Qué le pasa, hombre, qué le pasa? ¿Qué tiene de particular lo que le he dicho?

— De particular..... no..... verdaderamente. Pero sí es extraño que Ud.....

Y sin poderse contener:

—¿Cómo sabe Ud. lo que acaba de suceder en mi casa?

—¡Bien dicen los otros! Sólo un soñador sempiterno es capaz de hacerme esa pregunta.

— Es que.....

— Pero, ¡alma bendita!, ¿hasta ahora no se entera Ud. de que somos vecinos? ¿Es posible eso, llevando, como lleva, ya dos meses en la casa? ¡Si será Ud. hurón!

Verdaderamente, Román lo ignoraba. Entregado siempre á sus devociones, pasando la vida en aquel culto de todas horas á la imagen del oratorio, no preguntando nunca á su hermana, no sintiendo curiosidad por las cosas del mundo, ignoraba quiénes eran los inquilinos de los restantes pisos.

—Pues sí, señor. El gato negro es mío. Se llama *Sultán* — añadió el colector acentuando su

sonrisa.—Conque vamos á ver, D. Román: ¿en qué altar va Ud. á decir la misa? Llega Ud. el primero. Puede ocupar el de la Purísima.

Entonces una idea se abrió paso en el torbellino de las que atormentaban su cerebro. Aquel sacerdote, que vivía en su misma casa, podía, ¡sí!, podía confiarse á él.

— Padre Fermín, hoy quisiera dispensarme de la misa.

El colector le miró.

— Y quisiera otra cosa. Desearía hablar con Ud.

— ¿Ahora?

— No. Ahora tiene Ud. sus ocupaciones, que son sagradas. Y aquí no es conveniente. Se trata, además, de una cuestión muy grave.

El padre Fermín se quitó los anteojos, frunció el ceño, no malhumorado, sino con expresión picaresca.

— Bueno. Á las doce y media acaba mi tarea hoy. Á esa hora como. Pasaré á verle á Ud.

— Le espero.

— Y ya que *no puede Ud.* celebrar hoy, hará bien en marcharse, para que nadie se entere.

Y despidiéndole con un gesto amigable:

— Hasta las doce y media ó la una. Juntaremos los pucheros. Comeremos los cuatro reunidos. Así será mejor.

— ¿Los cuatro?

— Es claro. Usted, su hermana, Anita y yo. Anita es mi sobrina. ¡Ea! Hasta luégo, hasta luégo. Espéreme Ud.

Y con verdadera prisa le acompañó hacia la puerta, empujándole suavemente, expulsándole con mejores modos que los empleados por Dios cuando arrojó á Adán del Paraíso.

Román volvió á su casa más contento, sin saber por qué. Á la verdad, no tenía motivos para ello, sino que más bien debería ser gravedad en su conciencia aquel regreso del templo, no saliendo de él lleno de pureza, con las alegrías eucarísticas en el espíritu, sino tal como entró, impuro, manchado aún por la suciedad de la noche pasada. Pero tenía una esperanza. ¡La conferencia! Todos sus anhelos cifrábanse en ella. El padre Fermín le aconsejaría. El padre Fermín, veterano ya en la milicia de Cristo, sabría dar remedios al bisoño y defensas contra la carne rebelada. Eso. Eso es lo que necesitaba. ¡Un escudo! ¡Una trinchera! Él quería volver á ser el varón fuerte de que habla la Escritura.

.....

— ¡La Morroña ha vuelto!.....

Esta fué la primera noticia que le dió su hermana.

— Vamos, mujer, ya estarás contenta—replicó el sacerdote con tono paternalmente cariñoso.

En seguida él, á su vez, participó que tenían convidados. Es decir, convidados, no. No era esa la palabra, puesto que ellos se traían su comida.

—Y á propósito, ¿cómo no me has dicho que nuestro vecino era también un presbítero?

— ¡Un presbítero!—repitió *la niña* con sincera sorpresa.—Pues no lo sabía. Es decir, que no me lo figuraba. No le he visto si llevaba ó no corona. Además, siempre le he encontrado de paisano.

— ¿De paisano?

— Sí. Y por cierto que él podrá ser todo lo cura que tú quieras, pero no se parece en nada á ti. Siempre está alegre; cantan y tocan ahí al lado.

— Serán rezos.

— ¡Sí, sí; rezos! Buenos rezos te dé Dios. Unas canciones muy bonitas. El cura toca y ella es la que canta. Calla, hombre, que ahora caigo en ello. Como lleva la cara afeitada y no gasta bigote, me había creído yo que sería un torero.

— ¿Por qué?

— Por eso, y porque lo que ella canta son malagueñas, y lo que él toca, la guitarra.

Hizo un gesto de desagrado.

— Déjate de chismes de vecindad. Ese señor es colector de mi parroquia, de nuestra parroquia. Es el padre Fermín. Prepáralo todo para cuando vengan.

— ¿Y ella? ¿Quién es ella?

— Es su sobrina. ¿Quién ha de ser?

— Pues, mira, es muy guapa.

Román dejó á su hermana y entró en el oratorio. Tuvo de pronto una de esas supersticiones tan comunes á los sacerdotes. Encima de la mesa, en el lugar más visible, estaba la Biblia. Allí creyó que encontraría palabras de consuelo, pero que las encontraría al azar. Abriendo el libro por la página que la Providencia misma había de designar.

Hízolo así, y leyó :

«Y aconteció, después de esto, que, teniendo Absalón, hijo de David, una hermana hermosa, que se llamaba Tamar, enamoróse de ella Amnón, hijo de David.

»Y estaba Amnón angustiado, hasta enfermar, por Tamar, su hermana; porque por ser ella virgen, parecía á Amnón que sería cosa dificultosa hacerle algo.

» Y Amnón tenía un amigo que se llamaba Jonadab, hijo de Simea, hermano de David; y era Jonadab hombre muy astuto.

» Y éste le dijo : Hijo del rey, ¿por qué de día en día vas así enflaqueciendo? ¿No me lo descubrirás á mí? Y Amnón le respondió: Yo amo á Tamar, la hermana de Absalón, mi hermano.

» Y Jonadab le dijo : Acuéstate en tu cama y finge que estás enfermo; y cuando tu padre viniere á visitarte, dile : Ruégote que venga mi hermana Tamar para que me conforte con alguna comida y aderece delante de mí alguna vianda, para que viendo yo, coma de su mano.

» Acostóse, pues, Amnón y fingió que estaba enfermo, y vino el rey á visitarlo. Y dijo Amnón al rey : Yo te ruego que venga mi hermana Tamar y haga delante de mí dos hojuelas que coma yo de su mano.

» Y David envió á Tamar á su casa, diciendo: Vé ahora á casa de Amnón, tu hermano, y hazle de comer.

» Y fué Tamar á casa de su hermano Amnón, el cual estaba acostado; y tomó harina y amasó é hizo hojuelas delante de él, y aderezólas.

» Tomó luego la sartén y sacólas delante de él; mas él no quiso comer. Y dijo Amnón : Echad fuera de aquí á todos. Y todos salieron de allí.

» Entonces Amnón dijo á Thamar : Trae la comida á la alcoba, para que yo coma de tu mano. Y tomando Thamar las hojuelas que había aderezado, llevólas á su hermano Amnón á la alcoba.

» Y como ella se las puso delante para que comiese, él trabó de ella, diciéndole : Ven, hermana mía, acuéstate conmigo.

» Ella entonces le respondió : No, hermano mío, no me hagas fuerza. Porque no se ha de hacer así en Israel. No hagas tal desacierto.

» Porque ¿dónde iría yo con mi deshonra? Y aun tú serías como uno de los perversos de Israel. Ruégote, pues, ahora, que hables al rey, que no me negará á ti.

» Mas él no quiso oír ; antes, pudiendo más que ella, la forzó y echóse con ella.»

Román cerró el libro con ira. Con verdadera cólera.

—¡ Y esto—dijo sin poderse contener ;—esto es un libro sagrado ! ¡ Esta es la lectura que ponen en nuestras manos, cuando nuestras manos se han elevado al cielo para ofrecer en holocausto precioso la castidad ! ¡ Este es el libro sagrado, la *Santa Biblia* ! Leyéndola, he aprendido yo cuanto ignoraba. En estas páginas, toda virginidad se halla violada ; éste es el verdadero árbol terreno del bien y del mal. Ataca, rompe y destroza brutalmente

los velos de la inocencia. ¡Amar y temer á Dios! No es esa la enseñanza que se desprende del texto. Aquí se llega á la adoración del diablo, porque se llega al conocimiento de los placeres de la carne.

Después de decir todas aquellas blasfemias, volvió el demonio filosófico á soplar en su entendimiento vientos encontrados de ideas opuestas. La moral de los Padres de la Iglesia, fuerte y severa, elevando al hombre á la esfera superior á los sentidos, parecióle que no presentaba los caracteres y el enlace de un verdadero sistema. Aquel principio suyo fundamental, la voluntad de Dios y la obediencia del hombre á esta voluntad, era cierto, sí; pero ellos mismos dicen que el mal físico y moral es necesario, y que no se produce ni por orden ni sin orden de Dios: eso equivale á fundar la opinión de un mal tolerable. Lo derivan en parte de la libertad humana, y en parte también de la influencia de los malos espíritus.

Luégo las contradicciones. El alma humana que los Padres concibieron, primero de naturaleza corporal, y después los platónicos y Nemesio y Agustín dijeron espiritual; como medios de conocer la voluntad divina, la Biblia y la razón, pero sobre todo la Biblia. El anhelo de unirse á Dios produciendo la bienaventuranza de la vida.

Agustín, una de las primeras lumbreras de la Iglesia latina, declarando que, desde el pecado original, el hombre ha perdido la inmortalidad y la libertad de abstenerse del pecado, pero que ha conservado la libertad de cometerlo; que, por consiguiente, sólo Dios produce inmediatamente la voluntad del bien (*la gracia*), y que concede ó rehusa esta gracia á quien le acomoda. Un sistema famoso, que á Román le parecía contrario á la naturaleza del orden moral, y al que se llegó por ajustarse estrictamente á la letra de la Biblia en la disputa de Agustín con el bretón Pelagio, que atribuía al hombre el poder verdadero de obrar bien. La felicidad consistiendo en la contemplación de Dios; la revelación, origen único del dogma cristiano. Las tres maneras de conocer al Todopoderoso: por su imagen, por la naturaleza externa y por una revelación externa, inmediata, principio de los Padres que está reñido con el que ellos mismos asientan luégo diciendo que la esencia de Dios no es accesible á la razón, *por más que lo sea á la intuición mística.*

¡Ah qué enredos! Dijéranse las tramas en que se urde una gran mentira.

Todo este embolismo le tuvo sentado ante la mesa, con los codos apoyados en ella, hundido el rostro entre las manos, una, dos, tres horas.

¿Cómo, desde la lectura del pasaje en que con tantas complacencias pornográficas de minuciosidad en el detalle se describe el incesto de Amnón y Tamar, había llegado repentinamente á las alturas de la Teología? Ni él lo sabía, ni era capaz nadie de explicárselo. El mismo Stendhall, que maneja las ideas y hace funcionar el cerebro de sus personajes como el jugador de ajedrez las figuras en el tablero, el mismo autor de *La Cartuja de Parma* hubiérase visto apurado para trazar órbitas en aquel universo creado de pronto dentro del cráneo del sacerdote.

Lo que se veía como lejana luz en la noche era su afán de justificar algo tan grave, tan peligroso, que no se mencionaba, que no quería decirse, que no había querido confesar y jamás confesaría ante el tribunal de la penitencia. ¡Oh! ¡Jamás!

Por fin bajaron los brazos, cayeron extendidos sobre la mesa, alzó Román la frente. Tenía el rostro inundado de lágrimas. ¡La pureza! ¿Cómo recobraría la pureza? La confesión, después de todo, no era remedio suficiente. La satisfacción sacramental, la aceptación de la pena impuesta por el confesor para reparar la injuria hecha á Dios por el pecado, no es bastante, puesto que la absolución no es completa, puesto que el santo

concilio de Trento anatematiza al que dijere que de tal modo se perdona á todo penitente, después de recibida la gracia de la justificación, la culpa y reato de la pena eterna, que no le queda reato de pena alguna temporal que pagar en este siglo ó en el futuro: no es absolución completa, porque así lo exigen la equidad y la conveniencia.

Sus ojos se fijaron en el oratorio, en la imagen tremenda; se levantó, cayó luégo de rodillas, y de rodillas, desde donde estaba, fué arrastrándose hasta allí, ensuciando con el polvo de los ladrillos el manto y la sotana, el traje talar.

Iba el mísero con las manos juntas, arrebatada su razón, sintiendo en ella la poderosa tensión que acerca á la locura; miraba al Redentor. Llegó, y se abrazó al madero, á los llagados pies, gritando con la suprema angustia de sus sollozos:

—¡Quiero el martirio! ¡El martirio para purificarme! ¡Quiero imitarte! ¡Quiero morir como tú, Jesús mío!

En aquel momento hubo de cesar su congoja. Una voz conocida, de acento burlón, hizo vibrar en su oído estas palabras:

—¡Mal síntoma! Hablar con las imágenes es como hablar á solas en voz alta. Señor don Román, la devoción á las imágenes no debe llevarse hasta el extremo de que se considere como abuso en el culto de los santos, y, como tal, error contra la fe sin advertencia de parte del entendimiento, ó, lo que es lo mismo, delito de herejía material.

Era el colector.

—¡Hereje! ¡También hereje!—contestó el infeliz aterrado.

—Vamos, cálmese Ud., y recobre el espíritu la paz que necesita. Yo he entrado, porque su hermana me dijo que aquí lo encontraría y porque creí no hallarle tan consagrado á sus devociones. ¡Qué caramba! No pensemos ahora más que en comer. Allá está mi sobrina con la señorita Gracia, armando en el fogón una que ni la de San Quintín.

Román se levantó. De nuevo á la presencia del padre Fermín recobraba alientos su esperanza.

—¡Cuánto agradezco á Ud. que atienda mi ruego! ¡Que haya venido! Necesito de su experiencia y consejos. ¡Estoy pasando un día! ¡Si usted supiera! Hay momentos que parezco un condenado.

—Bueno, ya hablaremos de eso; á los postres.

Nos encerraremos aquí. Ahora al comedor. De seguro que no ha tomado Ud. hoy ni el chocolate. Está Ud. en ayunas, y eso explica muchas cosas, señor don Román. ¡Ea, vámonos! Ha tenido Ud. muy mala idea con este decorado, esas bayetas negras y ese crucifijo. Esto está muy triste. Aquí hace falta alegría. Vámonos á buscarla en la mesa.

Y dándole el brazo, los dos curas, el uno con su uniforme, que vestía siempre, y el otro de paisano, fueron al encuentro de las dos mujeres.

Riendo y bromeando, el colector hizo entrar á Román en la cocina. Allí estaban Anita y Gracia, la una lavando platos y poniendo la mesa, la otra junto á las hornillas.

—¿Cómo andamos?

—Ya está. Ya está. Vayan Uds. sentándose, que allá vamos nosotras.

Las dos estaban muy contentas. Era para ellas el principio de su amistad tan alegre como el principio de una orgía.

V

La comida fué un tanto bulliciosa ; y como don Fermín hubiese aportado al improvisado festín que resultaba de la reunión de manjares una lacrada de burdeos, obligó á su querido hermano en Jesucristo á que de ella se sirviera, reprochándole mucho su costumbre de no beber más vino sino el aguado de la consagración.

—El vino es como todo. Huyendo de cometer excesos, conforta y ayuda la digestión, predispone el ánimo en contra de las ideas melancólicas, de las cuales me parece que mi señor don Román tiene grande acopio. Y tan exceso considero yo el abstenerse de la bebida como el embriagarse. Vaya, D. Román, otra copita.

—No puedo. No tengo costumbre ; me va á hacer daño.

—Ande Ud. Bébala Ud. por mí—dijo Anita cogiendo con sus dedos de rosa el cristal. Y antes de que Román previniera la acción, lo le-

vantó lleno hasta el borde del generoso líquido, y humedeció en él los risueños labios, devolviendo después la copa catada al sacerdote.—Vamos —dijo ;—y ahora, ¿lo rechazará Ud.?

—Ahora sabrá mejor —añadió el padre Fermín aprobando la travesura de su sobrina.

Román miraba á uno y otra como atontado.

—Vamos, bebe. No desaires á mi amiga —dijo Gracia.

Y no hubo recurso sino el de obedecer y *apurar aquel cáliz*, como el colector le dijo riendo.

Anita, la sobrina de D. Fermín, era una mujer hecha y derecha, como suele decirse. Tenía ó representaba tener unos veinticinco años. Blanca y rubia, indolente y andaluza, ya sabemos que cantaba malagueñas, peteneras y hasta seguidillas gitanas. Su pelo era un poco rizado, enmarañado; los ojos azules; limpia la mirada y brillante; el cuello y la frente de un blanco lechoso, que debía ser la encarnación general de todo su cuerpo. La nariz airosamente remangada, lo que daba á su expresión cierta malicia. Era la cara como la de un pilluelo. La boca grande, pero muy bien jugada de mohines á cual más encantadores. Ha-

blaba mucho, aturdidamente, sin esperar la respuesta cuando preguntaba y sin responder cuando le tocaba la réplica. Se bastaba y sobraba ella para decirlo todo. Una mujer, una verdadera mujer, que parecía tener hasta en la cabeza ruido de enaguas. Gruesecita, muy tentada de la risa, y *ut supra* ya resultó perezosa y amiga de siestas.

Usaba agua de colonia para la ropa interior, vinagrillo en el agua con que se lavaba, esencia de heno en el pañuelo, pomadas caras para el cabello, jabón de olor de Oriza, y era de pies á cabeza un motín de perfumes que mareaba. Quizás por esto ella era también la primera víctima de los amotinados, y padecía de frecuentes jaquecas. Pero, ¡oler bien! Para Anita era tan preciso ir á la perfumería como ir á la plaza; y siendo tan blanca su tez, no perdonaba, sin embargo, el uso de los polvos de arroz. No se pintaba, porque don Fermín en este punto hubo de mostrarse de la más ridícula intransigencia. Otra preocupación suya era el calzado. Andaluza y de pequeña estatura, sus pies y manos dijéranse una monada. Tenían que hacer sus botas, porque hechas entre las de mujer no las encontraba nunca á la medida; y esto se lo contaba á todos los amigos y amigas con cierto orgullo, añadiendo mil califi-

cativos y comentarios de burla acerca de las madrileñas. Su voz tenía notas de contralto; usaba como locución para empezar cualquier diálogo la palabra *hijo* ó *hija*, según el sexo á que el interlocutor pertenecía y fuera cualquiera su edad. D. Fermín tampoco se libraba de que Anita le añadiera este parentesco: «¡Hijo, qué tarde has venido!» «¡Hijo, qué frío hace en este Madrid!» «¡Hijo, cómo apestas á incienso los domingos después de la misa mayor!» Y D. Fermín, bromeando, replicaba: «¡Madre y sobrina, cálese usted y no me maree!»

En cuanto al colector, era, según confesión propia, de treinta y ocho años. Todo un hombre. Había sido cura de pueblo, y en el pueblo el mejor cazador. Teníasele por carlista. De baja estatura, con los manteos no resultaba una figura tan imponente como la de Román, ¡oh! ni mucho menos; como que el bueno del colector jamás era posible que inspirase respeto. Estaba grueso, pero sin obesidad. Su refrán era: «carne cría carne, y vino buena sangre.» De manera que con este género de alimentación y otras higienes de su vida que iremos conociendo, era en la parte física, y para emplear frases vulgares que

lo retraten gráficamente, un hombre de huesos duros y de carne maciza. En su cuarto tenía unas pesas con las que se entregaba su musculatura á ejercicios cotidianos : veinticinco libras para cada brazo. Teníase por gran pulseador, y lo era en efecto; sin embargo, cuando Anita echaba las dos manos, no podía vencerla.

La cara de D. Fermín era lo que había que ver: ojos pequeños y muy propensos al guiño, como todas las facciones á maravillosa movilidad; pómulos salientes; la boca un tanto sumida, y el labio inferior adelantándose al superior, defecto asimismo de la mandíbula correspondiente; cabellos cortos erizándose sobre una frente desarrollada; la nariz muy fina, aguileña; las orejas separadas de lóbulos, como saliendo al encuentro de los rumores de la vida, y de tamaño sobrado; toda la cabeza llena de salientes y entrantes; un cráneo que parecía forjado á martillazos. El conjunto, la cara mitológica del dios Pan. Gustavo Doré se hubiese complacido en aquel modelo para retratar á Mefistófeles. En los tiempos en que las ninfas andaban por los bosques, se hubieran entregado á él riendo á carcajadas. Su aspecto, como impresión del prójimo, especialísimo. Un cosquilleo.

¡Buena fué la comida! Gracia, ante lo frugal de lo que ella y su hermano aportaban, á fuer de ama de casa, experimentó humillación y vergüenza. Pero ni el colector ni su sobrina llevaron intención de que tal molestia resultase. Presentaron á la mesa lo que comían ordinariamente, sólo que este ordinario era buenos bocados: jamón, ternera, arroz á la valenciana, y en una fuente merluza á la vinagreta. Ellos comieron también del cocido que había hecho Gracia; pero D. Fermín, después de declararlo exquisito y que, «pensando en que estaba hecho por tales manos, se chupaba uno los dedos de gusto,» dijo doctoralmente:

—Bueno es tomar cocido de vez en cuando; pero, amigo mío, el cocido nutre poco y llena demasiado. No es una alimentación conveniente. Los hombres necesitamos algo más sólido; y las mujeres también, sobre todo en la juventud, y más todavía en la edad de la señorita Gracia.

Si Román no hubiera bebido tres copas de la lacrada ni comido mucho, aunque á fuerza de ruegos, acaso no con una, sino con muchas objeciones combatiera la doctrina del colector. Pero el diantre del burdeos á los dos hermanos les produjo efectos extraños, y entre los tales una inconsciente inclinación al asentimiento de cuan-

tas opiniones emitían los propietarios de la botella.

Además, el comedor parecía otro. No, como de costumbre, la blancura de los manteles daba una impresión de frío y el pulido cristal de las copas parecía aumentarla; antes por el contrario, regocijaba el ánimo, entrándose por los ojos, aparte de que el vino en el vaso y el vaso sobre el mantel, en los cuatro puntos en que los comensales se sentaban, eran cuatro colores rojos heridos por el sol, que chispeaban como rubíes en fusión. Luégo Anita, Anita batiéndose como una leona con el silencio, no dejando respirar en las pausas; porque en cuanto una asomaba, descerrajaba contra ella su descarga cerrada de palabras, graciosamente ceceadas á la andaluza. Luchó no menos heroicamente con el aire, con la atmósfera respirable, la cual, á la media hora de estar allí la perfumada sobrina del colector, contenía, además de las cantidades necesarias de oxígeno, ázoe, ácido carbónico y vapor de agua, no sabemos cuántas partes de esencia de heno, opopanax, ilang-ilang y demás preparados de Atkinson, que hubiesen dejado aturridos á Dalton, de Humboldt y Boussingault, por lo mucho que variaban sus teorías de las proporciones constantes á todas las alturas.

Se despachó la botella, y con aire de *pio felice, triunfador Trajano*, el padre Fermín, metiéndose la mano en el bolsillo interior de su gabán, sacó otra «hermana gemela de la difunta» (así dijo); y al llegar aquí no hubo resistencias por parte de Román, habiendo asegurado el colector, para disipar todo escrúpulo, que dos botellas para cuatro personas no era ninguna cosa del otro jueves.

Gracia estaba excitada; reíase tanto como Anita y por los motivos más fútiles. Miraba á don Fermín con una fijeza determinada por lo que la complacía lo faunesco de aquellas facciones. Román nunca recordaba haberla visto así: tenía los ojos brillantes y húmedos, hoyuelos en los extremos de la boca, encendido el color en las morenas mejillas, un tono cálido en toda la encarnación. Á veces las dos muchachas, sentadas una junto á la otra, á la menor palabra, ó solamente con mirarse, sentían un gran enternecimiento. «¡Qué amigas vamos á ser!» Acercaban sus rostros y se besaban. Un beso sonoro en plena boca.

— Están en su punto — comentaba el colector.

— No bebas — ordenó Román alarmado.

Tan loca estaba la virgen aragonesa, que hizo una confidencia en voz alta. Esto fué así. Anita

hubo de preguntarle, llevada de su manía, qué pomadas y esencias usaba para su tocador.

—Ninguna— contestó.— Románno quiere. Sólo me permite y me aconseja que me bañe. Me baño á diario;— y luégo aturdidamente:— hoy no. Hoy no podía ser.

La carcajada de Anita se oyó en todos los pisos de la casa. Román permaneció impasible. D. Fermín guiñó los ojos con mucha priesa, y todos los músculos de su satírico rostro hicieron bailar á las facciones una desordenada danza lúbrica bajo las frondosidades del pelo.

Comprendió Gracia lo que había dicho, y, poniéndose encendida como la grana, trató de enmendar su yerro.

—Con el jaleo de la escapatoria de la gata y con el disgusto, no he tenido humor para nada.

El colector en aquel momento se llevaba la copa á los labios y estaba mediándola de burdeos. Hubo de retirarla, apartarla de su boca precipitadamente, pero no tan á tiempo para contener el acceso, y espurreó los manteles con el vino que la hilaridad rechazaba.

—¡Qué guasa tienes, hijo!— gritaba Anita secándose los ojos con la servilleta, pugnando por contener la risa, mordiéndose los labios y dando chillidos estridentes.

Aquello pasó, no sin que *la niña* maldijera en su interior de la torpeza cometida y del vino causa de esta espontaneidad, por la que estuvo un rato con los ojos bajos y *colorada como una amapola*. Román anhelaba ya levantarse de la mesa.

— Ahora á charlar un rato de nuestras cosas— dijo el padre Fermín á los postres, conociendo esta impaciencia. — Á su cuarto de Ud., mientras éstas quitan de en medio los manteles, cristal y loza.

¡Por fin! Por fin llegaba el momento supremo de la terrible confidencia.

Levantáronse los dos curas y entraron en la sala-oratorio, cerrando la puerta Román, que entró el último.

Luégo, como el colector se hubiera sentado, viendo que el otro continuaba de pie, le dijo:

— Vaya. Acerque Ud. una silla. Ya escucho; pero no hay que hacer aspavientos. Usted me cuenta lo que le pasa, y yo, puesto que es tan grave, discutiré con Ud., á ver si encontramos el remedio.

— Padre, soy muy desgraciado— exclamó el sacerdote. — Soy muy desgraciado desde ayer.

—¿Desde ayer? Pues, hijo, eso sí que no lo creo, porque la fecha me parece muy reciente. Todos la tenemos más antigua; desde que nacemos.

— Es que lo soy desde ayer como sacerdote.

D. Fermín se encogió de hombros.

—No escucho hasta que Ud. se siente, ó me pongo yo también de pie; — y cuando se vió obedecido:—hable Ud. ahora, claro y sin rodeos.

Entonces, balbuceando al principio y con acento más seguro después, Román hizo la relación de lo sucedido. La confesión, que por la mañana era imposible, fué completa; el estado de contrición, perfecto. Lloró, expuso sus dudas teológicas, cayó, por último, de hinojos, en la misma postura en que antes de la comida el colector hubo de sorprenderle.

D. Fermín le escuchaba sin pestañear. En dos ó tres ocasiones hizo gestos de conmiseración casi desdeñosos. De asombro, de maravilla ante la enormidad de la culpa, ninguno. Al arrodillarse el penitente, no pudo contener sus ideas por más tiempo. Lo levantó con sus fuerzas de gimnasta brutalmente, lo sentó de nuevo con violencia, poniéndole ambas manos en los hombros, y así, de este modo, sin soltar su presa, le dijo de buenas á primeras:

—Usted, mi señor don Román, no tiene motivo

para haber dejado de celebrar hoy la misa. Usted, mi señor don Román, no es un pecador; y si yo no le conociera, había de juzgarle como mentecato ó loco.

—Pero.....

—No hay pero que valga. Usted no es un pecador, sino un enfermo que tiene necesidad de ponerse en cura. Aquí no hay caso de conciencia de ningún género. Aquí lo que hay es una afección del cerebro, órgano central y colectivo de todas las actividades del hombre, centro y foco común de todas ellas. Usted, mi señor don Román, es de carne y hueso como yo y como el vecino de enfrente, y se figura que el traje talar y el sacerdocio tienen poder bastante para dar especialísimas condiciones á su naturaleza, algo de espiritual y divino que permita dejar de cumplir con alguna de las funciones para cada una de las cuales hay un órgano en el cuerpo humano. Las pasiones no son facultades ni elementos de la voluntad, sino estados exagerados de las aptitudes, instintos y sentimientos del hombre que necesitan vivamente ser satisfechos; y que si no lo son, causan dolor y hacen sufrir: por eso son pasiones. Usted está empezando á desequilibrarse, y de aquí á perder la razón y á volverse loco no hay más que una escala gradual inevitable.

—D. Fermín, Ud. sabe perfectamente que ese desequilibrio no puede ni debe el sacerdote remediarlo. Sé á lo que Ud. se refiere. Nos está prohibido, puesto que se nos impone el celibato..... el santo concilio de Trento.....

Entonces el colector aproximó su silla, se inclinó al oído del penitente, y no dijo más que una palabra, una sola, en voz baja:

—¡Farsa!

Román dió un salto en su silla.

—Sí, señor. Farsa, y farsa necesaria.

—¡D. Fermín!

—¡Ni uno solo de los que asistieron al concilio de Trento, estoy seguro de ello, ni uno solo, ¿me entiende Ud.?, guardaba la castidad!

El sacerdote estaba aterrado.

—Usted, mi querido amigo, parte de una confusión de ideas que deben estar perfectamente separadas: Ud. acepta al pie de la letra lo que lee, y hay que ver si esto puede ser aceptable en sana razón. ¡El celibato y el voto de castidad! Voy á ser para Ud. lo que José para Faraón. Voy á explicarle su sueño, que por cierto la Biblia, el pasaje de la Biblia que, abriéndola al azar, leyó esta mañana, explicó también perfectamente.—Y viendo que su interlocutor palidecía:—No tema Ud. No quiero penetrar en secretos

que no se me revelan. Digo solamente que se ponga Ud. en cura, porque está enfermo de una enfermedad terrible que han padecido muchos. La historia sagrada y profana está llena de ejemplos de ella. Amnón, enamorado de su hermana Tamar, es uno de ellos. Hipócrates descubrió el amor de Perdicax, hijo de Amintas, rey de Macedonia, por Filis, concubina de su padre. Erasistrato, según cuenta Plutarco, conoció la causa de la enfermedad de Antíoco Sotero, muerto de amor por Estratonice, su suegra. En el sueño de anoche debe Ud. ver un aviso. Por ahora lo que Ud. tiene afecta más la forma de demonomanía que de otra cosa. De no curarse, puede adquirir serias proporciones.

— ¡Cómo! — exclamó el sacerdote asombrado. — ¿Usted cree que yo estoy loco?

— Todavía no, pero puede llegar á estarlo. Hay más causas en Ud. para la locura que para la razón. En Ud....., como en todos los sacerdotes. En mí las hubo, pero me apercibí á tiempo, y ya no existen. Tuve la suerte de visitar una vez el manicomio de San Baudilio. Encontréme con un loco que me dió mucho en que pensar. Era un sacerdote cuyo tema consistía en decir que era *la cuarta persona de la Santísima Trinidad*. Luégo leí á Esquirol.

—No conozco ese padre de la Iglesia.

—Es un médico.

—¡D. Fermín! Eso nos está prohibido.

—Pues, sin embargo, ¿sabe Ud. lo que resolví después de leerlo? Que era de absoluta necesidad pegarle un mordisco á la bíblica manzana—contestó el colector riendo, y añadió:—desde entonces vive conmigo Anita.

—¡Su sobrina de Ud.!

—¡Eh! No, señor. No es mi sobrina, por más que todos los papeles, arreglados por mí, la acreditan como tal.

—¡D. Fermín, yo le he pedido á Ud. consejos, pero no incitaciones al mal!—dijo con amargo reproche Román.

Entonces el colector se puso muy serio.

—Yo incito al bien, al mal nunca. Mi consejo es sano. Lo que debe procurarse es ver la religión de manera distinta que Ud. la ve. La religión, amigo mío, es el primero y acaso el más acabado código moral, y nosotros, sus ministros, debemos dar el ejemplo de ello. Si Ud. no me entiende, no tengo yo la culpa. Por última vez, voy á explicarme de otro modo. La moral está fuerte é indisolublemente ligada con la higiene; la Iglesia está en lucha, lucha recrudecida cada vez más; la Iglesia ha de sufrir en todo lo que es

su organización interna grandes modificaciones, porque, de lo contrario, perecerá. Y ¿sabe Ud. lo primero que va á ser objeto de reforma? El celibato eclesiástico. ¿Por qué? Porque es una inmoralidad de marca mayor; porque mientras el sacerdote tenga huesos y carne, sangre y nervios, es inútil que se crea de naturaleza tan divina que pueda dejar de cumplir una necesidad cualquiera de las muchas que afectan á nuestro organismo; porque al creer esto cometemos un verdadero pecado de soberbia, presentándonos como superiores á nuestros semejantes, nosotros que debemos practicar con ellos la humildad. ¿Qué ha resultado de aquí? La ninfomanía en los conventos, la satiriasis en las iglesias, la pederastía en los seminarios. En lo antiguo, San Antonio Abad, el de los ensueños lascivos, de los cuales Ud. empezó anoche á padecer, un teómano, y por último.....

—Por último venció á las tentaciones del demonio.

—¡Por último sobrevino la impotencia!—replicó el colector.—Santa Teresa de Jesús, ¡otra que tal! Una histérica. Aquella mujer de que habla San Bernardo, una eretómana que por espacio de algunos años gozaba con el diablo. ¡Locos! ¡Una cuerda de locos de atar! Lea Ud. con de-

tenimiento el *Año Cristiano*. La Iglesia tiene allí canonizados á todos esos enfermos; tiene hasta casos de licantrópia; todas las variaciones de la locura idiopática por perversión, calificadas con esta palabra extraña: *Santidad*. — Y luégo, variando de tono, haciéndolo insinuante y profundo, de convicción, queriendo llevar ésta al ánimo del hermano de Gracia:—Créame y oiga mis consejos. Sentiría mucho verle en el camino de lo que llamaría la condenación eterna; y yo, que le aprecio y sé lo que vale, se lo advierto. Mientras la cuestión del celibato no se resuelva, haga usted lo que hacemos todos aquellos que atendemos á conservar la pureza compatible con lo humano. Guarde Ud. las apariencias. Por mi sistema no se llega nunca al escándalo; por el que usted sigue..... por ese..... casi siempre.

Román, ¡cosa extraña!, no se rebelaba contra aquellas teorías de un modo tan violento como hubiera sido de presumir, dada la exaltación de sus ideas religiosas. ¡Escuchaba! Y es que, en efecto, cada palabra de D. Fermín dijérase que resplandecía, que entraba como una luz en su cerebro.

Viéndole callado el *tío de Anita*, hizo una transición de tono.

—¡Ea! Basta ya de confianzas mutuas. Si Ud.

me tiene por hereje, guárdeme el secreto y yo le guardaré el suyo.

—¡El mío!

D. Fermín se echó á reir.

—Sí, el de la gata. ¡La gran ramera del Apocalipsis!

Pero como el colector no era hombre á quien sirviera de contento y tranquilidad para el ánimo explicarse á medias en asunto para él tan interesante, puesto que podía irle en la delación de un fanático la pérdida de sus beneficios eclesiásticos, se acercó, y, no dejando duda en su tono acerca de la amenaza, dijo al oído de Román:

—El de la visión de las mujeres bíblicas, todas ellas desnudas y todas con el rostro de Gracia.

VI .

Aquella noche durmió Román tranquilamente, sin que turbaran su reposo profundo ensueños de ningún género. Atribúyase esto á los efectos del burdeos, que se prolongaron mucho en su naturaleza, no acostumbrada á otra cosa más que al agua pura. Atribúyase también á que, durante todo el día, los cuatro personajes no se separaron, y, por ende, la imaginación del paciente no tuvo lugar de trabajar en meditaciones, y se vió distraída por la conversación y la compañía de su colega.

Por la tarde se dió un paseo. Se obedeció á los gustos de Román, y fué elegida la Moncloa. Las dos mujeres iban delante, cuchicheando bajo los árboles. Román y Fermín no reanudaron su conversación, aquel diálogo entre el fanático novicio y el experto veterano sostenido en el oratorio, ante la imagen del Redentor, que, enclavado en la cruz, ladeaba la cabeza, la inclinaba hacia

adelante y parecía prestar atención y retardar su muerte voluntaria para no perder una sola palabra de herejía ó de misticismo.

Al oscurecer, ya de regreso en el hogar, se decidió juntar la cena como se había juntado la comida. Román no pudo oponerse. Pero disimulando mal su disgusto, aceptó. ¡Sí! Le disgustaba ya sobremanera intimar con sus vecinos. No tanto por él como por Gracia. Desde que sabía el secreto de D. Fermín, y por qué Anita, en lugar de llamarle «tío», le llamaba «hijo» con su mimoso acento andaluz, creyó aquella amistad un peligro. La amenaza del colector le amedrentaba, no obstante, y por eso, por eso se contenía. En la cena también hubo burdeos y buenos manjares. Pero fué menos alegre que la comida. Notábase en todos los rostros menos franqueza. La revelación de secretos vergonzosos había sido mutua en aquellas inteligencias. Román sospechaba que las dos mujeres también hubieron de tener sus confidencias. ¡Las confidencias de Anita! El rayo cayendo en el cuartito famoso donde estaba el *Niño de la Bola* le pareció que no podía causar tantos destrozos. Después de cenar, la andaluza se negó rotundamente á escuchar la lectura de Santa Teresa. El padre Fermín dijo uno de sus refranes de higiene: «Después de comer, ni un

sobrescrito leer.» Román se mordió los labios, pero no replicó. En cambio fué aceptada la proposición del colector, que fué la de jugar á las cartas. Se echó una brisca. Se pagaba con judías. Gracia se distrajo muchas veces durante el juego. Por último, al acabar una partida, el colector indicó que eran las doce.

—Hora de recogerse: cada mochuelo á su olivo. D. Román, señorita Gracia, buenas noches.

Y dando el brazo á su *sobrino*, se retiraron aquellos endemoniados concubinarios, sin dejar tras de sí olor á azufre, sino el de Anita, el opoponax, el ilang-ilang y cuanto contiene de más selecto la perfumería inglesa.

Nuestro presbítero aragonés atribuyó la gran pesadez de su cabeza á que el vino y los perfumes decididamente le mareaban. Sintió gran necesidad de sueño; y, como todas las noches, Gracia, al quedarse solos, se le acercó con la gata cogida por la piel del cuello.

—¡Buenas noches, Román!

Presentó la frente, y el sacerdote la selló con el acostumbrado beso.

—¡Buenas noches, hermana!

Ella tuvo verdadero apresuramiento en encerrarse en su cuarto.

Sin embargo, lo que es sueño, Gracia no tenía ninguno. Prueba de ello, que al entrar en el gabinete, en lugar de emprender la tarea de desnudarse, quedó largo rato sentada en el borde de la cama, fija la mirada en un punto de la habitación que no veía, abstraída, llena de vagos pensamientos, sin mover pie ni mano, siguiendo con más atención que nunca la gran sinfonía de vibraciones de su organismo, estudiándose, digámoslo de una vez, con arreglo al texto nuevo que Anita, su primera maestra, le había enseñado á deletrear.

Román sospechaba lo cierto. Aquella confidencia se había verificado al mismo tiempo que la de los dos sacerdotes, pero en forma muy distinta. La andaluza era la que hablaba y Gracia escuchó, limitándose á esto. Una pregunta de la sobrina hubo de sorprender á la virgen.

—Pero dime, Gracia, ¿tú eres hermana de Román? ¿hermana de veras?

Júzguese cómo se fijarían en el rostro de Anita las miradas de aquellos ojos, cuyas pestañas, según que ya queda dicho, parecían interrogaciones encorvadas.

—¿Por qué me lo dices?

¡Ah! ¡Malicia! ¡Contestaba interrogando! La otra vióse engañada por tal estrategia. Creyó que

estaba Gracia en su mismo caso, y para disipar todo género de reservas y desconfianzas, habló, lo contó todo.

La inocencia es el más aprovechado oyente de vicios y picardías. Gracia, con su gran cama de matrimonio y todo su ajuar de novia, de que estaba haciendo uso en la doncellez, tenía formada del hombre como marido futuro la idea más absurda; y así como de sí misma suponía que estaba sujeta á una enfermedad común á todas las mujeres, y no como otra cosa, sino como padecimiento crónico, conceptuaba la periodicidad con que la naturaleza obraba en su organismo, echando, como por rebosamiento, fuera de su ser lo que en su ser era inmundicia sobrante, de idéntica manera, y con igual ignorancia llena de errores, el marido futuro, aquel varón desconocido cuya vida reclamaba unirse á la suya y emparejarse en el lecho nupcial, amplio y enorme, mullido, fuerte y heredado, el marido futuro no era para Gracia nada más que lo que le había dicho su madre: un compañero hasta la muerte, una protección, un apoyo y un apellido que se agregaría al propio, confundiendo así el sentimiento del amor con el del afecto, y llegando á lo más heterogéneo en sus conceptos de la unión sexual; tanto, que si bien no se le ocultaba que el matrimonio daba

de sí la concepción y el parto, y aun se estremecía tiernísimamente pensando en los hijos posibles con esa anticipación que el sentimiento tiene en entrañas de mujer, pensaba también á menudo en la casta doncella de la casa de David, y no sabemos si llegó á figurarse que servirían para las vírgenes de Tudela, como para las de Nazaret, los buenos oficios del Espíritu Santo. Al abordar este punto, todo en su imaginación era desorden y nebulosidades. Quince años tenía Gracia, y razón su hermano en llamarla siempre *niña*, si se repara en lo que antecede. Los únicos maestros de su educación fueron su madre, cuando era niña de veras y *no debían hacérsela ciertas revelaciones*, y luégo Román, un sacerdote.

Pero Anita vino á ser en aquel caos adorable el espíritu de Dios empezando á moverse sobre la haz de las aguas, diciendo: «Hágase la luz,» y apartando la claridad de las tinieblas.

Puede suponerse que de la revelación no perdió ni una sola palabra. Muchas quedaron para su entendimiento envueltas en misterio, llenas de vaguedad, ininteligible significado, acepción siniestra, oscuras, en sombra, sonando á hueco, pero sonando como cascabeles, con atronadora alegría, porque aquellas eran precisamente las que salieron más mimosamente ceceadas y entre

sílaba y sílaba atiborradas de risas, y al terminar coronadas con un picaresco guiño de la andaluza.

Dieron las tres de la madrugada, y aun estaba despierta y vestida en el borde de la cama matrimonial, con la vista fija en el mismo punto de la habitación. Ahora miraba y veía. La vibración de las campanadas hubo de disipar su abstracción. Aquel punto, aquel objeto era el *Niño de la Bola*. Sintió frío. La *Morroña* dormía acurrucada entre las sábanas. «¡Válgame Dios! ¡Qué mundo este!» Suspiró al decirlo. Pensó que era muy tarde. «¡Qué trabajo me costará levantarme á las seis!» Y ante la urgencia de dormir, para prepararse con algún reposo á las ocupaciones y tareas domésticas del día siguiente, se desnudó de prisa, apagó la vela y se acostó. Y en la oscuridad de la alcoba de nuevo se oyó murmurar á la aragonesa en voz baja: «¡Los hombres! ¡Las mujeres! ¡Qué cosas! ¡Anita y D. Fermín! ¡Los sacerdotes! Según parece, eso también es un uniforme y son tan hombres como los militares. ¡Válgame la Virgen!» Luégo hubo una pausa, un silencio. En seguida se oyó el movimiento del cuerpo que se agitaba en el colchón. La voz empezó: «Por la señal de la santa Cruz.....», y continuó el cuchicheo de los rezos largo rato.

Pero el sueño no quería venir. Lo atribuyó al

estado especial en que se hallaba aquel día; siempre que *no podía bañarse* tenía estos insomnios; una irritación local que reaccionaba sobre el cerebro. Pero aquella noche, todos los fenómenos que la extrañaban eran más intensos en su manifestación. Así, de pronto sintió que de sus ojos corrían las lágrimas involuntariamente. ¿Por qué lloraba? ¿No era feliz? Sí, lo era. Su hermano la quería mucho. Su hermano, ¡el sacerdote! ¡Sacerdote como D. Fermín! Al llegar á esta idea, primero de calificación y luégo de comparación, sus lágrimas se secaron, animáronse los ojos, y, abiertos en la oscuridad, tomó la mirada una expresión afectuosa; la causa de todo aquello seguía siendo física, instintiva, notoriamente patológica; pero por la misma razón su influencia sobre las ideas y sentimientos, poderosa é irresistible. ¿Qué le había dicho Anita? Disparates. Debían ser disparates, mentiras con que hubo de querer burlarse de ella. Sin embargo, ¡la cara de D. Fermín tenía una expresión tan reveladora de malicias! El diablo con solideo: eso parecía el colector. En cambio Román.....; Román! Era muy guapo. Tenía un hermano buen mozo. ¡Vaya! Allí tabique por medio estaría durmiendo como un bendito. Como antes la tristeza y las lágrimas la acometieron sin saber por qué, ahora se sintió

embriagada de alegría sin motivo aparente. Lata el corazón con fuerza.

La *Morroña*, echada á los pies de la cama, lanzó un maullido de mal humor. ¿Qué tenía su dueña aquella noche? No se estaba quieta un minuto. ¡Bueno! Ahora se había puesto boca abajo, se agitaba con una actividad muscular que parecía convulsiva. La incomodaba, sin dejarla dormir. Variaba de sitio ella, la *Morroña*, é iban á buscarla siempre los pies de la niña estorbando su sueño. En aquel mismo instante, Gracia sofocó un grito mordiendo la almohada. Fué una exclamación de sorpresa inaudita y al mismo tiempo de placer intenso. Quedó como desmayada, inmóvil un rato. ¡Ah! Nunca, nunca, desde que padecía su mal, le había sucedido aquello. Había sido sin duda el roce de las sábanas. El roce, que otras veces la cosquilleaba tan sólo, ahora..... ahora no supo explicarse el nuevo fenómeno; pero, ¡Dios mío!, llegó un instante en que creyó que se moría y que la muerte era un goce inefable, no del espíritu, sino de todo el cuerpo, que sentía materialmente la salida del alma, como cautiva que abre dulcísicamente las puertas de su prisión carnal. Al volver de estas alucinaciones, de su pasajero desmayo, experimentando una laxitud extrema, abrióse paso otro orden

de ideas. No había estado á punto de morir, ¡no! La muerte no era así. Lo que ella tenía era fiebre; si la pulsaran, estaba segura de que sería su pulso irregular, lento. ¡Iba á caer mala! ¡Iba tal vez á repetirse *el accidente!* Lo temía y lo deseaba. Decidió estarse muy quieta. ¡Rarezas! ¡Quién iba á suponer que por moverse!.....

Á poco, la primera claridad del día entró en el cuarto. Para levantarse temprano, Gracia dormía dejando cerradas las puertas de cristales del balcón, pero las de madera abiertas, según costumbre de las gentes madrugadoras. En cuanto la luz se hizo mayor, prefirió vestirse á continuar acostada. No le diría á su hermano que había pasado la noche en vela. Ni le diría nada. ¿Á la vecina? Tampoco. Mucho menos. Lo que ella tenía que hacer era enterarse bien. ¡Es tan ridícula la ignorancia! Anita era charlatana. Pues bueno: callando ella, la andaluza hablaría.

Con este infernalísimo plan, aquel ángel salía á las seis del gabinete, daba con los nudillos en la cerrada puerta de la habitación de su hermano para que éste se despertara, y marchábase á encender la lumbre en las hornillas, esperando á la

asistentita que venía todas las mañanas y estaba encargada de ir á la compra.

La ventana del patio que estaba frente á la suya se abrió de par en par. Una cabeza se asomó despeinada de tal suerte, que era el desorden de pelo, por lo acabado y hasta minucioso, difícil de conseguir sin colaboración y ayuda; un desorden hecho, digámoslo así, *á cuatro manos*; era Anita; sus ojos rodeados de un círculo amoratado, sus mejillas sin color y todo el conjunto lánguido de expresión, indolente y perezoso más que nunca, acusaban la velada y el sueño repartidos cuando menos á turno impar durante las horas y misterios de la noche pasada.

—Hija, buenos días—exclamó apoyándose en el alféizar de la ventana.

—¡Buenos te los dé Dios!

Ya se hablaban de tú, porque este era otro de los defectos de la andaluza, muy ajustado á la lógica, si se atiende á que, siendo por su locución familiar, madre de los que hablaban con ella, era necesario que se tuteara con cuantos hijos é hijas iba encontrando por el mundo.

—Y tu hermano, ¿se ha levantado ya?

—Estará vistiéndose.

—Pues bueno, dile de parte de Fermín que se irán á la iglesia juntos. Anda, vete á su cuarto,

y díselo, pero no tardes en volver. Aquí te espero.

—¿Para qué? Además, no puedo entrar. Está encerrado. Cuando salga, que vendrá á despedirse, se lo diré.

—¡Ah! Se encierra. ¡Qué hombre! Es un hurón. Fermín duerme con las puertas abiertas de par en par.

Gracia sonrió. Anita hizo más. Después de lo dicho soltó la carcajada.

—¿Cómo has pasado la noche, hija?

—Bien—contestó la niña ruborizándose.

—Y dime—aquí Anita bajó la voz,—¿estás mejor hoy?

—Creo que lo mismo.

Mayor rubor y el corazón latiendo apresuradamente fueron los componentes de esta respuesta.

—¡Ya! ¡ya! Hija. Bien se te conoce en la cara. ¡Qué engorros tenemos las mujeres!

En aquel momento apareció detrás del cuerpo de la andaluza la figura del colector, *vestido de reglamento*.

—Buenos días, señorita. Santos y buenos. Y ese hombre, ¿se le han pegado las sábanas?

—No, señor;—y oyendo que se abría la puerta de la sala :—aquí viene.

Román entraba en la cocina. Oyó desde su cuarto las palabras del diálogo, las carcajadas de Anita.

—Don Román, ¿nos vamos? Vámonos juntos. Le esperaba á Ud. Así parecerá el camino más corto.

El presbítero se inclinó en señal de asentimiento.

No dijo una palabra. Su disgusto al ver estrecharse y crecer rápidamente aquella intimidad era cada vez mayor.

—Hasta luégo, Gracia.

—Adiós.

—Vaya Ud. con la Virgen, hijo, — gritó desde su ventana y con cierto retintín de enojo la sobrina.

—Que ella la guarde á Ud.—contestó Román dulcemente sin parecer apercebirse del pique.— D. Fermín, estoy á sus órdenes.

Luégo, separándose del hueco de la luz:

—Con permiso de Uds. Oye, Gracia.

La llamó aparte. Al comedor.

—Tengo que decirte una cosa: procura enfriar un poco esto.

—¿El qué?

—La amistad con Anita..... con..... con esa mujer.

—¿Pero?.....

—No es conveniente.

Gracia se echó á llorar. El sacerdote la miró sorprendido. Hubo de preguntar la causa de aquel llanto. La aragonesa no vaciló en decirlo. Lo sentía, no precisamente por haber cobrado á su vecina un gran cariño. ¡No! Afecto y nada más.

—Pero estoy sola la mayor parte del día—añadió;—tú, rezando en tu cuarto, no te ocupas de mí; y cuando no tengo nada que hacer, me causa aburrimiento el ocio. Anita me distraerá. ¡Ya ves! ¿Qué tiene de particular? Es un poco loca, pero muy buena; parece muy buena. Por hablar un rato, no creo..... ¿qué mal hacemos?..... En algo me he de entretener.

—¡Reza como yo!—contestó el cura.

La muchacha no pudo contenerse.

—¡Tengo quince años, Román, y no quiero ser monja, ya lo sabes!

Fué la primera rebelión de *la niña*; luégo, echándole los brazos al cuello, cambiando su tono enérgico por otro insinuante y zalamero :

—Anda, ¡déjame tener una amiga! Esa, nada más que esa.

Comprendió el sacerdote que de una manera brusca no realizaría sus propósitos. Además, el colector había salido, y en el descanso de la es-

calera se impacientaba esperando. Tiró de la campanilla, y á través de la puerta se oyó su voz:

—¡D. Román! ¡D. Román! ¡Que se nos hace tarde!

Se desprendió de la caricia fraternal que lo sujetaba.

—Bueno, ya reflexionaré, resolveré lo que sea para tu bien. Por hoy tienes razón..... no es posible. Cuando vuelva hablaremos. ¡Adiós!

Durante el camino, el diablo del colector pareció estar dotado de don adivinatorio. Hé aquí lo que dijo de pronto :

—No crea Ud. que Anita sea capaz de abrir los ojos á la inocencia. Antes al contrario, á su hermana de Ud. le conviene intimar con ella. Aparte de sus perfumes y de su locuacidad, por lo mismo que sabe lo que sabe, es una consejera de honras como habrá Ud. visto muy pocas. Es de muy buena familia. Por último, amigo don Román, no haría bien en poner trabas á la amistad de los dos, porque sería preciso explicar, dar razones, y esto equivale á que sea Ud. mismo el que picardee á su hermana. Además — añadió con su risita de amenaza, — *por ahí empezaba á faltarse á lo convenido ayer tarde entre nosotros.*

Román tembló. ¡Cierto! No podía librarse de la servidumbre á que le sujetaba la revelación de su

secreto. ¡Harto se arrepentía de tamaña candidez!

D. Fermín, en las cercanías de la iglesia, se detuvo de pronto.

—Y hoy, ¿dirá Ud. la misa?

Román se puso pálido.

—La diré;—y mirando al colector fija y victoriosamente:—la diré, porque estoy en estado de contrición perfecta.

—¡Ah! Mejor. Entonces no hace falta confesarse, porque, amigo mío, el pecado cometido por Ud. es venial, y la confesión, mandato impuesto por el Tridentino al sacerdote, es necesaria para el que se hallare en pecado mortal, en culpa grave. Para lo leve, no.

La entrada de ambos sacerdotes en la sacristía fué un acontecimiento. Allí estaban esperando al colector los curas flacuchos consabidos. Le rodearon, mientras que Román, separándose del grupo antes de pasar al vestidor, arrodillado, rezó maitines y laudes y las horas menores correspondientes, así como las oraciones que están puestas en el Misal, prefiriendo éstas á otras por ser las reconocidas y aprobadas por la Iglesia, acabando, para formar intención y ganar los cin-

cuenta días de indulgencias concedidos por el papa Gregorio XIII, por recitar devotamente la súplica : «*Ego volo celebrare misam...*»

Entre tanto los curas flacuchos abrumaban á preguntas al padre Fermín.

—¿Qué novedad es esta?

—Somos ya íntimos—contestaba el colector sonriendo.

—Eso indica—dijo el único gordo que había entre ellos, y que lo era en competencia con don Fermín,—eso indica mucho.....

—Nada.

—A mí no me diga Ud. El pez ha mordido el anzuelo.

—No lo ha mordido, pero lo ha visto—contestó el tío de Anita bajando más la voz.

—¡Ah!—comentó un escuálido:—¡Lo ha visto! Pues entonces lo morderá.

Se volvieron para observar lo que Román estaba haciendo.

—Está aplicando el sacrificio.

Estaba, en efecto, en los *mementos*. Hízolos por todos los fieles cristianos, justos y pecadores, por los infieles, por los herejes, cismáticos y excomulgados, aun los *no tolerados*. Al final, tan grande era el silencio de los curiosos, que se oyeron las palabras:

« Asimismo, Señor, os le ofrezco por todas las
»personas del estado secular y por cada una en
»particular; por el rey de España y por los demás
»reyes y príncipes católicos; por todos los jueces
»y ministros de justicia y por toda la gente de
»guerra; por los navegantes, por los cautivos cris-
»tianos, por los que están en pecado mortal, y por
»todas las necesidades espirituales y temporales de
»todos los fieles, en satisfacción de todos sus pe-
»cados y de las penas que hubiesen de pagar en
»el purgatorio, tan particular y enteramente por
»cada uno de todos ellos como puedo hacerlo. Y,
»finalmente, lo ofrezco para que con el amor mío
»se supla el que no os tienen los pecadores de este
»mundo y los condenados en el infierno.»

Allá, en el grupo de curas, hubo un cuchicheo de enojo.

— ¡Cualquiera pensaría que lo dice por nosotros!

— ¡Qué rubriquista!

— Silencio, señores — exclamó D. Fermín.

Ya estaba de pie en el vestidor el hermano de Gracia, mirando la epacta, registrando la misa, supliendo así un olvido del sacristán. Llegóse al aguamanil y se lavó las manos, rezando la oración correspondiente. Volvió á la mesa, tomó el cáliz, colocó sobre él el purificador limpio, des-

pués de pasarlo por el interior de la copa, sobrepuso la patena, en la que colocó la hostia redonda, limpiándola de fragmentos con las pulpas de los dedos, que rozaron blandamente su superficie; y dispuesta sobre ella la palia parva de lino, cubrió el cáliz con el velo, y sobre él la bolsa de los corporales, de manera que la abertura por donde se habían de sacar cayera hacia el sacerdote. Hecho esto se descubrió, colocando el bonete sobre el vestidor; se santiguó con la mano, no con el amito. Inmediatamente tomó éste y lo besó en medio, en donde está la cruz; se lo colocó sobre la cabeza y hombros, y con las cintas se lo ató delante del pecho. «Poned, Señor, el casco de salvación en mi cabeza.» Después tomó el alba y la dispuso sobre la cabeza y hombros, vistiendo primero el brazo derecho y luégo el izquierdo, dejándola caer de modo que los pliegues descendieran verticalmente en derredor del cuerpo, pidiendo «ser emblanquecido en la sangre del Cordero y merecer la participación de las alegrías celestiales». Acto continuo tomó el cingulo de lino, y del color del día, se lo ciñó, pidiendo á Dios «que pusiera en sus riñones un cingulo de pureza para conservar la castidad», arreglando después el alba de manera que quedasen los pies libres en sus movimientos. Hizo en el cingulo,

por no tener éste botón ni presilla, el *nudo romano*. Tomó el manípulo, lo besó en la cruz sin inclinar la cabeza, y lo colocó en el brazo izquierdo, en su parte media, entre el codo y la muñeca. «Merezca yo, Señor, llevar el manípulo de los dolores y lágrimas para recibir con alegría la recompensa del trabajo.» Seguidamente recibió la estola, besándola en la cruz, y se la colocó en los hombros; la cruzó sobre el pecho de modo que la parte derecha estuviese sobrepuesta á la izquierda, sujetándola con los extremos del cíngulo. «Dadme, Señor, la túnica de la inmortalidad que he perdido por el pecado en la prevaricación de nuestros primeros padres.» Finalmente, tomó con las dos manos la casulla, y, sin besarla, se la dispuso al cuello, para lo cual levantó un poco hacia arriba la parte anterior, y cogió la posterior por las extremidades, elevándola por sobre la cabeza, hasta disponerla de modo que no apareciese la estola. Al tomarla dijo: «Señor, que habéis dicho: mi yugo es suave y mi carga ligera, haced que yo lo lleve de suerte que merezca vuestra gracia.» Sólo al fin de esta oración, que, como todas, rezó en latín, dijo: *Amen*.

Se puso el bonete, tomó el cáliz con la mano izquierda por el nudo del medio, de manera que tocase inmediatamente en él, y puesta la mano de

recha de plano sobre la bolsa de los corporales, sin necesidad de doblar el velo sobre ella, lo llevó elevado hasta igualar la copa con el pecho, no apoyado ni apartado; hizo reverencia profunda, con la cabeza cubierta, á la imagen de la sacristía, y, precedido del acólito, que llevaba el misal, vinajeras, dos velas y la campanilla, pasó por delante del grupo de curiosos, que se inclinaron, y se dirigió á la iglesia.

— ¡Al altar de la Purísima! — le advirtió el colector.

Y cuando hubo desaparecido, dirigiéndose á los que le rodeaban, dejando al fin rebosar su bilis:

— Hoy todavía es un héroe. ¡El paladín de Cristo! Allá va armado de todas sus armas..... Dentro de poco....., peor que todos nosotros.

Luégo, variando de tono:

— ¡Ea! Otra misa. ¿ Quién va á decirla ? Usted, D. Andrés. En el del Cristo de la Salud.

El D. Andrés era el cura gordo; y se comprende que le correspondiese aquel altar. Los demás esperaron las órdenes del colector, saliendo de dos en dos de vez en cuando á fumar un cigarrillo y comentar los chismes que acerca del *novato* se estaban creando en aquella atmósfera, ya tan enrarecida por las calumnias como por el incienso. No sólo se oían los latines de rito, sino que se oían

otros del colector, del tío de Anita, que á los que se mostraban insistentes en saber qué clase de anzuelo era el que iba á tragar su amigo contestaba riendo estrepitosamente y guiñando los ojos más que nunca:

— De todo hay en ese anzuelo. Calcúlese que en él lo de menos bulto está cebado con aquel delito de la carne que definen los cánones: *illicita virginis defloratio non precedente* (como es natural y aquí hasta imposible), *non precedente pactione conjugali*.

Y los rostros de los oyentes se alegraban de la noticia.

VII

Algunos días transcurrieron sin que, al parecer, la serenidad de las aguas se viera turbada en aquella vida sacerdotal, tranquila como la superficie de un lago destinado únicamente á reflejar en la tierra el color azulado de la gran masa atmosférica y las estrellas del cielo. Ya de aquella turbación quedaba, pasado el susto, el convencimiento de que el famoso ataque de Satán sólo había sido una piedrecilla que lanzó la mano de un niño travieso, una guija que, al caer en el lago, produjo ondas concéntricas. La piedra llegó hasta el fondo, se hundió para siempre; las ondas se fueron ensanchando, los círculos se hicieron mayores, hasta tocar las orillas, y allí se quebraron y desvanecieron. ¡Nada! El cielo otra vez, otra vez los soles y las nubes pasando y copiándose con fidelidad pasmosa en el alma de Román como en un espejo. Dios y el sacerdote. Dos abismos

azules que se miraban y se gozarían en esta contemplación eternamente.

Seguía al pie de la letra las máximas de Kempis, y leía á todas horas, como ejercicio de fortificación para el espíritu, lo que el devotísimo agustino del Monte de Santa Inés recomendaba en ellas para la imitación de Jesucristo :

« *Quien me sigue no anda en tinieblas*, dice el Señor.

» ¡Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad, si no eres humilde, por donde desagradas á la Trinidad!

» Por cierto las palabras subidas no hacen santo ni justo: mas la virtuosa vida hace al hombre amable á Dios.

» Más deseo sentir la contrición que saber definirla.

» Si supieses toda la Biblia á la letra y los dichos de todos los filósofos, ¿qué te aprovecharía todo sin caridad y gracia de Dios?

» *Vanidad de vanidades, y todo vanidad*, sino amar y servir solamente á Dios.

» Suma sabiduría es, por el desprecio del mundo, ir á los reinos celestiales.

» Y pues así es, vanidad es buscar riquezas percederas y esperar en ellas.

» También es vanidad desear honras y ensalzarse vanamente.

» Vanidad es seguir el apetito de la carne y desear aquello por donde después te sea necesario ser castigado gravemente.

» Vanidad es amar lo que tan presto se pasa, y no buscar con solicitud el gozo perdurable.

» Procura, pues, desviar tu corazón de lo visible, y traspasarlo á lo invisible; porque los que siguen su sensualidad manchan su conciencia y pierden la gracia de Dios.»

Estudiaba también la vida de este mismo monje, tan amador y tan amado de Cristo; y como una tarde le preguntara D. Fermín, con maligna curiosidad, si habían vuelto á turbar su sueño las visiones apocalípticas, contestó con gran seriedad:

—No, por cierto; y atribúyolo á que el demonio, sin duda, es sabedor de que estoy tan armado contra él, que todos sus ataques serían rechazados por el mismo procedimiento que empleó el venerable Tomás cuando se le apareció una noche, y como viese que se iba acercando á su cama, empezó á temer, no sabiendo qué remedio tomar para ahuyentarlo de sí. Pero inspirado de Dios comenzó á repetir, temblándole la voz, la Salutación angélica, y con todo eso se le iba acer-

cando el maligno espíritu; hasta que, prosiguiendo con la misma Salutación, llegó á pronunciar el dulcísimo nombre de Jesús, á cuya poderosa virtud, no pudiendo resistir el enemigo, luégo desmayó, y huyó vencido, dejando libre al venerable religioso. Por esta devoción, cuando tomaba la disciplina, cosa en él muy frecuente, rezaba el himno : *Jesus stetit*.

—Pero Ud. recordará también, puesto que tan buena memoria tiene—replicó el colector aguantando la risa,—que el demonio que se le aparecía á Kempis era *una espantosa y horrible figura*.

—Cierto.

—Pero el de Ud. es distinto; y no veo yo que cuando se sueña con buenas mozas, amigo don Román, valgan de gran cosa los disciplinazos como acompañamiento del *Jesus stetit*; al menos á mí, que hablo en este punto por experiencia, no me ha sido de ningún auxilio. En mal camino filosófico le veo á Ud.

—¡La filosofía!—exclamó Román.—Y ¿qué tengo yo que ver con ella?

—Eso le dijo Jesús á su Madre—replicó el diabólico colector.—«Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?» Pero, lo repito, no desconozca Ud. que la filosofía le maneja y revuelve el espíritu encauzado por el ascetismo de Kempis. Se va Ud. dere-

cho, acaso sin saberlo, á las teorías del judío Baruch, teorías preparadas, si se quiere, por los cartesianos. Ud. no reconoce que exista más que una sola sustancia, Dios, el ser infinito, con sus atributos, infinitos también, de pensamiento y de extensión, siendo todas las cosas finitas puras apariencias, determinaciones ó modos de la extensión infinita y del infinito pensamiento. De aquí á declarar que el alma es inmortal por ser simple deducida del pensamiento, pero que, inmortal y todo, es imperfecta porque el pensamiento no es infalible, no hay, fjese Ud. bien, ni la distancia de un cabello....., de un cabello de Gracia.

Estas réplicas del colector, como la viva luz á los ojos, molestaban mucho al sacerdote, y más cuando su contrincante le recordaba las mismas palabras de Kempis :

«No hay hombre seguro del todo de tentaciones mientras que vive; porque en nosotros mismos está la causa de donde vienen, pues que nacimos con la inclinación al pecado.»

Un día, exasperado, le contestó Román :

—Pero ¿qué se me prueba con eso? ¿Cree Ud. que yo me considero invencible? Tanto no es así, que estoy madurando una resolución, la de enviar á Gracia á Tudela.

—Amigo D. Román—replicó el tío de Anita verdaderamente asustado:—eso sería un disparate; y ya que le exaspera á Ud. lo que digo, al que no quiere caldo la taza llena. Allá va en contra de eso otra máxima del Kempis: «El que solamente quita lo que se ve y no arranca la raíz, poco aprovechará: *antes* (fíjese bien), *antes tornarán á él más presto las tentaciones y hallarse há peor.*» Ahora haga Ud. eso, y verá Ud. cómo sin estar aquí la *Morroña* reaparece cuando menos lo piense la gran ramera del Apocalipsis.

Román bajó la cabeza confuso y sin querer confesarse á sí mismo que el tiro esta vez había dado en blanco.

Era verdad. La presencia de Gracia, su vista, el saber que estaba allí, que mientras rezaba, *la niña* andaba dando vueltas por la casa, producíale una embriaguez de alegría, una felicidad para el estado general del organismo, que el mísero atribuía al renacimiento de los inefables gozos místicos.

El colector pensaba de esto, allá para sus adentros, haciendo un juego de palabras. ¡Román sí que se halla siempre en verdadero *estado de Gracia!*

Lo que el sacerdote calificaba de amor á la soledad y al retiro era su deseo constante de permanecer en el oratorio. Iba á la iglesia y volvía de ella con verdadero apresuramiento. Su casa, y nada más que su casa; y en ella, las visitas de D. Fermín y de Anita recibíalas como si le estorbaran la realización de algún plan que había meditado poner por obra á una hora dada ó á todas las del día.

El plan era muy sencillo; se cumplía por sí solo, sin que Román tomara la iniciativa. Como que consistían sus proyectos en las costumbres adquiridas por los dos hermanos para aquella vida en común. Sentábase Román á la mesa del tapete verde, y leía unas veces; otras, arrodillado ante la imagen, rezaba sus horas; y siempre, en cualquier momento, el ruido de una silla que se movía en el inmediato gabinete; los pasitos menudos que se alejaban por el corredor, pisando con cuidado para no distraerle; la vajilla que sonaba removida en el fregadero; el grito de «¡Moroña, bájate de esa silla! ¡Zape!»; el ruido especial, parecido á un beso prolongado, con que, frunciendo los labios, se procuraba excitar al jilguero para que cantase, y la fresca y alegre voz que le contestaba entonando la jota; y á la hora del baño, la puerta cerrándose; el aviso:

«voy á lavarme; no entres;» el chillido débilmente sofocado al poner los pies en el agua; el ruido de ésta, exprimida por la esponja y corriendo por las desnudas carnes; alguna risa, y entre la risa la exclamación: «¡caramba, qué fría está hoy!», todo aquello, todo, ¡qué mayor felicidad, ni más sana alegría! Sentía vivísimos deseos de repetir devotísimamente las palabras del salmo:

«Quam bonum et quam jucundum est habitare fratres in unum.»

Así se lo escribió á sus padres en una carta llena de calurosos elogios acerca de *la niña*, carta que sintió grandes deseos de que leyera ésta; y no pudiendo resistirlos, la llamó y dió por pretexto que pusiera al pie una posdata.

—Bueno; yo pondré la posdata y no necesito saber lo que dice.

—Conviene que la leas.

—Pero ¡si es muy larga! ¡Tres carillas!

—Anda, perezosa.

La hermana empezó á leer primero indiferentemente, luégo con extremadísima atención, sintiéndose conmovida. «¡Dios mío! ¡Qué bien escribía su hermano! Y ¡cuánto la quería! ¡Ah! ¡Por cierto que es un gran gusto tener un hermano así!»

—¿De veras? ¿Esto es de veras? ¿Estás tan contento y satisfecho de mí?

—Ya lo creo. Sigue, sigue.

Él iba estudiando en la fisonomía de la lectora todas las impresiones que recibía.

También, también durante este examen le latía el corazón con insólita fuerza. Contenía el aliento. Seguía con los suyos el movimiento de los ajenos labios, que iban modulando la palabra escrita en voz alta. Esta voz empezó á velarse en un párrafo, el más apasionado, y los ojos, los hermosísimos ojos de Gracia se llenaron de lágrimas. Había escrito Román:

«Y quiera el Todopoderoso, mis amados padres, que esta unión íntima entre Gracia y yo se prolongue todo cuanto dure mi solitaria vida, y que ella, *la niña*, sea la que reciba la última bendición de este humilde sacerdote, y cierren sus dedos piadosamente mis ojos á la hora de la muerte.»

La aragonesa no pudo contener su emoción; se levantó, soltó la carta, y en un arranque abrazó á su hermano con pasión, con la pasión fraternal excitada por la lectura.

—Sí, hermano mío, sí. Siempre, siempre viviremos juntos. ¡Bah! Yo no seré monja, pero tampoco me casaré. Mereces esto. Lo mereces.

Y luégo:

—Pero no quiero que tengas esas ideas tan tris-

tes. ¿Quién piensa en morirse? ¡Vaya, tontón! ¡Dame un beso! ¡Otro! ¡Otro! Así. ¡Tómalo tú ahora!

Y le besó íntimamente en las mejillas, en la frente, en los ojos, en la boca.

Román dió un grito; se levantó, rechazándola con un movimiento brusco.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Te he pinchado con algún alfiler?

Conoció el sacerdote la inocencia con que se hicieran aquellas caricias en la sorpresa inaudita que reflejaba el semblante de la hermana. Se dominó para contestar:

—¡Sí, un arañazo habrá sidó!

—¿Dónde?

—No, pero no gran cosa. No se puede ver recién hecho. Ya saldrá. Pero vete, vete, déjame solo.

—¿Y la posdata?

—Llévate el tintero. Escríbela en el comedor.

Así lo hizo ella; y cuando el mísero quedó solo, fué, como el primer día de la tentación, á besar los llagados pies del Crucificado.

—¡Jesús, Jesús mío! ¡Socórreme! ¿Qué es esto? ¡Ah! *La Imitación de Jesucristo*. ¡Qué razón tiene! ¡Qué será de nosotros al fin, pues ya tan temprano estamos tibios! ¡Ay de nosotros, si así quere-

mos ir al descanso como si ya tuviésemos paz y seguridad, cuando aun no parece señal de verdadera santidad en nuestra vida religiosa! ¡Con mucha razón podemos humillarnos y no sentir de nosotros cosa grande, pues somos tan flacos y mudables. ¡Presto, presto se pierde por descuido lo que con mucho trabajo dificultosamente se ganó por gracia!

Postrado, hundiendo por fin la frente en el polvo, recitó de memoria la oración del monje agustino:

«Señor Dios mío, que me criaste á tu imagen y semejanza, concédeme aquesta gracia, que declaraste ser tan grande y necesaria para la salvación, á fin de que yo pueda vencer mi perversa naturaleza, que me arrastra á los pecados y á la perdición.

» Pues yo siento en mi carne la ley del pecado, que contradice á la ley de mi alma y me lleva cautivo á obedecer en muchas cosas á la sensualidad, y no puedo resistir á sus pasiones, si no me asiste tu santísima gracia, eficazmente derramada en mi corazón.

» Necesaria es tu gracia y grande gracia para vencer la naturaleza, inclinada siempre á lo malo desde su juventud.

» Porque, abatida en el primer hombre, Adán, y

viciada por el pecado, pasa á todos los hombres la pena de esta mancha : de suerte que la misma naturaleza que fué criada por ti buena y derecha, ya se toma por el vicio y enfermedad de la naturaleza corrompida ; porque el mismo movimiento suyo que le quedó, la induce al mal y á lo terreno.

»Pues la poca fuerza que le ha quedado es como una estrellita escondida en la ceniza.

»Esta es la razón natural, cercada de grandes tinieblas, pero capaz todavía de juzgar del bien y del mal y de discernir lo verdadero de lo falso: aunque no tiene fuerza para cumplir todo lo que le parece bueno, ni usa de la perfecta luz de la verdad, ni tiene sanas sus aficiones.»

Si. Había sido aquello como una estrellita escondida entre la ceniza. El fuego existía, no se apagó ; antes, por el contrario, con los besos de su hermana, besos en la frente, en las mejillas, en los párpados, en la boca, había renacido más poderoso. Después de recitar con gran fervor toda la oración del Kempis, comprendió que era ineficaz y que de nada le servía. Ardíale la piel, una gran tensión que no podía dominar; era como

una incomodidad local que le producía fiebre. Tenía sed, mucha sed. «¡Jesús! ¡Jesús mío!,» volvió á decir, y tornó á humillarse, á hundir la frente. Besó los llagados pies, las rodillas ensangrentadas, las cubrió de besos y lágrimas; luégo subió más en su adoración: se abrazó á los muslos de la escultura; pero al hacer esto, retrocedió de nuevo asustado. De nuevo ia ceniza descubría el fuego entre ella escondido. Los muslos de la imagen no tenían la blandura de lo que imitaban; eran madera pintada, pero tenían el color y la forma de la carne.

—¡Agua! ¡Agua! ¡Me abraso! ¡Aire! ¡Dios mío, aire, que me ahogo!

Tropezando como un hombre ebrio, se dirigió al balcón, lo abrió de par en par; luégo corrió de igual manera al sitio donde estaba la jofaina. No quería llamar á Gracia. No quería tenerla cerca de sí estando bajo la influencia de aquella crisis terrible. ¡Vaso! ¿Para qué? Bebió allí, echando el agua del jarro en la jofaina, á grandes sorbos, casi con succiones de los labios y la lengua como los animales. Esto, sin embargo, no le procuraba alivio. Conoció que necesitaba una reacción violenta de frío, rápida y desagradable. Tuvo la precaución de cerrar la puerta, y luégo, con movimientos apresurados, se quitó la sotana, los

pantalones, la camisa, todo. Se quedó en cueros, puso la jofaina en el suelo, llena, repleta de agua, y se sentó sobre ella, sofocando el grito de la impresión que buscaba y encontró por último.

Volvió á vestirse más aliviado, más sereno, casi tranquilo. Había obedecido en todos sus actos al instinto, sólo al instinto, que le aconsejaba hacer lo que hizo.

En aquel punto y hora volvió su hermana; encontró resistencia en la puerta.

—¿Estas encerrado? ¿Rezas?

Román descorrió el pestillo.

—No, ya puedes entrar.

—Ya escribí la posdata. Léela, á ver si te parece bien.

El sacerdote se guardó muy bien de hacerlo. Fingió obedecer, pero procuró que sus ojos no se fijaran en ninguna de las letras que simulaban hechas con patitas de mosca.

—Está bien.

Plegó la carta, la metió en un sobre.

—Voy á echarla al correo.

Un pretexto, porque lo que él quería era salir, irse solo fuera de la población, probablemente á la Moncloa. Quería cansar su cuerpo, producir en él la fatiga, una fatiga inmensa; buscar la extenuación de algún modo, anular aquellas in-

mensas fuerzas que sentía en los músculos, y á las que necesitaba dar empleo de algún modo más eficaz que el rezo en una reducida estancia y la inmovilidad de rodillas delante de un cadáver. Andar, y, cuando estuviera en el campo, correr, como corría en los buenos tiempos del seminario por los patios de éste, ó por los paseos de Valladolid, á las horas de recreo; buscar un sitio donde nadie fuera testigo del ridículo espectáculo que debería ser la vista de un ministro del Altísimo entregado á ejercicios gimnásticos, tan impropios de la amplitud de pliegues en que severamente le envolvía el traje *talar*.

Salió. Cumplió primero el deber de franquear la carta y echarla en el buzón de la calle de Carretas. ¡La carta causa de todo! Y luego..... luego perdió la primera inclinación y abandonó su intento.

Prefirió el bullicio de las calles al bosque rumoroso, y anduvo errante por la ciudad sin dirección fija, codeándose con los transeuntes, convertido en un átomo de la masa-muchedumbre.

La soledad le espantaba. La temía, porque no se reprodujeran en ella las rebeliones de la car-

ne flaca. Creyó obedecer á estas ideas para la resolución adoptada. Creyó que el susto de las tentaciones en él, como en los niños, necesitaba, para desaparecer, la presencia de la gente. No era eso, no. Bien pronto se sorprendió mirando con instintiva complacencia lo humano que pasaba junto á él: las mujeres que con menudo paso cruzaban de una á otra acera; mujeres del pueblo, grandes señoras y burguesas; las unas envolviendo sus turgentes formas en mantones de lana, que las simulaban más opulentas; las otras dejándolas ceñir por la seda y el brillante raso, que parecían pulimentarlas; y todas, todas ellas mirándole al pasar, con esa ojeada de rápido y furtivo análisis que tienen los femeniles ojos; y en la mirada la expresión del comentario natural hecho por el pensamiento. «Un cura joven y guapo, ¡qué lástima!» ¡Qué lástima! Sí. Eso sentían al verle. Un sentimiento análogo al que se experimenta ante cualquier desgracia que coge, inutiliza y tritura en la mejor edad una vida. ¡Qué lástima! Lo mismo hubieran dicho al verle impedido á los veintidós años, sordo, acometido de ceguera, de mutismo ó de locura. Exacto. Tenían razón en compadecerle. Eso era, eso tenía que ser el sacerdote célibe. Sordo, mudo y ciego para la carne.

Sintió de nuevo la tensión, la gran tensión que

produjeran poco antes los fraternales besos de Gracia. Estuvo á punto de gritar en alta voz, á riesgo de que las gentes le miraran: «*Vade retro*,» de entonar el consabido «*Jesus stetit*». Luégo sonrió amargamente. Pensó en el colector, en el tío de Anita. ¡Qué razón tenía aquel tío!

El celibato estaba llamado á desaparecer. Se conservaba acaso sólo por tenaz y terco empeño, para no imitar la conducta de los anglicanos y griegos. Nada más. Por hacer lo contrario de lo que practicaban los enemigos de la Iglesia. ¡Insensatez! Y entonces, no como un átomo de la masa, yendo de aquí para allá en el mundo, consideró al sacerdote, sino como un punto, imperceptible al principio, que luégo iba extendiéndose, amplificándose, siendo mancha de la que toda humanidad intentaba huir, y que al fin penetraba en el seno de las familias, llegaba como suciedad negra y grasienta; un contagio, un peligro social, disfrazándose con las armas de la pureza para mejor acercarse al lecho de las vírgenes, cuyos adorables secretos producían, al pasar por la rejilla, ardores extraños al soldado de Cristo, que los escuchaba en la garita llena de sombras del confesionario. ¡Violación! ¡Estupro! Y ¿por qué no? Todo se conjuraba favorablemente para ello. ¡Soldados de Cristo! ¡Disciplina

eclesiástica! ¡Militares! ¡Lo eran! Y á veces también se convertían en soldadesca desenfrenada, que entraba á sangre y fuego en las casas para vengarse de las penalidades y abstinencias sufridas durante el asedio y la campaña.

Conoció que estaba muy cerca del vencimiento. Una, entre todas las mujeres que transitaban, pasó muy cerca, le rozó suavemente; sintió las formas extrañas como cediendo á la presión con blandura dócil. Ella le miró picarescamente, con lascivia, excitándole y provocándole. Era una prostituta que, sin duda, se equivocaba acerca del respeto que merece el traje talar. Román no quiso exponerse á más; iba á oscurecer. La sombra empezaba en el mundo y en su alma. Tomó un coche y volvió en él á su casa.

—¡Cuánto has tardado!—dijo la niña al abrir la puerta.

No contestó. Llegar al pie del crucifijo y arrojarse fué instantáneo. Llegó como llega el sediento al manantial.

—No entres—exclamó; —necesito orar.

Gracia, sin responder, cerró la puerta. No

se explicaba lo que sucedía á su hermano desde aquel episodio de la carta, pero acusaba algo muy grave el trastorno del semblante.

El sacerdote, á solas ya, alzó los párpados; sus miradas quedaron fijas en el rostro del Redentor, en aquellos ojos medio cerrados que vidriaba la agonía, en aquellas demacradas facciones, cuyo barniz, con los reflejos de los cirios, presentaba como imitados los últimos sudores de la muerte. Estuvo así largo rato, sin orar, inmóvil. Ni el hombre ni la escultura pestañeaban. Sintió un ruido especial en los oídos; le pareció que la boca de Jesús se movía. ¡Sí! Se movía, y él, en el movimiento de los labios, iba descifrando las palabras. ¡Jesús le hablaba! Le hablaba, ¡oh asombro!, pero sin reconvenirle.

«Hijo, no puedes permanecer siempre en el deseo fervoroso de las virtudes, ni perseverar en el más alto grado de la contemplación, sino que es necesario, por el vicio original, que desciendas alguna vez á cosas bajas, y también á llevar la carga de esta vida corruptible, aunque te pese y fastidie.

»Mientras lleves el cuerpo mortal, sentirás tedio é inquietud de corazón.

»Es preciso, pues, mientras vives en carne, gemir muchas veces por el peso de la carne, porque

no puedes ocuparte perfectamente en los ejercicios espirituales y en la divina contemplación.

» Hombre eres, y no Dios : carne, y no ángel.

» ¿Cómo podrás tú estar siempre en un mismo estado de virtud, cuando le faltó al ángel en el cielo y al primer hombre en el Paraíso?

» Yo soy el que levanta con entera salud á los que lloran y traigo á mi divinidad los que conocen su flaqueza.»

El asombro, la sorpresa que produjeron estas palabras fué tal, que, distendiéndose los músculos como resortes, se encontró de pie y retrocedió asustado. La alucinación cesó con esto. El Crucificado recobró su inmovilidad de estatua. Pero había hablado, ¡eso sí! Hubo un momento en que habló, en que brotaron de aquellos labios, ora inánimes, los raudales de una filosofía extraña. ¡Jesús expresándose como D. Fermín! Jesús diciéndole : «¿De qué te extrañas? ¿Del pecado? ¿Vas á cometerlo? ¿Y qué? ¡También lo cometió el primer hombre en el Paraíso!»

—¡Eso, eso lo he leído yo en alguna parte!— exclamó enloquecido.— Eso debe ser alguna proposición herética. No ha sido Jesús, ha sido mi memoria recordando. Veamos, pronto.

Y fué á la mesa. Allí, delante de todo, estaba un libro abierto por la última página leída. Invo-

luntariamente se fijó en las letras, mientras buscaba en el montón de los volúmenes, porque no creyó que aquella página diese la clave del enigma.

Leyó:

«Hombre eres, y no Dios: carne, y no ángel.»
¡Cielo santo! ¡Allí estaba! ¡Allí! En el libro del venerable monje agustino. Del que aseguraba triunfar del demonio dándose sendos disciplinazos al compás del himno *Jesus stetit*. ¡Tomás de Kempis! ¡*La Imitación de Jêsucristo!*

Una alegría inmensa se apoderó de su alma. Parecióle ser un prisionero que recobra por fin su libertad. *Hombre era, y no Dios*. Cierto. Podía incurrir en el pecado de la carne ó en otro cualquiera.

La virtud le faltó *al ángel en el cielo, al primer hombre en el Paraíso*. A él, sacerdote, con más motivo llegaría lógicamente á faltarle en la tierra. El mismo Jesús le allanaba el camino de la disculpa; encontraba, como experto abogado, las circunstancias atenuantes.

Perdió todo miedo. Abrió la puerta:

—¡Gracia! ¡Gracia! ¡Ven!

La gentil aragonesa se presentó. Llegó tímidamente turbada, esperando encontrarse ante el continente siempre austero de Román, ante su

hermoso rostro de asceta joven. Notó el cambio en seguida.

—Vamos, ya se le pasó—se dijo mentalmente, y luégo en voz alta: —¿Qué querías?

—Entra, mujer, entra; vamos á ver qué es lo que pusiste en la posdata.

—¿Lo leiste?

—Pero no leí bien. Quiero oirlo de tu boca.

—Pues puse nada más que tres líneas: «Mucho me quiere mi hermano; pero las mujeres queremos más y de otra suerte. Ya veis, amados padres, que la felicidad que cifre en mí la tendrá siempre que me la pida.»

VIII

Ya no hubo disgustos ni contrarió Román las inclinaciones afectuosas que Gracia sintiera hacia la perfumada andaluza. Antes bien, siempre que su hermana terminaba los quehaceres domésticos solía decirle el sacerdote:

—¿Por qué no llamas á Anita para que te haga compañía un rato?

Los dos caracteres habían variado mucho. El de ella y el de él. Notablemente. Sobre todo el de la niña, á partir de sus confidencias con la *sobri-
na* de D. Fermín.

Andaba preocupada con ideas, absurdas antes, y ahora claras, lógicas, enlazadas de modo tan íntimo, que se explicaban con su mismo enlace por sí solas. No lo sabía todo, pero sabía bastante. Su mirada era menos franca, pero más inteligente. Cuidaba con acrecentado mimo á la *Morroña*, que desde su primera salida al tejado en compañía del gato negro habíase hecho más pe-

rezosa y se le abultaba un tantico el vientre. La amistad de Anita, su conversación, lejos de aumentar la frecuencia con que al principio solicitaba su trato y compañía, hizo que disminuyese esta necesidad de expansión. Sentía un trastorno en su ser que no podía explicarse: era tímida, ella, la virgen aragonesa, antes tan arrojada y valiente. Apetecía estarse horas enteras sola, en lo oscuro del comedor, «pensando (como dijo una vez) en las musarañas,» es decir, meciéndose el cerebro en pensamientos indeterminados y vagos.

Continuaba gozando, al parecer, de buena salud; pero, lo mismo que la *Morroña*, prefería el descanso á la actividad; y no por inclinación propia de las naturalezas meridionales, como la de la andaluza, no, sino por un entorpecimiento especial de los miembros; á veces no podía reprimir sus deseos de bostezar; eran bostezos á menudo interrumpidos; *se cansaba de hacerse cruces en la boca*. ¡Cosa más rara! No tenía sueño. ¿Sería apetito? Partía de una rosca lo más tostado, que era lo de su gusto, lo mordiscaba, haciendo un verdadero esfuerzo de la voluntad. Tampoco era eso, ¡tampoco! D. Fermín, viéndola una noche bostezar tres veces seguidas, exclamó:

—Hambre, sueño ó ruindad del dueño.

¡Ruindad del dueño! Vaya Ud. á remediarlo. Lo cierto es que la molestaba.

Seguía bañándose; pero la operación de lavarse todo el cuerpo de arriba abajo ahora duraba mucho.

Quedábase en ciertos momentos parada, inmóvil, con la esponja chorreando agua en la mano, mirando su desnudez como en un éxtasis. No era tan morena como cualquiera se figuraría al ver su cara. Tenía como indicios é incipiencias de blancura en los muslos y los pechos; y en cuanto á vello, aunque pareciese raro, tenía muy poco. Por lo demás, no se la conocía un hueso, sin que por esto perdiera su esbeltez: ancha de hombros, una curva reentrante hasta la cintura, y luégo la amplitud de las caderas. La esponja escurría por fin en ellas sus últimas gotas. Frotábase con vigor. La gustaba producirse rosetones. Y así examinaba la propia carne, los detalles todos de la forma, no de otro modo sino como niño dueño de un juguete, al que da vueltas entre sus manos, sin llegar á comprender su complicado mecanismo, sabiendo que existe un resorte en alguna parte, sabiendo hasta el sitio en que está, pero ignorando cómo ha de usarlo. ¡Anita no supuso la ignorancia hasta un grado tal, y explicó su ciencia dejando como in-

útiles, por lo conocidos, los primeros rudimentos! ¡Ella no se atrevió á intentar la indagatoria! ¡Escuchar, ser toda oídos y callar! Ya sabemos que fué lo que se propuso. Así es que llegaba un momento en que, deslumbrada por la belleza estatuaria de su virginidad, entornaba los ojos para seguir viéndola entre los velos que ponían sus larguissimas pestañas. Luégo, como acometida de un frenesí, saltaba fuera del redondo recipiente que la sirvió de pedestal, enjugábase malamente y se vestía con grande apresuramiento un traje de lana cerrado hasta el cuello, y al abrochar la última presilla lanzaba un suspiro de satisfacción.

Indudablemente, su sensibilidad se exaltaba de día en día. Se repitieron los accesos de llanto; tenía á lo mejor que esconderse para que no la sorprendieran llorando y le preguntasen la causa. ¿Qué sabía eila? Lloraba sin motivo, como por una necesidad orgánica, porque el llanto quitaba una opresión que la sofocaba en el pecho y una gran molestia en la garganta. Durante la cena, una noche se le desvaneció la vista, la acometió un vértigo, hasta el punto de que tuvo que agarrarse con ambas manos á la mesa para no caer al suelo, casi perdido el conocimiento; por la noche, su sueño era interrumpido y con sobresaltos; además de estos signos, que acusaban

una exageración morbosa de la excitabilidad, en el cerebro ocurrían fenómenos extraños: unas veces le parecía que su cerebro estaba en ebullición; otras que le habían echado por los oídos en el cráneo aceite hirviendo, y llegó á quejarse de un dolor violentísimo limitado á un pequeño espacio de la cabeza, ordinariamente á uno de los lados de la sutura sagital.

Román se alarmó ante la frecuencia de aquellas *jaquecas*, única cosa que descubrió en el padecimiento de su hermana.

—¿Quieres que te vea un médico?—dijo al verla acudir vanamente á los paños de agua y vinagre y á otros mil remedios caseros que Anita le recomendaba.

Pero Gracia se opuso tenazmente. Y el sacerdote, atribuyendo las alteraciones y trastornos orgánicos á la falta de ejercicio, la obligaba á salir muchas tardes; ibanse juntos adonde siempre, á la Moncloa; pero tuvo que desistir de estos paseos ante las súplicas de la paciente, que se negaba á andar, asegurando que le costaba un inmenso trabajo mover las piernas.

El aspirante á santo, como burlescamente lo calificaba D. Fermín, era ya un hombre distinto.

Perdido su horror al pecado en aquella especie de transacción y pacto con la carne cuya fórmula le diera, á su entender, Jesús, hablando el lenguaje del padre Kempis, trataba de resistir cuanto le fuera posible, es cierto, pero no más de lo que está en las fuerzas humanas y es llevadero para los seres mortales. Don Fermín pecaba y decía misa. Él procuraría decirla sin pecar..... el mayor tiempo que la carne se lo permitiera. Se dedicó afanoso al estudio de sí mismo, no en la parte espiritual, en la que tenía la seguridad de no llegar nunca á conocerse, sino en la material y física, en aquel cuerpo varonil que hasta entonces había echado en olvido, y en los lazos terrenos que le tenían, no elevado, sino caído, sujeto, de pie y vivo, andando por el mundo y respirando la misma atmósfera cuyo oxígeno se repartían todos los seres de la naturaleza. Encontró natural lo que antes le pareció inexplicable. Sus tentaciones tenían otro nombre: se llamaban *juventud*; el pavoroso *delicta carnis* era á los veintidós años anhelo de cumplir con la naturaleza, la obediencia corporal saliendo al encuentro del precepto divino: *Crescite et multiplicamini: Creced y multiplicaos y poblad la tierra*. Él se sentía capaz de poblarla por sí solo. Pero había otro agregado, que era, en este sentir de poblador, de la

mayor importancia. Capaz de poblarla él como varón; pero la hembra..... ¡la hembra! Había perdido todos los miedos, incluso el de confesarse que su hembra era Gracia, ¡su hermana! ¡Estaba enamorado de su hermana! Lo conocía, lo sabía perfectamente, y no se asustaba. No encontraba horrendo ni depravado aquel gusto y predilección.

En los tiempos de la visión apocalíptica, que fueron los de tinieblas, el sueño en que las mujeres bíblicas tenían todas el rostro de la doncella aragonesa le sobrecogió, hubo de producirle hondo trastorno. Pero ya se hizo la luz. Miraba al sol sin que cegaran sus pupilas, con vista de águila y frente á frente.

¡Incesto! Él no quería llegar al incesto; consagraria á su ídolo humano un culto secreto; lo respetaría..... y lo serviría. No quería llegar, porque, ante todo, estaba para el sacerdote el canon. Pero los más ilustres canonistas, ¿qué dicen acerca del incesto de esta índole? Pues se cuestionaba mucho al legislar sobre los impedimentos dirimentes del matrimonio en el primer grado de la línea transversal igual, para saber si este impedimento entre hermano y hermana es de derecho natural. La opinión más probable consiste en creer que el impedimento es *sólo de de-*

recho eclesiástico. La razón que aducen los doctores no tiene vuelta de hoja : el género humano se propagó en un principio mediante los matrimonios entre hermanos, sin que conste que Dios dispensase en esta ley. No es la consanguinidad en la línea transversal como en la línea recta, que es la que dirime en todos los grados hasta el infinito, como dijo el papa Nicolao I en contestación á la consulta de los búlgaros. De modo que si Adán viviese, no podría contraer matrimonio, porque todas las mujeres descienden de él en línea recta. Así, pues, que él amase á Gracia podía no ser muy eclesiástico, pero indudablemente era de naturaleza. Más natural que *lo de* D. Fermín con Anita. Amarla..... y respetarla; y una vez conocido este amor, hallábase en la situación del que sabe las fuerzas de que dispone el enemigo contra quien ha de combatir, la pericia de sus generales y posee hasta el plan estratégico de los movimientos que ha de ejecutar en contra suya. En mejor situación que antes, cuando lo ignoraba todo. ¿Qué es lo que él deseaba? ¡La castidad! Pues la castidad podía venir por ese camino. Podía venir, y había venido.

Aquella tarde de memorable lucha, la tarde de la carta, que tan bien se grabó en su memoria con el nombre de la *tarde de los besos*, cono-

ció de pronto su amor, y enérgicamente la voluntad arrancó la venda de los ojos al pobre ser que andaba á ciegas, tropezando horas antes por las calles de la gran ciudad con todas las mujeres, ¡con todas! ¡Hasta con las prostitutas! Encauzó sus sentimientos, hízolos seguir apacible curso; amó á Gracia, consagrando al objeto de su amor un culto puro, secreto. Se hizo su esclavo: ejecutaba cuanto ella quería con una fidelidad pueril; obedeció hasta sus caprichos, y se quedaba extasiado delante de sus reales perfecciones y de otras que él se fingía, completamente imaginarias: desesperábase cuando ella estaba ausente, en el pisc de al lado, en casa de Anita; sus miradas se abatían, su color tornábase pálido, se alteraban sus facciones: unas veces estaba inquieto, pensativo otras; llegaba hasta sentirse colérico. . . . El regreso de Gracia embriagábale de alegría; la felicidad que disfrutaba entonces aparecía en toda su persona, extendiéndose á cuanto le rodeaba; aumentaba su actividad muscular; era locuaz, y aunque no con otros, hablaba consigo mismo de su amor.

Día y noche andaba perseguido por las mismas ideas, por las mismas afecciones, que eran tanto más desordenadas en razón á estar concentradas y exasperadas por la contrariedad. Le parecía

Gracia, *la niña*, el ser más bello, más amable, más grande y más perfecto; vivía en su corazón, dirigía sus movimientos, arreglaba sus ideas, gobernaba sus acciones, animaba y embellecía su existencia.

Ahora siempre deseaba que la niña estuviese con él en el oratorio, en su cuarto; hacía la sentar allí, enfrente de la mesa, donde leyendo su breviario se pasaba la tarde.

Gracia se conformó; trasladó su sillita baja del gabinete, púsola delante del balcón de la sala, y allí cosía contenta, satisfecha, encontrando en aquel amor fraternal la práctica de las teorías expresas en la epístola famosa.

Un episodio vino á dar la medida de este cariño.

—Me gusta coser aquí, hacerte compañía y hablar contigo —exclamó ella una tarde.— Esta sala es muy bonita. Pero D. Fermín tiene razón: esto resulta triste. No te enfades por lo que voy á decir.....

—Di lo que quieras.

—Pues bien: yo creo que si quitaras esas bayetas negras, esos cirios y..... y.....

— El crucifijo!

—Eso. ¡Si vieras qué miedo me da!

El sacerdote se levantó presuroso.

—¡Trae la escalera!

Gracia hubo de mirarle sorprendida.

—¿La escalera?

—Sí, la escalera, y ayúdame.

De un voleo se quitó el balandrán y la sotana.

La niña volvió, y el sacerdote, en mangas de camisa, como el día de la llegada de Tudela, riendo y bromeando:

—Verás, verás qué pronto — dijo.

Apoyó la escalera en el tabique y subió con la ligereza de un mono, después de apagar los cirios de dos soplos.

—Pero ¿estás loco? ¿Qué vas á hacer?

—¿No lo ves? Dame el martillo y las tenazas; voy á quitar las bayetas negras, el Cristo, el oratorio, ¡tienes razón! Esto me produce ideas de tristeza, y á ti también. Quizás por esto tienes tú esa variación en tu carácter, que no parece sino que eres víctima de pasión de ánimo. Sí, hija mía, tu salud *ante todo*. Además, que á Dios se le adora sin necesidad de imágenes. Me acuerdo de los iconoclastas. Se le *adora en sus obras*.

Fué un espectáculo. El sacerdote, encaramado en el último tramo, se consagró á desclavar del madero los dos brazos del Redentor. La imagen,

del tamaño natural, estaba construída de tal suerte, que en efecto, se sostenía con los clavos mismos, con los tres clavos de la Pasión, y quitados éstos, separábase de la cruz.

—Quita tú el clavo de los pies y sujeta el cuerpo para que no se caiga, con las dos manos, en la cintura, así, ten firme.

En el instante mismo se presentó el colector; quedó extático contemplando aquella parodia de la escena sublime del Descendimiento; luégo, con su oportuna burla de siempre:

— Buenas tardes tenga José de Arimatea; aquí viene Nicodemo, por si hace falta echar una mano. Anita, mi sobrina y madre, hará de María Magdalena.

— Buenas tardes— contestó Román secamente, con enojo.

— Ha sido un pronto que le ha dado— explicó Gracia.

— Cuando yo digo que mi señor don Román tiene vena de loco— agregó el implacable don Fermín.

Entonces el sacerdote, desde lo alto de la escalera, tomó gran empeño en sincerarse.

— No ha sido un pronto, ni mucho menos un acto de locura. Es que..... he pensado regalar esta imagen á la iglesia.

—¡Bravo! ¡Buen pensamiento! Supongo que á la nuestra.

—Sí, señor. Allí estará en más sagrado lugar y más apropiado para su tamaño.

—Ya lo creo; como que es mejor esa talla que todas las que allí tenemos.

—En cuanto á mí, pienso mañana mismo transformar el oratorio. ¿Qué te parece, Gracia? Si pusiéramos aquí un altar y la imagen de la Purísima.....

La aragonesa palmoteó de alegría.

—¡Eso! ¡Eso! La Virgen. Y en lugar de las bayetas negras, el fondo de una tela azul pálido.

Fué un regocijo general. El mismo colector hubo de aprobar socarronamente. En cuanto á Anita, tuvo también ideas felicísimas. Aconsejó que en el altar hubiese siempre muchas velas encendidas y búcaros floreros. Profusión de luces y flores.

—Flores de trapo, por supuesto, para que no la falten en todo tiempo; yo sé hacerlas, y tengo todos los avíos. Enseñaré á Gracia, y luégo, para que huelan, se les echan esencias, á cada una la suya: á las violetas, de violeta; de jazmín, á los jazmines; de rosa, á las rosas. Así tengo yo mi Virgen en casa.

—¡Ah!—exclamó Román maravillado.—¿Usted es devota de la Virgen? ¿De la Purísima é Inmaculada?

Y contestó el colector :

—Anita reza á la Virgen de la Leche y Buen Parto.

IX

«Mucho me quiere mi hermano, pero las mujeres queremos más y de otra suerte. Ya veis, amados padres, que la felicidad que cifre en mí la tendrá siempre que me la pida.» Tal era la posdata de Gracia, expresión fiel, aunque no acabada, de sus pensamientos.

Cierto. Ella quería más, y, como mujer, *quería de otra suerte*. Lo que significaba en la virgen de Tudela sospechas, presentimientos ó adivinaciones no todavía precisas, sino vagas, de lo que en el espíritu y en el cuerpo del sacerdote iba ocurriendo. Vagas, sumamente vagas, porque se envolvían en los velos de lo imposible y de lo absurdo.

Datos tenía que sin este absurdo hubiera considerado como positivos. Entre otros, aquel brusco cambio en el carácter y hasta en las costumbres de Román, haciéndose menos ensimismado, más expansivo, extremadamente afectuo-

so; aquella transformación, cuyo origen era desde la tarde de la carta, ni más ni menos, ni antes ni después; desde que, conmovida ella por los extremos de cariño con que Román se expresaba, se arrojó en sus brazos, le besó, y en uno de estos transportes hubo de decirle: «Siempre viviremos juntos. No seré monja, pero tampoco me casaré.» Cosa era sospechosa, pero también difícilísima de averiguar, si la regocijada y nueva manera de ser obedecía á esta declaración y promesa de permanecer en la doncellez, ó á los besos con que se declaró el propósito, ó juntamente á entrambos hechos y dichos. ¿Qué le importaba á Román el porvenir de su hermana en este sentido? Si se casaba, ¿debería alegrarse? ¡Alegrarse! Lo cierto es que casándose, el infeliz, acostumbrado ya á su compañía, perdíala de pronto, y acaso para siempre. Recordaba Gracia el párrafo escrito que la hizo prorrumpir en lágrimas al leerlo. Sí. Cuando Román muriera, no estaría su hermana allí para cerrarle los ojos. Y la imaginación de la niña se figuraba ver al sacerdote solo en su alcoba y en su lecho, abandonado á mercenarios cuidados, presa de horrible fiebre, delirante y llamándola repetidas veces en su delirio: «Ven, Gracia, ven; cuídame tú. Tú sola. Tú, que eres mi hermana.» Mientras que ella estaría acaso muy lejos, donde

estuviera su marido, ignorante de todo, gozando del amor y de la vida, en medio de cuyos goces, como una puñalada por la espalda que llega al corazón, vendría á sorprenderla la noticia. «¡Tu hermano, el sacerdote, ha muerto!» Estremecía-se de horror; y ante estas ideas, las de la unión sexual, las de los hombres se borraban, las borra-ba ella misma. ¡Los hombres! El primero entre todos era aquel, su hermano.

Al llegar á este punto es ya muy difícil analizar los sentimientos y sensaciones propios de lo que es femenino. Hállase cuanto con lo interno de la sensibilidad de la mujer se relaciona envuelto por conveniencia de ella misma en sombras y misterios. Es una especie de consigna tácita desde la creación, á la que no han faltado ni siquiera las mujeres escritoras. Hay quien supone en distinta organización una equivalencia de sentimientos, cuando ni siquiera existe paridad de sensaciones entre lo viril y lo femenino. En Gracia algo podía, sin embargo, descubrirse que sirva de norma para generalizar un poco. La virginidad de Gracia préstase al experimento, es más dócil, digámoslo así, para someterse al aná-

lisis. Ignorante de lo que es nauseabundo, cerrado como su carne, estaba su espíritu á conocer de la repugnancia. Había sólo en ella una línea divisoria, ancha y profunda, que separaba en dos partes desiguales el sentimiento y los sentidos. El sentimiento llevábase la parte mayor. Curiosa por lo ignorado de la materia, éralo, en efecto, como ya hemos visto; pero no por figurarse que la materia fuese manantial de goces tales que se equilibraran cuando menos con los del espíritu. Adivinaba que la mujer, en la procreación, es la parte pasiva, obediente, no tanto á su placer como al ajeno, y aun el suyo consistiendo en el que por su medio veía procurado al distinto sexo. El amor, palabra mágica, cuya magia para la virgen aragonesa, con respecto al acto carnal, sospechaba que no pasaba de esto, si bien, en los dependientes de actos puramente espirituales, el campo tenía amplísimas dimensiones. La mujer llega acaso á la prostitución por este desprecio con que desde la virginidad mira su carne; no se vende lo que se estima, y por ello el hombre llega sólo por depravación de instinto á constituir el tipo mal retratado por Dumas. El *Alfonso*. El prostituto. La promesa de doncellez hecha por Gracia, sacrificio era, pero no tan cruento como lo era el voto de castidad en el sacerdote. Si Gra-

cia hubiese podido presenciar las luchas terribles en que hemos visto á Román empeñado, acaso todos los fenómenos de la rebelión de la carne la sorprendieran como incomprensibles. ¡Ah! ¡Conque el hombre era eso! ¡El instinto de la bestia podía llegar á tamañas exageraciones! Y observándose luégo, encontraría algo parecido á aquello en sus órganos y en sus entrañas, algo parecido, pero no lo mismo. No. Ella, si hubiera conocido la historia de las religiones, no comprendería sino como aberración el culto al falo; y en cuanto al matrimonio, bueno era convertirlo en sacramento, pero consistía en el ejercicio de una función. De esta categoria no lo deja pasar ningún temperamento de mujer bien organizado.

Gracia estudiaba aquel extraño mal que hemos acusado en su naturaleza, aquellos vértigos, aquellos bostezos, la risa convulsiva y el llanto. Recordaba haber oído que tal era el estado en que se encontró otra mujer, que, sin embargo, fué fundadora de conventos y canonizada por la Iglesia. Ella lo contaba, Román lo leyó. «La vida de Santa Teresa escrita por ella misma.» Pero su mal tenía como *base la excitación morbosa de los*

nervios motores. El colector, que había estudiado medicina, lo dijo en estos términos, explicando lo que padecía la otra santa. Y luego lo explicó más claramente. Era histerismo. Si D. Fermín aconsejó y recetó á Gracia el casamiento, seguramente fué por broma, como la mayor parte de las cosas que el pícaro cura decía. ¿Qué tenían que ver *los nervios motores* con el casamiento?

Ella estaba bien, aparte de tales molestias. Sentíase querida, muy querida, envuelta en la atmósfera de pasión, de la pasión de su hermano, atmósfera caliente que la abrigaba. ¡Cambiar! Ni siquiera de postura. ¿Para qué? El hermano había descolgado á Jesús de la cruz, porque Jesús causaba miedo y tristeza á la niña. Pues ella arreglaba en el sitio mismo un precioso altar, que alegraba la vista con sus blancos mantelillos de encaje, sus luces y sus flores; ponía sobre el altar, en lugar del muerto, una mujer joven, hermosa, doncella, la doncella de Nazaret, pura y sin mancha como la de Tudela, y se complacía en verle de hinojos adorando la virginidad simbólica. ¡Oh! ¡Y con qué fervor! El antiguo soldado de Cristo no desertaba, pero era ya devotísimo siervo de María.

Luego aquellos otros extremos de cuidado y anhelosas solicitudes con que atendía el sacerdote á su hermana dejaban á ésta perpleja, un po-

co aturdida, y con el aturdimiento se aumentaba la dificultad de distinguir bien los fondos oscuros del cariño y ver si en el abismo había pureza ó impureza, nieve sin hollar ó cieno.

Por las noches, encerrada en su cuarto, tendida en su lecho, pensaba fijamente en todas estas cosas; insomne ó dormida, oía siempre en la habitación inmediata crujir el catre donde reposaba su hermano, acusando movimientos bruscos y un sueño agitado, interrumpido, tardo en acudir y pronto en alejarse del cerebro.

La vida, en las horas de vigilia, no se resentía de estas inquietudes nocturnas, y era en extremo agradable. Sólo turbada por los raros padecimientos de Gracia, por los accesos de llanto, el entorpecimiento de los miembros, la risa convulsiva que no podía contener, y la opresión en la garganta cuando cualquiera de estas cosas acontecía.

Anita, su amiga, tenía ahora en los ojos, al mirar á la doncella aragonesa, una expresión compasiva y en el corazón un deseo cada vez más creciente de revelar algo, una revelación que fuera seguida de un consejo. « Esto es lo que

padeces, y con esto otro se cura.» Pero no se atrevía.

Por instancias reiteradas de Román, el colector y su sobrina casi puede decirse que vivían con los dos hermanos. El sacerdote esperaba conseguir, por medio de la distracción, algún alivio á la paciente. Cuando los dos curas estaban en la iglesia, Anita y Gracia, en la cocina, atendían al cuidado de las hornillas, porque ahora diariamente comían los cuatro juntos.

Luégo Román era el que llegaba primero, sofocado, á pesar del corto trayecto que tenía que recorrer y que mediaba entre la casa y el templo. Sofocado por andar de prisa. Antes que nada, aun con el sombrero puesto, llamaba á Gracia.

—¿Cómo estas hoy? ¿Y los nervios?

—Lo mismo, Román, lo mismo.

Se esperaba con impaciencia el regreso de don Fermín. El buen humor de éste, sus ocurrencias y chistes, su misma cara de Mefistófeles, de diablo metido á cura, solían disipar algo las melancolías y tristezas de la doncella. Así es que á la hora de la comida, á las dos de la tarde, no faltaban risas que nada tenían de convulsión, sino motivadas por la broma y la chacota, en que Román, para distraer á la *niña*, también tomaba parte.

Lo malo era que D. Fermín, en sus cuentos, tenía mucho de Rabelais, y ni uno solo dejaba de aderezar con salsa picante. Anita se desternillaba de risa, y luégo con el pañuelo le azotaba la cara. «¡Guason!» Y le miraba apasionadamente.

Una tarde, á los postres, el mismo Román propuso que cantara la andaluza. El colector, *de un voleo*, fué al otro piso por la guitarra. Gracia había tenido un acceso de llanto convulsivo, y *estaba rendida*, no podía moverse; y, en efecto, no se había movido de la silla en que se sentó tres horas antes.

—¿Qué canto?—preguntó Anita.

—Malagueña—fué la respuesta de Román.

—¡Y muy flamenco!—agregó el colector después de templar su instrumento.

La andaluza entonó la copla:

«Lástima me da de ver
Al que se harta de llorar,
Que quiere ganar la *oriya*
Y no le deja la mar.»

Pero Gracia se entristeció mucho más; hubo precisión de abandonar el género sentimental; y, mediante un guiño del colector, se entregó la sobrina al género picaresco:

«Dicen que la *Peñaranda*,
La que canta en el café,
Ha *perdido* la *vergüenza*
Siendo tan mujer de bien.»

Largo rato continuó esta extraña sesión musical, hasta que, por último, pasada la melancolía tan sin motivo como hubo de venir, Gracia dijo un secreto al oído de su amiga; ésta se puso un poco seria, y las dos mujeres corrieron á encerrarse en el gabinete.

Al quedarse solos, el colector miró á Román como siempre que se disponía á emprender algún ataque en regla.

—Amigo mío, las mujeres siempre serán las mismas. Un puro capricho, que las hace variar de carácter y de pensamientos á cada paso. Ahí las tiene Ud. encerradas las dos, contándose..... sabe Dios cuántos horrores.

—¡Oh! No será nada. Deseos de estar solas.

—¡Psh!

Lió un cigarrillo y luégo dijo:

—Y Ud., mi señor don Román, ¿cómo está? Esa imaginación parece que descansa. Las visiones

nocturnas, ¿no han vuelto á repetirse? ¡Tanto mejor! Usted también sufre sus transformaciones.... en todo. Ahora veo yo que va Ud. por buen camino, en punto á filosofía.

Román quiso eludir la conversación, pero le fué imposible. Cuando el colector se proponía una cosa, ello había de ser.

—Sí, amigo mío. Va Ud. recorriendo todas las etapas. Cuando yo le conocí, puede decirse que era Ud. un hombre del año quince, un partidario de la escuela espiritualista teológica. Punto de partida: la revelación y la autoridad de la Iglesia. Doctrinas metafísicas: el hombre es una inteligencia á la que sirven sus órganos. La Iglesia enseñando que el primer hombre pecó, y con él toda su raza: el pecado hereditario. El destino del hombre reconquistar, á fuerza de arrepentimiento, el bien de que le apartó el vicio de nacimiento; por encima del hombre, espíritu inmortal, hay un Dios, espíritu también, que mira á su criatura, espía y levanta acta de sus obras, sentenciando siempre al final del proceso. Doctrinas morales: la vida es el dolor, una expiación: los males de este mundo son castigos que se deben sufrir con resignación y con alegría. El Crucificado como ejemplo de sacrificios. Tendencias políticas de esta escuela, de la nues-

tra, de la sacerdotal: como la humanidad no es buena, necesita la severidad; si los que la gobiernan lo hicieran blandamente, no cumpliría su destino, la penitencia. Así, pues, poca ó ninguna libertad, y ésta considerándola como una concesión local y pasajera, pero nunca como un derecho esencial y nacional. El gobierno no debe ceder nunca á las exigencias del pueblo, sino que debe dominarlo soberanamente y hacerle sentir de vez en cuando el peso de su autoridad. El jefe del Estado no es un tutor, es un capataz encargado de una cuerda de presidiarios. El príncipe recibe esta misión de Dios, y Dios tiene un representante en la tierra, que es el papa. Una monarquía teocrática universal, y todos los reyes como delegados ó subordinados de Roma; política, en fin, ultramontana. Pasemos ahora á las tendencias estéticas: misticismo y devoción; el alma católica ve la belleza en el espíritu y en la intimidad del sentimiento; no la encuentra nunca en la materia, sino velada y como expresión. Lirismo, ante todo, para manifestar la emoción; palabras más que símiles, gritos del alma más que cuadros, desdén del color, del dibujo, del espectáculo de la naturaleza.

—Y eso sigo siendo —interrumpió Román agolpándosele la sangre á las mejillas.

—¡Oh! Perdona Ud. Hoy ya varía. Encuentro otro hombre distinto. Es como el oratorio. Antes, Cristo; ahora, la Virgen. Ahora vive Ud. en el año treinta. Ahora el espiritualismo racional. Vea usted si no por el mismo procedimiento cómo se conforma este sistema con las ideas que á Ud. le dominan. Usted ahora pretende apreciar en su justo valor la *sensación* y la *revelación*, procediendo de la conciencia y de la observación psicológica; se esfuerza Ud. en deducir una teoría que complete y aclare los dos sistemas filosóficos entre los cuales es el de Ud. mediador. Este es el punto de partida. Doctrinas metafísicas: no creer que el cuerpo sea todo el hombre, sin rechazar ni admitir todos los dogmas católicos, aspirando á limitar la materia, pero no á su aniquilación; procurar que se aclaren los misterios, sacando de ellos puras verdades espiritualistas, pero no místicas; afirmando la inmortalidad del alma, pero tratando de encontrar una confirmación racional en la observación psicológica; asintiendo á la idea del Dios católico, pero sin prestar á la Providencia los atributos de un poder en este mundo.

—Se equivoca Ud. de medio á medio—gritó Román interrumpiéndole exasperado.—Se equivoca Ud. tanto, que yo creo firmemente en la intervención divina. Lo creo, y lo he experimen-

tado; hablo por lo que á mí me ha sucedido. Mi variación consiste en eso.

—¿En la intervención divina?—preguntó socarronamente el colector.

—Sí, señor.

—Entonces no he dicho nada. Yo creí que la única que había intervenido en esto era Gracia, y todo lo más, Anita, con sus perfumes. ¡Ah! ¡Los perfumes de Anita! ¡Écheles Ud. á esos filosofías! Ello es que la salud ha mejorado.

En aquel momento se oyó un grito agudo que partía del gabinete.

—¡Dios mío! ¿Qué sucede? ¡Gracia! ¡Es Gracia! Y el hermano se levantó asustado.

D. Fermin le siguió.

Al entrar en la habitación inmediata, el espectáculo que se ofreció á la vista de los dos sacerdotes les impresionó profundamente.

Gracia estaba tendida en el suelo, con el corpiño desabrochado violentamente, los pechos al aire, sin haber perdido el conocimiento, pero sí el uso de la palabra. Anita, extremadamente pálida, la miraba, y se iba contagiando de aquella convulsión, de tal manera, que imitaba las con-

tracciones de los músculos de la cara, los movimientos de los brazos y piernas. Sin embargo, pudo explicar algo.

—Es *la bola*. Me lo ha dicho. La sintió subir, y luégo cayó.

D. Fermín conoció los síntomas, y la frase de Anita se lo explicó todo. Al mismo tiempo hubo de comprender que Anita, por imitación ineludible, y de continuar allí, caería en el mismo ataque.

—Sal. Sal inmediatamente. Vete; no la veas. Déjanos solos con ella. Espera en el comedor.

Era, en efecto, el histerismo bajo su manifestación del *globo histérico*.

El ataque de Gracia empezó por la sensación de un frío interior, propagándose á los miembros y el tronco, y seguido muy pronto de la sensación de *la bola* que dijo sentir en el vientre, una contracción dolorosa; luégo la bola se corrió por el pecho hacia la faringe, produciéndole falta de respiración, casi asfixia. El ataque era una irritación que obraba sobre los nervios; las sacudidas de los brazos se repetían con cortos intervalos. Los dos hombres se arrodillaron para contenerla. Román cogió la mano derecha de Gracia, y ésta estrechó la suya con placer y fuerza.

En el primer momento, el sacerdote acudió á

remediar el desorden de ropas de la convulsionaria. Pero D. Fermín le dijo :

—Déjela. Creerá probablemente que se ahoga y que así respira mejor. Yo, en estos casos, no miro la carne de mujer. Es la de una criatura que sufre.

Y así hubieron de quedar los dos, arrodillados sin poder conseguir levantarla del suelo, temiendo que el movimiento natural del cuerpo, al ser trasladado á la cama, sirviera sólo para exacerbar la intensidad del ataque. De vez en cuando, con intervalos de tres, cuatro ó cinco minutos, los gritos y movimientos convulsivos cesaban. Gracia se quejaba, pero sin recobrar la palabra. Fué terrible la duración, desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche. ¡Seis horas! Román se desesperaba.

—Un médico ; hay que llamar á un médico.

—Eso luégo ; ahora lo que se puede hacer lo haré yo.

—¿Usted?

—Es claro ; yo, que he faltado á los cánones leyendo algo de materia médica. Pero necesito moverme, y es preciso que Ud., por un momento, la sujete. Tengo que ir á mi casa.

—Pero yo solo no voy á poder dominar la convulsión.

—¡Bah! ya lo creo; así no, pero abrazándola, coge Ud. los dos brazos y ya no se mueve. Abrácela Ud.

Y como Román palideciera intensamente:

—¡Qué diablo! Si se tratase de una extraña, ¡pero Gracia! Son Uds. hermanos.

Y él mismo, empujándolo, colocó á Román sobre el cuerpo que estaba tendido en tierra. Luego se levantó.

—Vuelvo en seguida. Yo tengo éter, acetato de amoníaco y las esencias aromáticas de Anita. Hasta ahora. Así. Estréchela Ud. contra su cuerpo; muy bien.

Y salió, dejando á Román casi tan desmayado como la paciente, casi tan convulsivo, casi epiléptico.

Volvió á poco, en efecto, y encontró á los dos hermanos en la misma postura. D. Fermín hizo aspirar á Gracia los vapores del amoníaco, del éter y del alcanfor, haciéndola aspersiones del agua fría sobre el pecho, el cuello y la cara. Todo era inútil. A las nueve, Gracia manifestó en su rostro, hasta entonces contraído por el enervamiento, la expresión de una alegría grande; estrechó el cuerpo de su hermano, le abrazó á su vez con un movimiento rápido, el último, que Román no pudo prevenir ni contener; prorrumpió en una

ruidosa carcajada y luégo en abundantísimo llanto. Abrió los hermosos ojos.

—¡Román!

—¡Habla! ¡Ya puede hablar!—exclamó éste con inusitado regocijo.

—Sí, puedes dejarme. Conozco que ya se me pasó.

Levantóse el mísero con el rostro encendido de calor por tan prolongados y temidos contactos. El paroxismo, en efecto, había cesado. Gracia estaba rendida. Movíase con dificultad.

—Tengo estropeado todo el cuerpo.

Su fisonomía presentaba cierto grado de admiración y estupor. Sudaba copiosamente.

—¡D. Fermín! ¡Román! Un momento, déjenme Uds. sola un momento; ya no se repetirá, lo conozco, lo sé positivamente.

Los dos curas obedecieron.

Sola Gracia, se encerró, corrió á la cómoda y al ropero; sacó ropa blanca interior, otro traje de lana. ¡Oh! ¡Qué vergüenza! Siendo mujer, no poder dominar las funciones del organismo..... Lo que sólo es disculpable descuido en la infancia..... ¡eso! ¡eso le había pasado! Tenía que mudarse de pies á cabeza. ¡Cuanto antes!

X

La noche fué terrible para el sacerdote. La tentación de la carne, con más fuerza que nunca le acometió. Le acometió y le venció. Pero esta vez en buena lid, frente á frente, no durante el sueño, porque éste no lo pudo conciliar, sino despierto.

Grande culpa tuvo en ello la descripción de la enfermedad de su hermana hecha por el médico que trajo D. Fermín, un médico de quien era el colector *grande amigote*.

—En efecto—exclamó el doctor, que era materialista;—su hermana de Ud. ha tenido un ataque histérico.

—Y ¿qué es eso? ¿Cómo se cura?—preguntó Román.—¿Es grave?

—Muy grave puede llegar á ser. Hoy no lo es todavía. Las circunstancias que predisponen más al histerismo son una influencia hereditaria, la constitución nerviosa, tan desarrollada siempre

en las mujeres, y la edad de doce á veinticinco ó treinta años.

—Gracia tiene quince.

—Está en la edad, ya lo he visto.

—Pero en nuestra familia nadie ha padecido de eso. Ha dicho Ud. que la influencia hereditaria.....

—Esa es una de las causas; pero el histerismo es dolencia exclusivamente propia del sexo femenino, y fácilmente se comprende que sus fenómenos y síntomas deben depender en gran parte de todas aquellas influencias que se refieren á las funciones sexuales. La temperatura elevada favorece el desarrollo del histerismo, y por eso se observa frecuentemente en los climas cálidos y en las estaciones calientes. Las afecciones morales tienen también mucho influjo; y el efecto de este orden de causas puede ser mediato ó inmediato, pues unas veces se presenta el histerismo algún tiempo después de recibir una emoción moral, y otras inmediatamente, como, por ejemplo: á consecuencia de un susto. Igual influencia tienen también las sensaciones tristes ó alegres, la lectura habitual de obras apasionadas ó tiernas.

—Ha puesto Ud. el dedo en la llaga—interrumpió el colector.

—¡Cómo! — exclamó Román.—Pues qué, ¿Gracia lee novelas sin saberlo yo?

—Anita es la que las lee. Gracia oye leer una cosa más apasionada y más tierna que todas las novelas del mundo.

—¿El qué?

—Santa Teresa. Que le diga á Ud. el doctor si no es bástante este libro y cualquiera otro de los que reflejan el misticismo, con sus ilusiones ex-táticas, sus intuiciones y emociones.

—Es cierto—agregó el médico;—sobre todo si á estas lecturas se agrega una continencia muy prolongada.

—¡Caballero!—objetó Román,—mi hermana es soltera.

—Pues que se case—contestó el galeno brutalmente;—ahora es tiempo, porque la enfermedad es todavía muy reciente; ahora es cuando el matrimonio puede ser útil satisfaciendo la necesidad del corazón más bien que la de los sentidos. En cambio, más tarde, el matrimonio agravaría el histerismo. Además, esa señorita observa una higiene contraria en todo á la que debiera observar. No hablemos de la continencia, hablemos de la alimentación, que es, según yo me he enterado, tónica y excitante; y como si esto no bastara, toma á diario un baño de esponja.

—El baño refresca—objetó Román con timidez.

—Es el tónico más poderoso. Conviene cuando la continencia no existe, cuando se ejercen las funciones sexuales; pero en la condición y en la naturaleza robusta de su hermana de Ud., señor cura, es un puro disparate, ha producido en ella una excitación demasiado considerable de los sentidos.

—Mi hermana es una niña en punto á inocencia.

—¡Eh! La fisiología se ríe de los estados inocentes, señor mío. Con toda su inocencia, no será de distinta naturaleza que el resto de los mortales—exclamó el materialista irritado ya ante las ignorancias de Román.

—¡Doctor—gritó también el sacerdote,—está usted hablando de mi hermana!

—Estoy hablando de una enferma. Si es hermana de Ud., tiene Ud. el deber de escucharme y de obedecer mis instrucciones para que se cure. Todos los padres de la Iglesia y todos los textos sagrados no me harían variar de opinión. Su hermana de Ud. es para mí un caso patológico. Pues bien: ¿sabe Ud. en qué estado se halla? Con inocencia, con virtud, si la paciente sigue tomando baños, bebiendo el burdeos de D. Fermín

y comiendo carnes magras, la excitación de los sentidos llegará á su grado máximo. Lo aumentará, como ha dicho muy bien D. Fermín, la lectura de obras místicas, la soledad en que con Ud. vive; y yo no digo que ella tome la iniciativa, porque su misma inocencia se lo prohíbe; pero si un hombre cualquiera, en el momento del baño, ó en el del sueño durante la noche, cuando ella esté desnuda y excitada por su propia desnudez, si un hombre se acerca y puede llegar hasta ella en aquel momento, se entregará sin resistencia. Este no es un ultraje, es un dictamen facultativo.

Lejos de la cólera que D. Fermín esperaba ver desbordarse por los labios de Román, la contestación fué relativamente mesurada, si bien la más á propósito para exaltar al médico por todo extremo.

—Creo—replicó el sacerdote, sonriendo con desdén;—creo que la ciencia se equivoca.

—¡Ah! ¿La ciencia se equivoca? Pues bien: ¿sabe Ud. cuál es una complicación que puede sobrevenir en el histerismo? ¿Sabe Ud. lo que es esa complicación y el nombre que recibe? Esa es la temible, esa se llama *ninfomanía*, y á fe, señor cura, que voy á explicarme sin omitir ninguna palabra técnica, por fuerte que sea, para que

comprenda Ud. lo que es esta neurosis. Voy á hablar al hermano de la paciente, al hombre, y no al sacerdote.

—¡Respete Ud. la castidad que he de guardar por mi estado!

—Respete Ud. la ciencia de que yo soy sacerdote, y no confunda Ud. el lenguaje científico con los relatos de Boccacio. Y ahora sepa Ud. que la ninfomanía es una excitación morbosa irresistible de los órganos genitales; inclinación al amor físico hasta el delirio, expresada por palabras obscenas, miradas apasionadas y gestos provocativos, que suelen contrastar muchas veces con la conducta ulterior de las enfermas, y á la cual se agrega siempre un desorden mayor ó menor de la inteligencia. La Iglesia llamó á estas pacientes *endemoniadas*, y las quiso curar con exorcismos. Á eso está expuesta esa joven, á la ninfomanía; porque esta enfermedad aparece en aquellas personas en que existe una predisposición orgánica, casi siempre bien marcada, como en este caso, que constituye lo que se ha llamado impropriamente temperamento uterino, y se las reconoce por los caracteres exteriores que va Ud. á oír, y que retratan á la señorita Gracia de cuerpo entero.

Á una musculatura muy pronunciada y poco

provista de tejido celular, se agregan abundancia y color subido del sistema piloso; cabellos y cejas muy espesos y negros; ojos grandes y vivos, del mismo color; fisonomía expresiva y móvil; labios gruesos y de un rojo vivo; dientes blancos, y muy pronunciados los atributos sexuales, á saber: buena conformacion de las mamas, que son consistentes y de un volumen notable; caderas bien marcadas y contorneadas; pelvis ancha y con prominencias redondeadas; miembros abdominales de igual forma; pero..... ¿para qué seguir? Pasemos á los síntomas. La enfermedad no se hace evidente por ningún carácter exterior; pues aunque las enfermas empiezan á tener deseos venéreos exagerados, son todavía bastante dueñas de sí mismas para no dejar traslucir los pensamientos obscenos de que se hallan poseídas. Por el contrario, avergonzadas de experimentar semejantes sensaciones, hacen los mayores esfuerzos para sujetarlas; y aunque el pudor y la razón destruyen á veces por un instante las imágenes voluptuosas que las persiguen, no tardan en hallarse otra vez poseídas de los mismos desvarios eróticos, y entonces son presas de un calor intenso, espasmo, tensión con prurito en los órganos genitales y en las mamas, dolores sordos en los lomos; la enferma no puede estar sentada,

porque el calor irrita demasiado los órganos; se ve obligada á andar lentamente, separando las piernas para evitar el más pequeño roce; al mismo tiempo se dejan sentir los deseos más violentos; la imaginación se exalta; los ojos y el rostro se animan; pero en algunos momentos este ardor se ve reemplazado con el abatimiento y la tristeza, y el semblante unas veces se sonroja y otras palidece.

La razón, el deber y el pudor luchan con energía contra el desorden de los sentidos; y si las mujeres llegan á disimular casi siempre á todos el fuego que las consume, no pueden, sin embargo, resistir por completo á sus deseos, y buscan en el vicio de nombre bíblico, en el onanismo, un alivio insuficiente y pasajero. Si pueden satisfacer sus necesidades, la enfermedad queda limitada á estos primeros síntomas. Mas si, por el contrario, la causa que preside al desarrollo de la afección continúa obrando con intensidad, la mujer no es dueña de sí misma: se entrega sin resistencia á sus inclinaciones, pues ya no siente esa turbación interior que la causaba al principio la sola idea de sus torpes deseos. Entonces ya no trata de ocultar sus sentimientos; se vale de mil artificios para hacer que la conversación recaiga sobre los placeres de Venus; y si no se refiere á

objetos lascivos, la enoja. Parécele la cosa más natural y lícita entregarse á estos goces; así que su porte, sus palabras, sus gestos expresan públicamente las ideas que la asedian; la vista de un hombre exalta los deseos y determina un espasmo voluptuoso en los órganos genitales. La enferma, menospreciando los hábitos más inveterados de honestidad, los sentimientos religiosos más puros, se entrega al primero que llega, y aun solicita los halagos de otras mujeres; y, abandonando á sus padres, á sus hermanos, á su familia, va á buscar muchas veces en la prostitución un remedio, y en ella encontrará casi siempre la muerte.

—Caballero —dijo Román con mayor desdén, —si lo que Ud. me cuenta es científico, declaro que la ciencia tiene también sus leyendas, á no ser que trate de disfrazar los crímenes con el nombre de enfermedades.

—En efecto. Este crimen es en medicina legal un caso de locura —contestó fríamente el doctor; —y sólo añadiré un consejo, señor sacerdote; uno solo, y me retiro : Case Ud. á la paciente, que ahora no es ninfómana, sino histérica.

—Por ahora, no. No creo en esos peligros.

—¡Ah! ¿Que no? Entonces, señor sacerdote, oiga Ud. una profecía.

—¿Profecías científicas?— exclamó Román encogiéndose de hombros.

—Más ciertas que las de la Biblia.

—¿Y cuál es esa?

—Esta : si Gracia no se casa, se prostituirá con el primero que entre en esta casa.

—En esta casa no entra nadie más que yo — contestó el sacerdote sonriendo burlonamente.

— Pues si llega la ninfomanía, pudiera ser que no viera en Ud. el hermano, sino el hombre.

Román dió un salto sobre su silla.

—No vuelva Ud. más. Salga Ud. de mi casa, ó me olvido de lo que soy.

El médico, con el sombrero encasquetado, dió la réplica:

—Si Ud. lo llega á olvidar, no extrañe que yo tampoco lo recuerde. Buenas noches.

Y salió. Ya era tiempo. El presbítero de tierra aragonesa, con los ojos inyectados en sangre, cerrados los puños y trémulos los labios, había dado dos pasos, y fué necesario la fuerza de don Fermín para contenerle.

Cuando se vió detenido por el colector, y á solas con él, le dijo con sordo acento y enronquecida la voz:

—He estado á punto de cometer una muerte. Déjeme Ud., necesito rezar.

— Anita vendrá á velar á Gracia.

— Lo agradezco, pero á mi hermana la velaré yo.

Díjolo tan seco, que el *tío* de la andaluza no replicó.

Alegróse, porque en realidad el ofrecimiento hizolo por pura fórmula. «¡El histerismo se contagia! Bueno fuera que á su sobrina le diese por esta imitación.» Despidióse después de su compañero de sacristía, y se retiró riéndose para sus adentros.

— Esto acabará por donde empieza. ¡Diantre de médico! Desde hoy le llamaremos el doctor Cantaclearo.

XI

Román estuvo largo rato de rodillas al pie del altar.

Rezó fervorosamente, pero teniendo que volver á empezar la oración á menudo, por verse acometido de frecuentes distracciones.

Dos palabras estaban como clavadas en su cráneo con letras de hierro y el hierro candente. ¡HISTERISMO! ¡NINFOMANÍA! Recordó las frases del médico, aquel retrato científico de Gracia. Su retrato *de cuerpo entero*.

«Musculatura muy pronunciada, cabellos y cejas muy espesos y negros»

¡Cierto! Negro, muy espeso, abundante; él lo sabía, él lo pudo comprobar cuando Gracia se le presentó despeinada, buscando el elogio de su cabellera.

«Ojos grandes y vivos, también negros; fisono-

mía expresiva y móvil; labios gruesos y de un rojo vivo; dientes blanquísimos.»

¡La sonrisa que vió la noche memorable de la visión apocalíptica!

Y luégo otra cosa que había dicho la ciencia, otra cosa que hasta aquella tarde no pudo ver, y que era exacta; otra cosa que, cuando sujetaba los movimientos convulsivos, abrazado al cuerpo de Gracia, pudo comprobar por el desorden y desceñimiento de ropas de la accidentada. Textualmente repitió con prodigiosa memoria el tecnicismo científico.

«Muy pronunciados los atributos sexuales, á saber: buena conformación de las mamas, que son consistentes y de un volumen notable.»

Román se estremeció poderosamente.

— ¡No puedo rezar! ¡Es imposible!

Se levantó; no resistía ya. Abrió la puerta del gabinete.

— Entra. Estoy despierta —dijo la enferma desde el lecho.

Entró.

— Mira, Román, perdóname. Te he dado un mal rato. ¡Dios mío! Pero ya te harás cargo de que yo no tengo la culpa. Y que si lo sé, no vengo á vivir contigo. Pero ¿qué ha dicho el médico? Son los nervios, ¿eh?

— Sí. Son los nervios.

Estaba junto al lecho, mirándola con el ceño fruncido.

— Siéntate. Mira, siéntate sobre la cama, y así hablaremos mejor. Ya ves que es grande, no me molestas. ¡Anda!

Sentóse en el borde, sin cesar de mirarla; seguía en las ropas el bulto del cuerpo, y volvía á recordar:

«Mamas de buena conformación, consistentes y de un volumen notable; caderas bien marcadas y contorneadas; miembros abdominales de igual forma.....»

— ¿Cómo estás? ¿Estás mejor?

— Sí, mejor. Muy rendida, quebrantada. No tengo fuerzas ni para mover un dedo.

¡No tenía fuerzas, no se resistiría! Un brillo siniestro, el mismo con que los ojos despidieron al médico, apareció en las pupilas del sacerdote. ¿Qué iba á hacer? ¿Qué sería mejor? ¿Violarla, ó matarla?.....

— ¡Dios mío! —murmuró por lo bajo,—quítame los dos pensamientos.

Pero Gracia le vió mover los labios.

— ¿Qué haces? ¿Rezas?

— Rezo por ti.

— ¡Oh! Ya estoy bien. Tómame el pulso.

Y sacó el brazo, buscó con su mano izquierda la del sacerdote.

— Yo no entiendo.

— No importa. Verás cómo no va muy de prisa.

Fuéle preciso coger la muñeca. Él no sabía, en efecto, cómo se tomaba el pulso; puso los dedos donde y como la niña le dijo, y luégo, cuando quiso retirar el brazo, un impulso irresistible hizo estrechar la diminuta mano, que nerviosamente correspondió á la presión.

— ¡Qué bueno eres! Ya sé que no has querido que se quede Anita. Vas á velarme tú. Pero no hace falta. Acuéstate. No tengo nada. Duerme. Vas á perder mañana la misa.

— Déjalo. Cuando es por un motivo así, no me pesa.

Gracia insistió más; pero Román se opuso te-
nazmente.

— No, no. No me acuesto: pudiera pasarte algo. Además, no tengo sueño.

— Ni yo; pero no quiero que pases la noche ahí, sentado. Escucha, échate.

— ¿Dónde? — preguntó el sacerdote asustado.

— Á mis pies, atravesado en la cama. Como es de matrimonio, no estarás mal. Tiéndete tú también, y hablaremos. ¡Anda!

Gracia tenía aquella noche una manera especialísima de decir aquel imperativo: «¡Anda!», que se convertía en sus labios, no en una orden, sino en manifiesta insinuación de la mujer caprichosa. No había medio de resistirla.

El mísero sacerdote, cuyos oídos zumbaban de un modo extraño, vestido como estaba, echó el cuerpo hacia atrás, se tumbó de espaldas, y éstas cayeron sobre los pies de la mujer, que recibieron aquel peso sin molestia alguna, al parecer, por la opresión.

— ¿Te hago daño?

— No, no. Estáte quieto; estoy bien.

Volvió Román á recordar la última sintomatología médica, aquel proceso científico de la ninfomanía:

«Mas si, por el contrario, la causa que preside al desarrollo del mal continúa obrando con intensidad, la mujer no es dueña de sí misma; se entrega sin resistencia á sus inclinaciones, pues ya no siente esa turbación interior que le causaba al principio la sola idea de sus torpes deseos. Entonces ya no trata de ocultar sus sentimientos; se vale de mil artificios: párecele la cosa más natural y lícita entregarse á estos gozes, y todo en ella revela las ideas que la asedian: la vista de un hombre exalta sus deseos y deter-

mina un espasmo voluptuoso en los órganos genitales.....»

— ¿Qué haces, Gracia? ¿Por qué te mueves?

— No me he movido. No hago nada. ¿Qué quieres que haga?

¡Ah! Decididamente estaba loco. ¡Maldito médico! Con su vocecilla aguda clavaba las ideas de punta en el cerebro, como alfileres. En verdad, la niña no se movía; era él; no podía estar-se quieto un momento.

— ¿Estás mal ahí? ¿Quieres una almohada? Toma una de las mías. Tendrás la cabeza baja.

Y riéndose, le dió un grande almohadón. Luego le volvió á preguntar:

— ¿Rezas?

— Ya recé — contestó incomodado por la pregunta.

Luego dulcificó la voz.

— Recé antes de venir aquí, y también hace poco.

¡No! Gracia no era todavía *aquello*. La prueba es que, por una de esas transiciones tan propias del estado histérico, empezó á charlar con volubilidad suma acerca de los asuntos más variados: de don Fermín, de su carácter bromista, de Anita y de sus perfumes, de cómo se hacían las rosas de trapo, de lo bonito que estaba el altar de

la Virgen, de los vestidos del Niño de la Bola, del proyecto que tenía de quitarlo de la cómoda, sacarlo de su fanal y llevarlo *con su madre*. Allí estaría mejor.

—Y para que tú le reces, le quitaré el collar y las pulseras.

Su brazo continuaba extendido fuera de las sábanas. Román no pudo contenerse y lo cogió. Gracia tuvo un ligero estremecimiento al sentir el inesperado contacto. Su charla cesó de pronto y se puso muy pálida. Miró, pero no pudo ver la cara del sacerdote, que estaba echado á sus pies.

Román creyó por un momento que no podría vencerse, ni vencer al demonio en cuyo poder estaba. Recordó otras palabras, las más terribles del diagnóstico:

«La mujer, en este estado, se entrega al primero que la pretende.»

Y luégo, la amenaza del materialista:

«En estos casos, hasta en el hermano no se ve más que el hombre.»

¡Cielos! No habían transcurrido muchas horas, y la profecía, por parte de él, de Román, podía cumplirse. ¡Eso nunca!

— ¡Todo menos eso! Transijo con el pecado, pero con eso jamás. ¡Jesús! ¡Qué horror!

Así clamaba *in mente*, mientras que su mano

febril, sin darse cuenta de ello, ó tal vez á pesar de la voluntad en contrario, acariciaba el brazo desnudo de Gracia. Ésta seguía inmóvil y silenciosa, con las cejas contraídas, demudado el color, casi rígida en todos sus miembros.

Luégo se oyó un suspiro de la aragonesa, suspiro como de desahogo, como de ser que acaba de salvarse de un peligro casi milagrosamente; y al oír una especie de gruñido sordo de Román, la mano de la hermana cogió la que la acariciaba y la estrechó con reconocimiento, con inmensa gratitud.

El sacerdote había quedado sumido en una especie de espasmo, repugnándose á sí mismo, pero pensando con alegría:

—Amnón pudo haber hecho lo que Onán, y Thamar se hubiera salvado.

Luégo allí, á los pies de la cama, de improviso se vió acometido de un sueño profundo.

Gracia no durmió. Sus grandes ojos negros seguían revelando el estupor y la admiración, restos del pasado y reciente ataque histérico.

De vez en cuando se llenaba de lágrimas. En ocasiones, acabado su llanto, los rojos labios sonreían.

Su mano continuó estrechando la del pecador dormido toda la noche.

XII

· Á la mañana siguiente, el sacerdote despertó á poco de amanecer. Se incorporó penosamente sobre los colchones, y regresó á su cuarto andando de puntillas. Gracia estaba despierta; pero fingió dormir, para evitarle toda confusión.

Román entró en la sala repitiendo las palabras del apóstol San Pablo : « Gracias doy á Dios por Jesucristo Señor nuestro. Yo mismo, con la mente, sirvo á la ley de Dios, mas con la carne á la ley del pecado. »

Entre tanto la aragonesa, en quien no por el sueño, sino por el descanso, habíase restablecido la fuerza y la salud, se levantaba con el alma inundada de no sabemos qué secretos regocijos. Vistióse con mayor esmero. Por primera vez echó de ver que los zapatos eran de forma ordinaria y no se ajustaban estrictamente al admirable modelado de su pie, y su traje de lana muy sencillo, mientras que el de Anita estaba, por el

contrario, todo lleno de arrumacos. Se recogió el cabello cuidadosamente, pero poniendo más arte en el peinado. Oyó en esto un lavoteo feroz en el cuarto de Román, y se entreabrieron los labios con una sonrisa, al par que sus mejillas mostraron el color del sonrojo.

Salió, por fin, llegó á la cocina y abrió la ventana del patio. Dos cabezas curiosas y llenas de malicia estaban asomadas en la de enfrente y como esperando este hecho. Eran ó correspondían á los cuerpos de D. Fermín y Anita, que se apretaban mucho uno contra otro para caber en el hueco.

—¡Buenos días!—dijo Gracia.

—¿Cómo se ha pasado la noche?

—¿Cómo estás hoy, hija?

—¿Veló mi señor don Román? ¿Ha dormido usted bien?

Aquella explosión de preguntas con que tío y sobrina la recibieran enojó un tanto á nuestra heroína. Contestó secamente:

—He dormido bien. Román veló echado á los pies de la cama. Ya se me pasó todo. Estoy buena.

Y estuvo á punto de agregar con cierto retintín, propio del caso: «¿Quieren Uds. saber más, señores curiosos?»

D. Fermín guiñaba los ojos, entornando los

párpados, para ver mejor la cara de Gracia; el colector era miope, y esta costumbre de mirar así no dejaba de tener mucha expresión de insolencia.

—¿Va D. Román á la iglesia?

Antes de que *la niña* tuviera tiempo de contestar, la voz del interesado hizolo oportunamente.

Había salido de su cuarto sin que se apercibiera nadie de ello.

—Voy á la iglesia. Cuando Ud. quiera, señor colector.

D. Fermín se mordió los labios. Él quería averiguar, y averiguaba en efecto. ¿Pero qué? Si no le estaban engañando, si no se habían puesto de acuerdo los dos hermanos, allí, aquella noche, no había pasado nada.

Entonces..... entonces el presbítero era un santo y su hermana otra que tal. ¡Santos de Tudela! No. Aragoneses. Á lo que nadie los ganaba era á tercios; serían capaces de morir con tal de salirse con la suya.

—Vamos andando, D. Román, que yo también estoy, como Ud. ve, hasta con el sombrero puesto.

Y dirigiéndose á Gracia:

—Anita pasará en cuanto se arregle.

El patio volvió á quedar desierto y las ventanas cerradas.

Mientras que tío y sobrina se daban en los pasillos de la otra casa, él á ella un bofetoncillo y ella á él un pellizco, los dos hermanos se estrechaban la mano en silencio, pero con mucha fuerza.

—¡Adiós, hijo y tío!

—¡Adiós, sobrina y madre!—decían allá, haciendo gala, como se ve, de un lujoso parentesco.

—Adiós, Román.

—Adiós, Gracia, hasta luégo—decían el héroe y la heroína de esta historia bajando los ojos, llenos de turbación como dos enamorados.



Por el camino, Román se propuso no contestar á las preguntas de su curioso colega más que con monosílabos, con lo cual aumentó, lejos de disminuir, la curiosidad de éste.

—¿Durmió bien la hermana?

—No.

—¿Va Ud. á decir misa?

—Es claro.

—¿Se le pasó la cólera contra mi médico?

—Sí.

—¿Luego ha comprendido Ud. que sus observaciones eran justas?

—No.

—¿Es entonces por practicar la humildad?

—Sí.

—¿Y no quiere Ud. que se case Gracia?

—Cuando ella quiera.

—¿Y ella quiere?

—No lo sé.

Decididamente nada sacaba en limpio con este interrogatorio. Llegaron á la sacristía. Se repitió la escena que ya dejamos narrada en otro capítulo. Los curas flacuchos y el cura gordo rodearon al colector mientras que Román se vestía.

D. Fermín, como todo aquel á quien se le estorba un propósito, estaba irritado, y su irritación se comunicó bien pronto á todos los demás. Contó los sucesos del día anterior: el ataque histérico, la malicia con que consiguió que Román quedase un buen rato abrazado á la accidentada; luego hizo el relato de lo que él llamó el «conflicto entre la religión y la ciencia»; es decir, la disputa entre el cura y el médico, y, por último, la profecía de éste.

El auditorio escuchaba sin pestañear, con verdadero interés: los ojos de todos aquellos tonsurados brillaban, y, como vulgarmente se dice, la

boca se les hacia agua. Cuando el colector pintó con vivos colores el desorden de ropas de la histerica, tendida en el suelo y la actitud de Román abrazando y sujetando los movimientos de la buena moza, de la que repitió el retrato científico *de cuerpo entero*, porque también al padre Fermín aquellas cosas que dijo el galeno se le pegaron mucho al oído. «Una musculatura muy pronunciada; cabellos y cejas muy espesos y negros; ojos grandes y vivos, del mismo color; no se qué otras cosas del sistema piloso y del tejido celular; fisonomía expresiva y móvil; boca de labios gruesos y de un rojo vivo; dientes blancos, y muy pronunciados los atributos sexuales; es á saber (señores, no estrecharse tanto, que parece me van Uds. á comer vivo)..... Es, pues, á saber: buena conformación de las mamas, que son consistentes y de un volumen notable.....»

— ¡Notable! — repitió el cura gordo, sin poder contener su impulso, que le llevaba á usurpar las atribuciones de la ninfa Eco.

D. Fermín continuó :

— «Caderas bien marcadas y contorneadas; miembros abdominales redondeados.... »

— Basta ; diga Ud. que es Venus la chiquilla, y estamos al tanto — interrumpió uno de los flacuchos.

—Pues bien : á pesar de eso , ¿querrán Uds. creer que no ha pasado nada todavía?—rugió, más bien que habló, el tío de Anita.

—¡Ese hombre es un imbécil!

—¡Un animal!

—¡Una bestia de carga!

—Poco á poco, señores ; puede ser lo que nosotros no somos, ¡un santo! Además, que si no fuera su hermana..... La virtud es fácil en estos casos.

—Un santo..... en este sentido lo son los eunucos ; y si está enamorado de ella, ya no siente la consanguinidad.

—Pues bueno : acaso él..... recordemos las palabras de Jesús en el Evangelio de San Mateo: «Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que se hicieron á sí mismos eunucos por causa del reino de los cielos : el que pueda ser capaz de eso, séalo.» Quién sabe.....

—¿El qué? ¿Román?—gritó D. Fermín exasperado.—Olvida Ud. el ridículo sueño con la gata.

La sacristía entera se regocijó con este recuerdo. Y es que había dentro de las sotanas hombres, y éstos, en cierto modo, sentíanse heridos por la virtud y castidad de aquel otro que era de carne y hueso como ellos ; un interés inenarrable les

hizo seguir paso á paso aquella intriga. La tar-
danza, la resistencia, cosas eran para hacerles
montar en cólera. ¡Ah! El día del vencimiento,
¡con qué placer lo verían á su mismo nivel, con-
cubinario como todos ellos, metido hasta la co-
ronilla en el fango del tremendo *delicta carnis*,
y pudiendo decirle entonces verdadera y gráfi-
camente *compañero!*

Entre tanto el hermano de Gracia, dicha ya
su misa, volvía del templo muy pálido, pero im-
pasible, callado, saludando sólo con una leve in-
clinación de cabeza, después de quitarse los em-
blemáticos ropajes, ponerse el manteo y recorrer
á lo largo la sacristía, sombrero en mano.

—Vaya Ud. con Dios; hasta luégo—exclamó
el colector desde su mesa-despacho, donde co-
braba los estipendios de misas, bodas, entierros
y bautizos.

—¡Quede Ud. con la Virgen!—contestó el pres-
bítero sin volver la cabeza.

Y cuando hubo desaparecido :

—El que quiere quedarse con la virgen es él
—murmuraron las voces de los conjurados.

Luégo el cura gordo se acercó de nuevo á don

Fermin, que tenía la vista fija en un papel donde hacía sumas.

—¿Conque dice Ud. que son *consistentes y de un volumen notable*? Notable, ¿eh?..... Cuando el ataque, Ud. las vería.

El tío de Anita estaba de tan mal humor, que ni se dignó guardar buena crianza.

—Déjeme Ud. en paz. ¿Habrás visto?

Pero se arrepintió, porque, á la verdad, no creyó oportuno malquistarse con ninguno de los que tenían con él comunidad de intereses; así es que, dulcificando el acento, añadió en seguida:

—Usted dispense; no creía que fuera Ud. No conocía la voz. Sí, señor, las vi. Notabilísimas.

—Pero, hombre, ¿y cómo no?..... ¡Parece mentira!

—Y puede ser que lo sea —terminó el fauno de la andaluza dando suelta á toda su inquina.

—Á mí no me engaña, porque soy zorro viejo y tengo mucho instinto. Podrá haber celebrado sin confesar y todo lo que le dé la gana. Pero se me figura..... que huele á hembra.

El gordinflón dió un suspiro digno de salir con acompañamiento de órgano.

—Lo sentiré..... Lástima de buena moza..... Yo, que para eso me pinto solo.....

Román regresó á su casa llevando en la mano una caja de cartón atada con balduque color de rosa.

—¿Qué traes?

—Una libra de dulces. Guárdala. No la enseñes; es para ti; no quiero que des á *los otros*. Ya sé que eres golosa.

Gracia ocultó la caja precipitadamente en su cómoda; luégo, á escondidas de Anita, que andaba por la cocina, sacó una yema y se la comió. En la tapa de carton se leía *La Dulce Alianza*.

Ignoraba si era su regocijo motivado por el paladeo del dulce ó por la nonada de tener ya que guardar al mundo un secreto que sólo sabían ellos dos..... y la confitera.

Pero ¿verdaderamente era este el secreto, y era la dulzura cosa que sentía en el paladar, ó en el alma?

El caso es que le supo muy bien la yema y que mentalmente repetía el letrero de la tapa.

Aquel día y en los siguientes, el único suceso que ocurrió fué que D. Fermín y Anita se dieron por vencidos, declarando que no era posible averiguar lo más mínimo.

XIII

Las salas de los dos pisos estaban separadas por un delgado tabique, y eran las habitaciones respectivas de ambos sacerdotes en una y otra casa. Así es que por las noches, después de la despedida hecha en el comedor, había otra consistente en unos cuantos golpes dados discretamente en aquella endeble separación.

Oíase todo. Cuando Román rezaba, solía interrumpirle un acceso de tos de D. Fermín, ya acostado; y hasta el chasquido del fósforo al encenderse por frotamiento en la caja y el soplo con que después se apagaba la bujía eran ruidos perceptibles para el que de los dos curas permanecía insomne por más tiempo.

Noches hubo en que Román, despierto, en aquellas terribles crisis, sublevaciones y luchas con la carne, oyó lo que detrás del tabique pasaba. Oyó besos y risas de mujer que se siente cosquilleada en lo oscuro; porque así era el tremendo

delicta carnis entre el tío falso y la sobrina postiza; así era como lo trataban, como en son de broma, por vía de diversión y de chacota. El fauno y la ninfa retozaban y tomaban la cosa á juego. Oía Román el crujir de la cama, con el cual suponía el sucio movimiento de que habló el inmortal clásico; y en estos momentos era cuando él también sucumbía, allí, en su desierto lecho, solo y pensando en Gracia y queriendo á todo trance morir él, pero morir respetándola.

Una noche resonó un grito en el gabinete de ésta. Se asustó. Era un grito agudo. ¿Se habría repetido el ataque? Se levantó, echóse el balandrán para cubrirse de cualquier modo.

—¡Gracia! ¡Gracia!—dijo acercándose á la puerta.

—Entra, Román, está abierto.

—Pero ¿has gritado? ¿Qué te pasa?—contestó el sacerdote apareciendo con el balandrán y bajo él en ropas menores, por lo que si el burlón de D. Fermín le hubiera visto, le calificaría con frase de jugador de dominó, comparándole con *el seis blanca*. — ¿Qué te pasa? ¿Te pones mala?

— Calla, hombre, ¡por Dios! Si tú supieras..... Al principio me asusté, pero ¡mira, mira qué bonitos! ¿Has visto cosa igual? ¡Qué instinto de animales! ¡Acércate!

Se acercó el sacerdote hasta la cama. Allí presenciaron sus ojos un espectáculo que le sorprendió; más aún, que le sobrecogió, dejándole emociones de maravilla y de ascos.

Allí, sobre la colcha, á los pies de Gracia, estaba lo maravilloso y lo nauseabundo. Estaba la *Morroña*, la gata, inseparable compañera de su ama, y con la *Morroña* cuatro ó cinco animalucos, casi informes, pequeños, torpes en sus movimientos, llenos de inmundicia, que la gata lamía desaforadamente para limpiarlos, para que resultaran, una vez limpios, lo que eran, sus hijos, los gatitos. ¡Cielos! ¡El parto!

Gracia, sentada en la cama, caída la camisa en desliz natural de un hombro más que del otro, y dejando, por tanto, desnudos éstos y el nacimiento del seno, miraba muy atenta, habiendo seguido sin perder una sola todas las peripecias de aquel acontecimiento : entonces sí que revelaron estupor sus ojos, y parecieron quedar contestadas todas las preguntas de aquellas pestañas tan interrogadoras. ¡Qué maravilla!

Román estuvo inmóvil, sin saber qué decir.

— Pero ¿no ves?— gritó alegremente la niña.— Ha parido la gata. ¡Pobrecita! ¡Si supieras cuánto sufrió!

Por último, el sacerdote pudo coordinar sus

ideas ; pero lo que primero salió de sus labios fué la impresión de contrariedad y enojo.

— ¡Maldito bicho ! ¡ Al demonio se le ocurre subirse á tu cama para hacer eso ! ¡ Buena te habrá puesto la colcha !

— Déjalo. Ya se lavará. La pobre me quiere tanto, que hasta para eso no ha consentido en separarse de mí ;— y luégo riendo :— ¡ Vaya ! Ha querido hacerme un regalo con sus hijos.

— ¡ Cállate, loca !— replicó el hermano sonriendo á pesar suyo.

Y fijó sus ojos en el rostro de Gracia. Las miradas esta vez se cruzaron francas y leales ; pero la misma claridad con que en ellas se leía el pensamiento hizo buscar en los párpados un escudo ; bajáronse éstos y siguieron presenciando los quehaceres de la parida. Conociábase que el parto había concluído, pero no los trabajos de la maternidad. Había cinco, eran cinco, y la madre se multiplicaba, por decirlo así. En pocos minutos los dejó limpios, y uno tras otro, mostrando extremo cuidado, fué cogiéndolos con su boca y colocándolos bajo su vientre. Luégo se tumbó, rendida, dando un maullido de satisfacción ; y clavando sus redondas pupilas en el sacerdote y en Gracia, pareció decirles : « Aprendan Uds. » Y, en efecto, mucho había que aprender en el espec-

táculo, sobre todo en la paciencia con que se dejaba hurgar por todos aquellos hociquillos color de rosa, que mordían torpemente el pezón, y con la furia del primer apetito tiraban y parecían querer arrancarlo. La *Morroña* se quejaba, pero no se movía.

—¡Animalito! ¡Qué madrota va á ser! ¡Pero esas pequeñas furias me la lastiman! ¿No ves, Román?

—Lo que veo es que la gata no puede quedarse ahí. No te dejaría dormir.

—¿Dormir? Y ¿quién piensa en dormir? ¿Te figuras tú que tengo sueño? ¡Pues apenas despabila una cosa así! Estoy tan despierta como la noche.....

Aquí se calló. Iba á decir *la noche del ataque*, y se contuvo á tiempo. Los dos hermanos, sin decirse una palabra, habían coincidido, como por adivinado convenio no expreso, en callar los recuerdos que evocaba la primera manifestación del histerismo.

—Pues yo—contestó Román presuroso, —yo tengo sueño. Es preciso quitar la gata. Tú sola no quiero que lo hagas, porque te arañaría.

Gracia se opuso tenazmente.

—¡Déjala, pobrecilla! ¿Qué molestia me causa? ¡Cuándo te digo que no tengo sueño! No me es-

torba, ni yo á ella; he separado los pies, está en un hueco, y por lo menos la noche la pasará más abrigadita y blanda, y yo desvelada me entretengo. Mira, tú vete á la cama, duerme y no te ocupes de estas cosas; mañana ya se arreglará lo que sea debido.

Román salió como huyendo, y quedaron allí, detrás de él, en la cama de matrimonio heredada, tradicional y clásica de la casa labriega aragonesa, la recién parida bestia, rodeada de sus hijuelos, velada por la curiosa virginidad de Gracia.

Entró de nuevo en la sala el sacerdote, confuso y trastornado por el suceso; y al entrar allí, detrás del tabique, los besos y risas de siempre, los cruji-dos del otro lecho, le avisaron de que á su alrededor, animales y seres humanos, en el sublime misterio de la noche, cumplían la ley fatal á que está ligada la materia. Vióse más solitario que nunca, y el silencio suyo y su pasividad sirviéronle para oír mejor, más claros, más atronadores, los ruidos que hacen las especies en su labor eterna de generación. Le parecieron ahora el placer más augusto, más solemne y como ennoblecido el acto de la unión carnal; vió borrarse la infamia que

pudiera caber en la palabra *pecado*, siendo sustituida por la sublimidad de esta otra, *misión*; y acudió presuroso al altar, cayó de hinojos ante la Inmaculada, que entre sus luces y sus azucenas de perfumado trapo parecía sonreír como Gracia á las varas florecidas de los mancebos.

De pronto creyó ver, como á la claridad de una gran luz, que estaba en pecado mortal, que la imagen de la Virgen le excitaba los sentidos tanto como la vista de Gracia. Separóse del altar, fué á la cabecera de su cama, cogió un pequeño crucifijo en la pared colgado, lo estrechó contra su pecho, se desprendió de todas sus ropas, y desnudo buscó el frío de los ladrillos; tendióse boca abajo en el pavimento y recitó de memoria otra oración del libro que tenía días há olvidado: *La Imitación de Jesucristo*.

« Confesaré, Señor, contra mí mismo mi iniquidad : te confesaré mi flaqueza.

» Muchas veces es una cosa bien pequeña la que me abate y entristece.

» Propongo pelear varonilmente; mas en viniendo una pequeña tentación me lleno de angustia.

» Algunas veces, de la cosa más despreciable me viene una grave tentación (y aquí el cura acordábase como cosa despreciable de la *Morroña*).

» Y cuando me creo algún tanto seguro, cuando no lo advierto, me hallo á veces casi vencido y derribado de un ligero soplo.

» Mira, pues, Señor, mi bajeza y fragilidad, que te es bien conocida.

» Compadécete y sácame del lodo, porque no sea atollado, y quede desamparado del todo.

» Esto es lo que continuamente me acobarda y confunde delante de ti: ver que tan deleznable y flaco soy para resistir á las pasiones.

» Y aunque no me induzcan enteramente al consentimiento, sin embargo, me es molesto y pesado el domarlas, y muy tedioso el vivir así siempre en combate.

» En esto conozco yo mi flaqueza, en que las abominables imaginaciones más fácilmente vienen sobre mí que se van.»

Una carcajada varonil le interrumpió del otro lado del tabique, y un sonoro beso, después de lo cual se oyó la voz del satírico padre Fermín:

—D. Román, en lo mismo lo conoce todo el mundo; créame y acuéstese y deje dormir á los demás, que son ya las dos, y á fe que, con rezos ó sin ellos, tenemos á estas horas los mortales bien ganado el sueño. — Y terminó como siempre con una burla:— Cuando se toca el violón de madrugada, se incomoda á los vecinos.

Román calló. Las frases del colector, como empujón y codazo, le volvieron a la vida real. Se levantó penosamente. El frío de los ladrillos dejábale aterido. Hundióse con delicia en los colchones bajo el abrigo de la manta.

Gracia y la *Morroña* seguían despiertas. La gata fijaba de vez en cuando sus ojos en *la niña*, sus ojos, que tenían aquella noche una expresión especial, casi humana, inteligente. La aragonesa, inmóvil, en la misma postura en que su hermano la dejó, recogidas las piernas, contenía hasta la respiración, no pestañeaba siquiera; dijérase un diálogo entre la mujer y el animalillo, sostenido con la prolongación de aquellas mutuas miradas. «¡Ah! ¿Conque eso es así?», parecía preguntar la virgen, y la contestación de la recién parida resultaba: «¡Así es!»

La lamparilla de noche, puesta sobre la cómoda, alumbraba débil y temblorosa esta escena. Era una luz del tamaño y de la forma de una almendra, chisporroteando en el recipiente y saltando sobre el redondel cortado de un naipe que flotaba en el aceite. El *Niño de la Bola* era el que recibía la claridad más directa, y el nimbo de oro

chispeaba sobre la rubia cabecita del muñeco. Aquella noche llevaba Jesús su vestidito de raso blanco, que era el que le hacía más niño, el que le sentaba mejor. Á Gracia le pareció que el Hijo del carpintero también se animaba: la temblorosa luz fingía en la imagen movilidad de facciones, hasta el punto de simular sonrisas en los labios y titilación en los párpados. Sonreía sin duda mirando sus juguetes: la Pilarica de plata, del tamaño de un alfiletero; el cordero de cabritilla y algodón en rama, los dos floreros, las monadas que bajo el fanal pasaban con él la vida extraña de lo inerte. Luégo, la luz formaba, con sus intermitencias, sombras caprichosas en las paredes, que repetían sus transformaciones produciendo el mareo de la vista.

La *Morroña* daba de vez en cuando débiles maullidos. Los hociquillos de color de rosa seguían hurgándola en la barriga; levantaba ella las patas para prestarse mejor á la rebusca de pezones emprendida con tanto ahinco. Incorporábase á medias y lamía uno de aquellos cuerpos como acometida de súbita ternura. Eran cinco, y de ellos había tres del color del gato de Anita, del que tuvo dolor de muelas, del gato negro. Los otros dos, blancos como su madre. Mestizos de Angora. Monísimos. Allá, en el otro extremo, las

puertas maderas del balcón, abiertas, dejaban ver á través de las de cristales el fondo oscuro de la noche. Cuando Román pronunció su ardiente plegaria, y, llevado de su arrebatado fervor, la pronunció en voz alta, Gracia hubo de escucharla. ¡Román había mentido! ¡Tampoco tenía sueño! ¡Tampoco dormía! Hasta el mismo jilguero, despierto por los maullidos de la *Morroña*, saltaba en las cañitas de la jaula y parecía con un repetido pío preguntar con enojo por qué razón se turbaba el reposo de un prisionero por delito de inocencia que no se metía con nadie; y con un cañamón en el pico, sacando la cabecita por el hueco de los alambres, airados los ojuelos, no le faltaba más que hablar para decir: «¿Qué desorden es este? Como siga la cosa así, me van Uds. á hacer que trine.»

La aragonesa sonrió á los píos del jilguero y á la plegaria de Román. Pero no estaba ella para ideas de este género. ¡No! Aunque se burlasen todos los padres Fermines del mundo, era verdadero acontecimiento el haber parido la gata. Así lo conceptuaba también, á no dudar, la misma *Morroña*..... y Román. La doncella volvió á quedarse pensativa. ¡El pobre Román! ¡Cuánto sufría! Recordó su posdata memorable.

«Mucho me quiere mi hermano; pero las mu-

jeros queremos más y de otra suerte. Ya veis, amados padres, que la felicidad que cifre en mí la tendrá siempre que me la pida.» La felicidad de Román era..... ¡Dios mío! Sí. Aquello era. Se puso muy seria. Discutió allá para sus adentros no sabemos qué arduos y enmarañados problemas, algo que le preguntaba el cuerpo á la razón y no al espíritu. Y ¿por qué no? Contestó su pensamiento. *La tendrá siempre que me la pida.*

Miró de nuevo á la *Morroña*, extendió por fin las recogidas piernas, cogió á la angora, que pareció comprender y se prestó á la maniobra sin arañar ni morder, y en el hueco formado en la cama por esta nueva postura, entre sus muslos, separados con mucho tiento, puso uno por uno á los gatitos, reuniéndolos con la madre.

Así estuvieron hasta el amanecer.

XIV

Al día siguiente, cuando llegó Román á la iglesia, había un movimiento desusado de sacristanes y monaguillos en los vestidores. Allí estaba el colector, que salió antes que él, cosa que á Román hubo de extrañarle, por ser contrario á la costumbre adquirida, pero no indujo su ánimo á sospechas de ningún género.

Sin embargo, á las primeras palabras pronunciadas por D. Fermín comprendió que algo de intencionado había en el asunto.

—¡Gracias á Dios! Le estaba á Ud. esperando.

—Pues ¿qué ocurre?

—Una misa con velaciones. Tiene Ud. que decirle.

Román se sobrecogió.

—¿Yo?

—Usted mismo.

Quiso buscar una evasiva.

—Eso no puedo yo hacerlo. La misa *pro sponso*

et sponsa es cosa que corresponde exclusivamente á los párrocos. El señor cura....

—¡Oh! Señor liturgista, el caso está previsto. El señor cura párroco le da á Ud. su consentimiento. Vamos, á vestirse en seguida. Los novios esperan.

No hubo remedio. Allí estaban, en efecto, los contrayentes, dos jóvenes.

Ella hermosísima. Bajo el velo blanco de desposada veíanse los anhelos y luchas del cariño con el natural pudor; sobre todo en los ojos, que brillaban demasiado al mirar al hombre elegido y bajándose los párpados, aparecía la grana en las mejillas. Él, apuesto y gallardo, orgulloso de la conquista, sonriendo y estrechando las manos de todos los del convite.

Eran personas de la clase obrera bien acomodada, y querían hacer las cosas en regla. No reparaban en gastos. Después de contraído el matrimonio querían velarse.

Mandáronlos que pasaran á la iglesia, quedándose fuera ante las puertas de la misma, donde estaban prevenidas en un plato las arras, trece monedas y dos anillos de oro. Púsose el sacerdote de amito, alba, cíngulo, estola cruzada ante el pecho, capa pluvial de color blanco, y precedido de sus ministros, que llevaban la cruz, el hisopo

con agua bendita y el ritual, se colocó á las mismas puertas de la iglesia, donde permanecían los contrayentes. Como primero las arras y las bendijo después con los anillos.

«Benedic, Domine, has Arrhas, quas hodie tradit famulus tuus hic in manum ancillae tuae: quem admodum benedixisti Abraham cum Sara, Isaac cum Rebeca, Jacob cum Rachel. Dona super eos gratiam salutis tuae abundantiam rerum, et constantiam operum, florescant sicut rosa in Jerico plantata et Dominum nostrum Jesum Christum timeant et adorent ipsum, qui trinum possidet Numen, cujus regnum et imperium sine fine permanet, in saecula saeculorum. Amen.»

Luégo recitó la oración *«Domine Deus Omnipotens»*, la del *«Benedic, Domine, hos annulos»*, el *«Creator et conservator generis humani.....»*, y por último roció con el agua bendita las arras, los anillos y los circunstantes; tomó con los tres primeros dedos de su diestra uno de los anillos, lo bendijo: *«Benedic, ✠ Domine, hunc annulum, ut ejus figura pudicitiam custodiat,»* y lo colocó en el cuarto dedo de la diestra del esposo, diciendo: *«In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.»*

Hizo y dijo lo mismo con el otro anillo, dándoselo al esposo, que lo recibió en los tres primeros dedos de su diestra y lo puso, lleno de regocijo, á su compañera, siguiendo la indicación del padrino, que le decía por lo bajo :

—En el cuarto, en el meñique. Ahora extiende las manos, y tú también, mujer.

El sacerdote había cogido las arras y las entregaba. Él las recibió, las dejó caer en las palmas de la novia, dispuestas á recogerlas; Román le dictó las palabras : « Esposa, este anillo y arras te doy en señal de matrimonio, » y mandó á la mujer que contestara : « Yo las recibo, » dejándolas caer en el plato.

Volvieron á pronunciar latines los labios del presbítero y los de sus ministros; se entendía algo, *Gloria Patri*, y una serie de *Kyries*, *Paternóster*, *Ne nos inducas in tentationem*, *Sed libera nos à malo*, *Dominus vobiscum*; después de lo cual, y de consagrar otros recuerdos al *Deus Abraham*, *Deus Isaac*, *Deus Jacob*, Román, tomando las diestras de ambos consortes, los hizo penetrar en la iglesia. Llegaron al altar, se arrojaron los novios, volvieron á oirse *Kyries* y *Paternóster*; eran otro par de oraciones. Fué un diluvio de latines.

Algunos convidados tenían jaqueca.

Acabada la ceremonia, vuelto el sacerdote á la sacristía, y ya despojado de sus vestiduras, el novio se le acercó.

— ¡ Señor cura !

— ¿ Qué, hijo mío ?

— Nos acompañará Ud. á tomar el chocolate.

No hubo más remedio que sonreir, aceptar y formar parte principalísima en la comitiva de la boda. ¡ Y Gracia, que, ignorante de todo esto, estaría en casa esperándole ! Se acercó al colector.

— D. Fermín, ya ve Ud. que no puedo evadirme. Estas buenas gentes lo tomarían á desaire. Cuando vaya á casa, dígale á mi hermana que no me espere. Hágame el favor.

D. Fermín le despidió con un gesto indefinible.

— Vaya Ud. tranquilo. Nada más justo y más puesto en razón. Hay que celebrar el *Ego vos in matrimonium conjungo*; descuide Ud., que Gracia, Anita y yo comeremos solos tan ricamente.— Y volviéndose al novio:— Sea enhorabuena y de salud sirva; Dios haga á Uds. muy bien casados.

— Muchas gracias.

Y allá se fueron, llevando al presbítero poco menos que en andas, novio y novia, padrino y madrina, testigos y convidados.

Volvió el colector solo á la casa y disipó las inquietudes de la aragonesa, que extrañaba ya la mucha tardanza. Enteróse D. Fermín del gran suceso de la noche pasada. Hubo necesidad de que visitara á la recién parida *Morroña*, y Anita tuvo la idea de volver á su casa en busca del gato negro.

—Es preciso que éste, á fuer de padre, conozca á su prole.

La escena resultó muy divertida.

—Pero ¿cuándo vendrá Román?—preguntaba Gracia á cada hora que transcurría.

—No te ocupes de eso. Comerá en la boda. Vendrá al anochecer.

Y D. Fermín hizo un guiño, que Anita comprendió en seguida, porque, desapareciendo al punto, regresó poco después, portadora de un suplemento de las lacradas de burdeos.

—¡En celebración del parto de la gata!—gritó el colector poniéndola sobre la mesa.

Comieron alegremente; y cumpliéndose las profecías, iba á oscurecer, cuando sonó el campanillazo á la puerta de la casa.

—¡Él es!—exclamó *la niña*, palpitándole el corazón con sobresalto.

Se levantó torpemente y fué á abrir. El burdeos la trastornaba un poco.

Él era, en efecto. ¡Román!

Pero Román transformado, pálido como un cadáver, desconocido; un hombre distinto.

— ¡Dios mío! ¿Qué te pasa? ¿Vienes enfermo? — gritó la niña sin poder contenerse.

El sacerdote no replicó una palabra, llegó hasta el comedor.

— ¡D. Fermín! ¡Anita! Desearía cenar esta noche solo con mi hermana. Tengo que hablarla de asuntos.....

Tío y sobrina se levantaron.

Lejos de mostrar enojo, parecieron oír aquello con extraño júbilo.

— Nada más natural. Asuntos de familia. Por nosotros no hay que dilatarlo. Ahora mismo. Sobrina, ¡vámonos!

— Vámonos, hijo.

Y se despidieron en el acto. En el acto desaparecieron.

Una vez solos ella y él, miráronse profunda, intensamente, con aquella *mirada nueva* que desde el día del ataque histérico guardaban y reservaban el uno para el otro.

Luégo el presbítero sacó el pañuelo del bolsi-

llo, se enjugó el rostro, por el que corría un sudor abundantísimo.

— Prepara la cena para las nueve. Y no entres en mi cuarto hasta que yo te llame.

¶ Dijo, y penetró en la sala, cerrando la puerta tras de sí.

Á tiempo era. Las lágrimas le ahogaban.

XV

¡Aquel día de boda! ¡La más poderosa de las tentaciones! ¡Ahora sí que estaba vencido! ¡Vencido y muerto en una lucha sin gloria!

Al salir del templo, la comitiva se dirigió á casa de los padres de la novia, donde se celebraría el *gaudeamus*.

Obreros acomodados hemos dicho que eran. Obreros no es la palabra. Obreros lo habían sido; pero al casarse dejaban de serlo. Según el verbo usual en estos casos, *se establecían*.

El novio fué hasta la víspera de su matrimonio primer cortador y dependiente en la tienda de sus futuros suegros. «*Carnicería y salchichería*.» Una hermosa tienda, espaciosa y bien ventilada, cuyas paredes eran todas de azulejo, el pavimento de madera y los amplísimos mostradores de mármol blanco como el alabastro. Una tienda en que, por no escasearse la limpieza, se gastaba en baldes constantes toda el agua que salía á chorros

por los dorados y relucientes grifos que se enclavaban en el mismo mostrador. Pero lo más admirable era ver desde la calle el aspecto general, tanto del interior como de los escaparates que había en el centro, entre las dos puertas por las cuales se daba acceso á la carnicería. Ver los festones de morcillas y longanizas, los racimos de chorizos que colgaban del techo, las abultadas sobreasadas, los embutidos de todo género, y allá en el fondo amontonados los jamones, las vejigas henchidas de grasa, las gruesas láminas de tocino; de todo aquello había un muestrario en el escaparate, muestrario puesto sobre fuentes redondas de Valdemorillo, cada cosa con su correspondiente tarjetón, en que se leía el precio. Luégo, á uno y otro lado, en las dos puertas de entrada, colgados de fortísimos garfios de hierro, cerdos enteros y terneras, mitades de vaca, una exposición anatómica de entrañas en los grandes cuerpos de los animales, brutalmente hendidos en canal por la cuchilla. Bajo los hocicos de los cerdos poníanse vasijas en que se recogía la sangre gota á gota. Allí la carne tenía su apoteosis, y la hartura pintaba un cuadro con el amarillo, con el rojo, con el violado, con el blanco, con los colores todos de los tejidos, de las grasas, de las entrañas. Cada fibra daba su tono, cada tendón

era una cuerda que, herida sabiamente, hubiese prestado su vibración y su nota para el himno á la gula humana.

La tienda entera, con todo lo que contenia, pasaba á ser propiedad de los recién casados. Era la dote de la novia, hija única.

Cuando el sacerdote llegó formando parte de la comitiva, fué aclamado, en unión de los contratantes, por el corro de gente del barrio que estaba delante de la carnicería esperando este regreso. Estaban las puertas cerradas. Un día como aquel no era de venta. La entrada fué casi triunfal.

Luégo, cerrado de nuevo el establecimiento, cuando pasó el último convidado, la fiesta revistió en un principio un carácter casi fantástico. Se encendieron, para suplir la luz del día, los grandes mecheros de gas, y á su vivísima luz tomaron aspectos extraños las reses muertas, los descuartizados miembros, sobrecargóse lo enrarecido de la atmósfera, en que se respiraban las emanaciones y vahos de la sangre, de las mantecas y el acre olor de los embutidos.

Sobre el blanco mármol, perfectamente limpio, dejaron abrigo y sombreros, y luégo aquel grupo de treinta ó cuarenta personas se dividió, permaneciendo unos en el local de despacho y otros

encaminándose á la trastienda; no era posible otra cosa. El novio compartía con la recién casada la misión de hacer los honores á la concurrencia. Él permaneció en la carnicería propiamente dicha, y ella, con sus amigas, pasó al comedor, sito en la susodicha trastienda. El chocolate se sirvió de esta suerte, con tan peregrina separación de sexos.

El sacerdote fué invitado á irse *con las mujeres*, por considerarlo un puesto de más honor. Había que dispensar algo las estrecheces de la casa. Además, que no se trataba de permanecer allí más que el tiempo preciso para tomar el chocolate. Después sería otro cantar.

Después serían con todos las Ventas del Espiritu Santo, para los menesteres de la comida y el baile al son que tocara el organillo.

— Perdónenme Udş. Yo tomaré el chocolate, y me vuelvo en seguida á casa. Á las Ventas no voy. No estaría bien visto.

Pero todos se opusieron. ¡Pues no faltaba más! ¡El cura que los había casado! Tenía que ir. Bueno que no bailara, por más que nadie había de verlo, que ya estaba todo dispuesto y alquilado el ventorrillo para ellos solos y por toda la tarde. Se le dispensaba de bailar; pero ¿no ir? ¿No comer con ellos? ¡Eso de manera alguna!

Y la novia, que estaba hermosísima, familiarmente se acercó á Román, púsole las manos en las suyas, se las estrechó:

—Vamos, hágalo Ud. por mí. Además, que tengo yo orgullo en que vean que me ha casado un cura como Ud., que es tan reguapo mozo.

Era la franqueza de las hijas del pueblo, llena de inocencia, que no se reserva ningún pensamiento. Además, para la desposada, decirle á Román que era guapo no implicaba malicia. Por eso lo dijo delante del mismo marido. Á Román no se lo decía. Ella misma lo explicó. Era *el cura que los había casado*. ¡Un sacerdote! Nada más.

No hubo medio de resistir.

—Señor cura, no pase Ud. cuidado—dijo la madre de la muchacha.—Usted se viene conmigo. Tomamos una berlina, un simón, y nos vamos *aparte* de la boda. Llegamos antes, y allá los esperamos. Si quiere Ud. que se avise al ama, para que no se ponga de monos.....

—No, gracias, ya está prevenida. El señor colector se encargó de esto;—y luégo añadió:—No tengo ama, es una hermana mía.

—Mejor que mejor.

Y así se hizo. A las doce, á mediodía, par-

tieron para el punto de reunión y lugar de cita el sacerdote y la ex carnicera.

Ésta era lo que se llama jamona, que en punto á hermosura opulenta, sana y no ya bien conservada, sino fresca, podía competir ventajosamente con todas las muchachas de quince á veinte abri-les. Treinta y cinco eran los suyos, sin quitarse ni ponerse, según confesión propia, *porque no había por qué*. ¡No lo había, no! Antes al contrario, el verdadero mérito era tener á los treinta y cinco años limpia y brillante la pupila, la mata de pelo sin una hebra de menos y ninguna plateada, sino todas negras, de un color que, por ser tan intenso, daba reflejos violáceos como el plumaje del cuervo; las rosas de las mejillas (que diría un poeta) sin haberse marchitado aún; la frente serena y tersa, y la bandera de la salud enarbolada á los primeros años, manteniéndose enhiesta todavía en la esbeltez del cuerpo, de gallardas formas, en el seguro andar de hembra garrida, maciza de carne y ágil de miembros.

Á la verdad, que nuestro cura admiraba, sin poderlo evitar, aquellas esculturales curvas que iban á su lado dentro del coche, recuerdo vivo de la Venus Calípiga, y no menos se sorprendía de la alegre charla con que le entretuvo durante el trayecto.

Llegados al ventorrillo, á la media hora escasa reunióseles la boda, que se trasladó allí en dos ómnibus, por fuera todo colores chillones, por dentro todo risas, cantares y regocijo. Dos ómnibus que atronaron la carretera con el cascabeleo de las mulas, levantaron nubes de polvo, rasgaron el aire al restallar los látigos de los mayorales, hicieron correr á todos los pilluelos á los alcances de la trasera y ladrar á cuantos perros salieron al paso; dos ómnibus, en fin, en que parecían ir al encuentro del placer, no los contrayentes de un matrimonio católico, sino la *Locura* y *Baco* á celebrar grandiosamente una mitológica unión de sexualidades divinas, seguidos del brillante cortejo de ninfas, sátiros, faunos y bacantes.

La mesa del banquete, una mesa de cuarenta cubiertos, cubrióse con riquísimos manteles, y se puso al aire libre, dentro de la empalizada del ventorrillo. Formaba un cuadrilátero abierto por un lado; y en el centro se colocó el *tío del piano*, que, en cuanto aparecieron los convidados, acudió á su puesto y recibió á la boda poniendo en juego el manubrio y acometiendo briosamente el aire cancanesco de *Madama Angot*.

No hubo más recepción; y bastó con esta, porque, al oír la música, cada pareja de las que iban

entrando correspondía á la invitación irresistible con no menos denuedo, enlazándose y siguiendo el compás, transformando la cuadrilla de rigodón en polca, que cada cual saltaba más ó menos, según la medida de sus fuerzas.

De la parte de afuera, unos cuantos pobres y algunos pilluelos miraban y comentaban el caso.

— ¡Es una boda! ¡Una boda!

— Dirá *usté* que son unos locos, señor cura, ¿verdá? — exclamó la carnicera; — pero la *juventú*, ¿qué *quiusté*?, se divierte así, sin ofender á *naide*. ¡Cuánto va á que no lo dejan hasta que nos saquen *la paella*!

El sacerdote sonrió.

Las parejas bailaban bajo los árboles. Jamás vió el tonsurado un espectáculo semejante. También el sol contribuyó á la fiesta con un derroche de sus rayos de luz. El tío del manubrio era incansable.

Aquel grupo de hombres y mujeres, abrazados y moviéndose en cadencia á la sombra incierta del follaje, y en cuyo grupo era lo más visible el traje blanco de la desposada, y también lo que más se movía, lo que bailaba más, estremeció de raro modo á nuestro presbítero.

La madre tomó de nuevo la palabra.

— Ya ve *usté*, padre. He querido que la mucha-

cha se casara así, á la antigua usanza. De blanco, que ya no se estila, ni aun entre los de nuestra clase, y no he perdonado ni el azahar. Para eso tengo yo mis motivos... ¿*Usté* me entiende?

La entendía perfectamente; una gran turbación expresó su semblante. No quiso volver á mirar hacia allá, hacia donde estaba el azahar simbólico y la inmaculada blancura, bailando desaforadamente al son de los cancanes de *Madama Angot*.

Apareció por fin la celebrada paella. Quedóse inmóvil el manubrio, y el que lo manejaba se limpió el sudor y fijó sus ojos en la colosal cazuela.

En breve rodearon la mesa los concurrentes.

—¡Padre, *usté* aquí!—gritó la jamona, indicándole un sitio que era evidentemente de preferencia.

Y luégo, con voz más chillona y estridente:

—¡Eh! ¡Tú, muchacha! ¡Al lado del señor cura! El bobalicón de tu marido junto á mí.

Fué la comida de boda un recuerdo de la de Camacho el rico. Y tuvo, como la descrita por Cervantes, algo de patriarcal en sus incidentes,

en la bulliciosa expansión que expresaban los rostros, en la caridad que de las sobras abundantísimas se hizo á los pobres y en el regocijo con que palpitaban los corazones.

La desposada, sentada junto al cura, obsequiosa con Román, miraba de intenso modo al primer cortador, enfrente de ella y al lado de su madre. Éste era un mocetón fornido, con la belleza del Hércules Farnesio en los músculos y la del tipo casi muzárabe en el rostro. De vez en cuando mostraba inquietud, moviéndose en la silla, y ella y él lanzaban á lo mejor una carcajada ruidosa en que vibraban todas las sonoridades de la dicha. Conocíase que por debajo de la mesa los pies se acariciaban. Esto excitaba á todo el mundo. La boda fué tal, que podría describirse casi con la misma pluma de Longo:

«Viendo Dionisofanes que el tiempo era excelente, mandó aderezar lechos de verdes hojas en la gruta, donde se reclinaron los rústicos para gozar de espléndido banquete. Asistieron Lamón y Mirtale, Dryas y Napé, los parientes de Dorcón, Filetas y sus hijos, Cromis y Lycenia. Y como la fiesta era de rústicos, todo allí fué al uso campesino y labriego. Cantaron unos el cantar de los segadores; otros hicieron las farsas y bur-las que suelen hacerse cuando la vendimia; Fi-

letas tocó la zampoña, Lampis tocó el clarinete, Dryas y Lamón bailaron; Dafnis y Cloe no dejaron de besarse..... Por lo pronto, llegada la noche, cuantos estaban allí llevaron á los novios al tálamo. Cerca ya de la cámara nupcial, la comitiva cantó de Himeneo con voz tan áspera y desacorde, que no parecía que cantaban, sino que arañaban pedruscos con almocafres.

»Dafnis y Cloe, á pesar de la música, se acostaron juntos desnudos; allí se abrazaron y se besaron, sin pegar los ojos en toda la noche, como lechuzas. Y Dafnis hizo á Cloe lo que le había enseñado Lycenia; y Cloe conoció por primera vez que todo lo hecho antes entre las matas y en la gruta no era más que simplicidad ó niñería.»

De aquí el desorden en que Román regresó á su casa.

El espectáculo á que asistió no era para el célibe de aquellos que facilmente se borran de la memoria y que acabados de ver se olvidan; antes bien conservaba las imágenes su retina con exactitud, de tal suerte, que, cerrando los párpados, tornaba á ver las danzas bajo los árbo-

les, la comida campestre, la mesa puesta al aire libre, la hermosa desposada mirando al esposo elegido; en sus oídos persistían las carcajadas, los gritos, y, dominándolo todo, las notas del organillo repitiendo automáticamente el canción de *Madama Angot*, cuya letra no conocía, pero que le sonaba á disputa entre dos bacantes por la posesión de un gallardo mancebo.

Encerrado en su cuarto, meditó con perfecta claridad de juicio, hasta entonces no apercebida.

¡Sí! No tiene derecho ninguna religión del mundo, ni siquiera la verdadera, de que él era ministro, para mandar en contra del precepto divino, general á todos los hombres: «Creced y multiplicaos y poblad la tierra.» Los sacerdotes hijos de Aarón recibieron de Jehová, por conducto de Moisés, este mismo mandato. Dios no podía querer el celibato eclesiástico. Tenía razón D. Fermín. La Iglesia, los concilios, decretando lo contrario de la ley mosaica, daban lugar al concubinato. Además, en algunas regiones de la misma católica España, este concubinato estaba impuesto por la ley. D. Fermín le había enterado de aquello. En la foral de Vizcaya se decreta terminantemente: «El cura tendrá su barragana,

para la seguridad de las nuestras mujeres.»
Textual. ¡Aquello era textual, y el texto le parecía sabiamente expresado!

Gracia ponía la mesa para la cena. Recobrada su alegría, cantaba. Las notas de la copla popular aragonesa resonaban otra vez en toda la casa. Oyó abrir la puerta de la sala.

—¿Está la cena?

—Ya puedes venir; ya está—contestó gritando.

Y se presentó Román en el comedor. Sentados uno frente á otro, mientras comían, el sacerdote contó los sucesos de la boda. Gracia escuchaba sonriendo y mirándole á los ojos.

—¿Conque te has divertido? ¿Tan alegres estaban? Debe ser muy hermoso casarse. Sobre todo para los que se quieren.

Con esta última observación ambos callaron, dejaron de mirarse, y la cena terminó en silencio. Levantó la aragonesa los manteles y esperó.

—¿Quieres leer? ¿Quieres que traiga el libro de *Santa Teresa* ó la *Imitación*?

Román tuvo una última resistencia ante el pecado, al cual aquella soledad era propicia.

—No—dijo.—Llama á los vecinos. Haremos tertulia, como todas las noches. Puede que se hayan incomodado.

Ella hizo un delicioso mohín de desagrado, y

llegó á tener bastante atrevimiento para insinuar:

—Es que.... como dijiste que teníamos que hablar.

—¡No, no! Mañana, de día. ¡Esta noche no! No corre prisa.

Gracia, lanzando un suspiro, llegóse á la ventana del patio para avisar al colector, y á poco entraban de nuevo los desterrados tío y sobrina.

—¿Se acabó ya el secreto?—fué la primera pregunta de D. Fermín.

—¡Oh! No ha querido decírmelo—replicó la aragonesa, produciendo con esta declaración gesto de rabiosa contrariedad en sus dos oyentes, á cuyo gesto siguió un redoblado disimulo.

Bien pronto pudo convencerse el cura concubinario de que la partida aplazada por Román no estaba perdida, ni mucho menos. Bastóle ver la cara del presbítero para comprender en su expresión que luchaba desesperadamente, agotando sus últimas fuerzas. Era preciso ayudar algo. Allí estaba Anita dispuesta á secundarle en cualquier campaña de este género.

Cambiaron un guiño de inteligencia, y empezaron una maniobra especialísima. Era preciso avivar el fuego. Palabras de doble sentido, miradas apasionadas, pellizcos de la andaluza, gestos picarescos de la sacerdotal cara de sátiro, de todo

eso hubo entre el colector y la sobrina durante la velada y en el curso de la conversación. Pusieron de relieve ante los ojos de Román y Gracia las menudencias externas de la lascivia.

Los dos hermanos aparentaban no ver los ademanes provocativos y nada equívocos de la pareja; pero los ojos de uno y otro brillaban con insólito fulgor, las mejillas se arrebatan de calor, y luégo, allí en la mesa, durante la partida de brisca, hasta la misma colocación y sitios ocupados hicieron que Gracia y Román se hallaran sentados uno junto á otro, rozándose los cuerpos á cada movimiento. Anita, fingiendo repentinos enternecimientos, abalanzábase á estrechar el talle de su amiga, abrazábala frenéticamente, la besaba.

Al dar las once, á Román le zumbaban los oídos; y cuando se despidieron de los dos hermanos, éstos balbuceaban las frases de despedida con más trabajo que si el colector hubiese vertido en los labios de uno y otro, por partes iguales, el contenido de una de sus lacradas de burdeos.

Palpitante el corazón, respirando cortamente, trémulo el labio, la virgen aragonesa no se atrevía á moverse del sitio en que quedó de pie en

el comedor. Temía que un solo ademán, que el más ligero gesto la arrojara así, loca de amor, en los brazos de *él*, que estaba allí, de pie también, no menos inmóvil.

El sacerdote se repuso primero.

—Es hora ya de acostarse, Gracia.

—Sí, es hora.

Con una costumbre había que cumplir, costumbre de todas las noches, y ante cuyo cumplimiento los dos retrocedían, en aquella tremenda hora en que con tanto trastorno se les embargaba el espíritu.

¡El beso fraternal de despedida! ¡Oh! ¡Si se besaban!, ¿qué iba á pasar?

—Buenas noches, Gracia.

—Buenas noches, Román.

Se lo dijeron volviéndose la espalda, separándose merced á un esfuerzo sobrehumano, y dirigiendo rápido el paso cada cual á su respectiva habitación.

Dijérase que el mísero pecador se ponía en salvo. Hasta entonces el triunfo era suyo. ¡Suyo!

Sin duda esta resolución dióles tal confianza en su mutua virtud, que las puertas de la sala y el gabinete quedaron abiertas.

XV

Román estaba acostado y despierto; desde allí oía la respiración, primero anhelosa y luégo gradualmente más tranquila, de Gracia, que había concluído por dormirse.

El sacerdote recordaba, sin saber por qué, sus disputas filosóficas con el colector, y le parecía oír la chillona voz del médico que asistió á su hermana en el primer ataque. Luégo aquellos dos enemigos se unían en una voz sola, y parecían hablarle en lo oscuro de la noche un dúo recitado.

—¡Sacerdote imbécil! ¡Teólogo soberbio primero, después espiritualista, racional ó ecléctico, mira adónde has ido á parar y el abismo en que has caído! Tu filosofía es hoy, esta noche, aquella que se nutrió con el espíritu del siglo diez y ocho: perteneces á la escuela triunfante en el Directorio, y poderosa bajo el Imperio, del que se

hizo esclava. Escucha el análisis á lo D. Fermín. Punto de partida, *la sensación*.

Y Román repitió placenteramente :

—¡ LA SENSACIÓN !

Las voces unidas siguieron diciendo con el tono campanudo de los catedráticos rutinarios :

—Doctrinas metafísicas. La escuela de la sensación no admite, no puede ni debe admitir filosóficamente, ninguna de las nociones que se relacionan con el alma y con los actos internos. La materia y las cosas físicas, los cuerpos y sus cualidades, eso es lo que analiza. Fuera de esto, el hombre no sabe nada. La naturaleza es su todo. Puede analizarla, someterla al escalpelo, sondarla, medirla, pesarla, calcular sus leyes; pero nada más; no puede penetrar hasta la fuerza viva : el alma no la concibe, no tiene datos que la revelen. No existe.

—¡No existe el alma!—comentó Román nuevamente.

—¿Qué es Dios para los que sólo conciben la extensión? La extensión únicamente. Pero una vez admitido, ó bien no es más que un todo, una vasta y plena existencia, el gran cuerpo único cuyos pretendidos individuos no son sino miembros de él ó modos de ser suyos (y este es el materialismo panteísta), ó, por lo contrario, es

múltiple y se resuelve en una multitud de seres que existen todos aparte (y este es el politeísmo infinito, el atomismo de Epicuro).

—¿Seré yo Dios?— se preguntó el sin ventura.

—Doctrinas morales: el fin moral del hombre es la materia, su cuerpo, y para éste todo lo que puede interesar el bienestar suyo; los órganos con las cosas que los benefician ó los perjudican, todo esto es á lo que debe atender únicamente. Gozar sin más límites que los que impone el instinto de propia conservación; estudiar sin peligrosa afición el universo físico y sus leyes, porque la ciencia produce nuevos goces: esa es la virtud. En cuanto á las tendencias políticas de esta escuela, cuando es consecuente, circunscribe las á la utilidad sensible como fin. No cree en ningún otro interés. Gusta del orden, porque aborrece el peligro y la miseria, pero el orden, sea cual fuere, con tal que garantice á los individuos el único derecho que les reconoce: el de vivir y de gozar. Prefiere la libertad, pero no hace ascos al despotismo. En estética, sus tendencias son estas: lo bello no es nada espiritual, divino ó íntimo; es la materia produciendo halago de un sentido ó de todos á la vez, si es posible; el espíritu no tiene relación con estas maravillas. La poesía no es más que una sensación exquisita, una delicadeza de los senti-

dos, un arte de la vista y del oído : canta el mundo visible, los *tres reinos de la naturaleza*; pero el mundo invisible no lo comprende, y para el hombre desheredado de todo ideal, la naturaleza pierde el carácter simbólico.

—¿Luego eso soy yo? ¿Eso he llegado á ser?— dijo el alucinado sin mostrar enojo. —¡Eso!..... Y ¿qué es eso? ¿Qué soy yo?

—¡*Sensualista!*—contestó una sola de las voces que creía oír, la del colector.

La voz chillona del médico dijo otra cosa.

—¡Serás satiriaco! ¡Tu enfermedad empieza!

¡Cómo! ¿El celibato eclesiástico podía cambiar, no solamente las ideas filosóficas, sino que también el organismo? ¿Llevar desde el espiritualismo al sensualismo, y desde la salud á la enfermedad? ¿Luego D. Fermín y Anita?..... Recordó su pasado casi como se recuerda la vida al sentir la muerte. Su infancia en Tudela, sus correrías, saltos y juegos, oreándose en las libres llanuras, en plena naturaleza. ¡Él era así! El hombre del campo; su destino, el pastoreo patriarcal de Abraham, la cacería de Nemrod ó la agricultura de Booz, pero jamás, jamás el sacerdocio. ¡Ay mísero! Llegó á figurarse cómodo y fácil lo mismo que Jesús señaló de difícil cumplimiento. «Porque hay eunucos que nacieron así del vien-

tre de su madre, y otros que se hicieron á sí mismos eunucos por causa del reino de los cielos. *El que pueda ser capaz de eso, séalo.*» ¡Él no lo era! ¡Primero la muerte! ¡primero la mancilla! ¡La excomunión, la privación de beneficio y deposición! ¡El incesto! ¡Gracia! ¡Estaba oyendo la respiración de Gracia!

¡Aquello le atraía!

Se levantó, puso en el suelo sus pies desnudos, recorrió la sala; ¡no más sufrir! Al pasar junto al altar de la Virgen, tentado estuvo á derribarla. Las puertas de comunicación estaban abiertas. Desnudo y descalzo penetró en el gabinete.

¡Cosa extraña! Gracia, que dormía siempre dejando encendida delante del Niño Jesús la lamparilla de aceite, aquella noche habíase quedado á oscuras. ¡Á oscuras! ¿Y por qué? ¡No! El no quería la oscuridad ni las tinieblas. No sentía ya sino que el sol no pudiera con su claridad dejarle ver lo que iba á realizar.

Llegó á la cama de matrimonio donde reposaba la doncella. ¡La cama de sus padres! En aquel momento vino á su memoria lo mismo que quisieron modular los labios el día en que dijo su primera misa. Levantó el embozo que ocultaba el cuerpo de la virgen:

«Prendiste mi corazón, hermana, esposa mía: has preso mi corazón con tus ojos.

»¡Cuán hermosos son tus amores, hermana, esposa mía! Panal de miel destilan tus labios: miel y leche hay debajo de tu lengua; y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano.

»Huerto eres cerrado, hermana, esposa mía: fuente cerrada, fuente sellada.»

Luégo se acercó más, extendió las manos para tocar con ellas las curvas jóvenes del cuerpo tendido. Repitió mentalmente:

«Cuán hermosos son tus pies, ¡oh hija de príncipe! Los contornos de tus muslos son como joyas, obra de mano de excelente maestro.

»Tu ombligo, una taza redonda que no le falta bebida.

»Tu vientre, como montón de trigo cercado de lirios.

»Tus dos pechos, como dos cabritos mellizos de gama.

»Tu cuello, como torre de marfil: tus ojos, como las pesqueras de Hesbón junto á la puerta de Bath-rabbim: tu nariz, como la torre del Líbano que mira hacia Damasco.

»Tu cabeza encima de ti, como el Carmelo: y el cabello de tu cabeza, como la púrpura del rey ligada en los corredores.

»¡Qué hermosa eres y cuán suave, oh amor delectoso!

»¡Y tu estatura es semejante á la palma, y tus pechos á los racimos!»

De un solo salto cayó sobre ella. Gracia despertó en los brazos de su hermano. No hubo resistencia ni susto.

—¿Eres tú, Román?

—Yo soy.

Entonces en la oscuridad sonrió. Devolvió las caricias. ¿Por qué ni para qué había de extrañar aquello?

Lo esperaba.

FIN DE LA NOVELA

APÉNDICE

APÉNDICE

VOSOTROS Y YO

CON EL CURA empiezo una nueva serie de estudios dedicados á combatir el celibato eclesiástico en lo que tiene de peligroso y bajo el punto de vista médico-social.

Ante todo debo decir que la novela que ha dado en llamarse *transcendental* no es del mismo género que la novela naturalista, en la cual toda enseñanza se reduce á un experimento. EL CURA, acaso por excepción, que se desprende y deduce del asunto mismo en ella tratado, al mostrar la llaga, muestra también el remedio.

Pero es que el remedio lo da la misma naturaleza, mientras que la llaga se debe al artificio. Es que cuando un daño estriba en cosa tan sencillísima como esta, puede desaparecer con cualquier medicina casera. Mejor aún : cuando la desgracia que persigue á un individuo ó á una

sociedad está basada en un absurdo, en una inverosimilitud, el sentido común basta para hacer que desaparezca. Es que no se trata de organismos viciados fatalmente, sino de necesidades no satisfechas, que, por ende, vician y desequilibran los organismos. Es que la vida de un hambriento no se escribe más que relatando sus hambres, y se deduce de ello una perogrullada como enseñanza : que si aquel hombre comiera, no se moriría.

Este es el caso del sacerdote célibe, que vive entre nosotros disimulando su apetito, y que no llega á morir, porque come en secreto.

Siempre me pareció un ataque que no hería la acusación vulgar de concubinato hecha á los curas por los libre-pensadores.

Ni sé cómo se puede pensar libremente, y pensar esto.

Lo que se debe decir, mientras el celibato subsista, es que todo sacerdote concubinario es un hombre honrado. Todo sacerdote que tiene mancha irá en contra de lo decretado por la Iglesia, pero es en aquella parte en que la Iglesia decreta la guerra á la sociedad y á la familia, menosprecia lo infalible de la ciencia y ataca á la razón natural.

De aquí mi deseo de estudiar el asunto y rela-

tar en todo su desarrollo el absurdo con las consecuencias á que da lugar.

Mr. Émile Zola tuvo sin duda igual propósito al escribir una de sus más admirables novelas: *La Faute de l'abbé Mouret*. Pero, en mi opinión, el maestro no desplegó en esta obra toda la fuerza que caracteriza sus ataques.

El cura peca, pero hay circunstancias atenuantes cuando comete el llamado delito de la carne. Mouret, á consecuencia de una grave enfermedad, pierde toda memoria de su estado eclesiástico, y Zola desarrolla una hermosísima sucesión de escenas paradisiacas, en que el sacerdote y la mujer aparecen en verdadero estado de inocencia, como Adán y Eva, y llegan gradualmente al pecado original.

Esto es bello, pero excepcional. Se peca por ignorancia, y no llega á saberse lo que la voluntad tiene de fuerza, ni se ve la lucha entre el mandato de los concilios y las ineludibles órdenes de la naturaleza.

Era preciso que el *delicta carnis* se cometiera en pleno uso de todas las facultades, teniendo el hombre conciencia de sus actos y obedeciendo al determinismo. Me decidí por ello á intentar la empresa. EL CURA está escrito con este propósito. Vi luégo más amplios horizontes, consecuencias

de los mismos hechos que en EL CURA se realizan, y, para su desarrollo, concebí la serie precisa de que es este libro la primera novela.

Á EL CURA seguirán, pues, *El Confesonario* y *La Monja*, así como á *La Prostituta* siguieron *La Pálida* y *La Buscona*. Todos estos libros, escritos acaso con menos detenimiento del que la alteza de sus asuntos precisa, me enorgullecen, sin embargo, porque con ellos y por ellos se logró que fuera más agitado y vivo el movimiento de lucha entre la secta romántica y el proceder naturalista.

El naturalismo había ido en España á los ateneos antes de tiempo, y no se encontraba cómodo en las posturas académicas á que en algunos libros lo condenan á mostrarse escritores que deben ser tachados como eclécticos en este punto; necesario fué sacarlo de los cómodos sillones de terciopelo, desencadenarlo de las atildadas plumas que lo sujetaban y hacer que recuperase su verdadero carácter revolucionario. Para crecer tiene que luchar en las calles, ganar primero la opinión del pueblo, ser un héroe popular; su sitio no es la academia todavía. Es algo mejor que esto. La barricada. Y á la barricada

fué conmigo, y en ella sigue hasta obtener el triunfo.

Pero ha sucedido una cosa que he de mencionar, aunque no me extraña.

La novela española renacía, según la opinión de cuantos forman juicios por la cantidad, aprecio más fácil de hacer que el del mérito intrínseco de los objetos. En los escaparates de los librereros no se llenaban de polvo las cubiertas de los libros escritos en castellano. Y cada quincena ó cada mes se publicaba una obra nueva. ¡Qué de plácemes! ¡Cuántas enhorabuenas! ¡Era de ver á los novelistas recibiendo apretones de manos de los críticos! «Adelante, adelante, esto es hecho; estamos en un hermoso período de renacimiento.» Y se hablaba de Valera, de Castro y Serrano, de Alarcón, y de todos se apreciaba con la misma frase la misma cualidad. *El estilo*. En cada uno de ellos, el estilo tuvo también igual adjetivo. *Inimitable*. ¡Inimitable! Pero ¿qué mayor imitación puede existir que la de ser todos estilistas y no poder elogiar en ellos otra cosa? ¿El estilo es acaso fundamental en la novela? No lo es; pero precisaba decir y probar de alguna manera la peregrina afirmación del *renacimiento*. Y aquí, en España, donde el estilo es cosa tan corriente en el escritor como el valor en el soldado, cau-

saba pasmo y maravilla *el estilo inimitable* de Valera, de Alarcón, de Selgas y de qué sé yo cuántos más.

Con uno de estos autores tuve años hace, aunque no muchos, una conversación, que más que todas sus obras me dejó maravillado. Fué con motivo de la publicación de una novela y del juicio crítico que escribí acerca de ella. Mis apreciaciones, nada lisonjeras, no hubieron de gustarle.

—«Desengáñese Ud.—me dijo;—yo sé perfectamente lo que hago y por qué lo hago. Podría hacer lo contrario; pero no quiero seguir las corrientes nuevas que han venido con vientos de Francia. No quiero hacer literatura pesimista. No quiero pintar fealdades. Y no quiero, en una palabra, escribir para *los tíos*, entendiendo yo por *tíos* á la clase popular.»

—«Es Ud. un buen hombre y un ciudadano pacífico,»—estuve á punto de contestarle; pero no me dió tiempo, porque inmediatamente añadió:

—«Por lo demás, no hará Ud. muchas críticas acerca de mis producciones. No pienso escribir nada nuevo. Publicaré la reimpresión de mis obras en colección completa, y con ello me daré por satisfecho. Después de todo, me queda un orgullo. Gracias á mí se lee la novela española, cosa

que no sucedía antes. Pregunte Ud. á los librerros. Antes no entraban en la tienda los lacayos de las duquesas, las doncellas de labor, los ayudas de cámara más que con la orden expresa de comprar una *novela francesa*. Ahora compran las nuestras, y les gustan más. ¿No es esto un triunfo? ¿No es esto, en contra de cuanto Ud. pueda decir, *un renacimiento?* »

Le di la razón, y de buena gana le hubiera dado las gracias; porque, sin querer y sin saberlo, ponía en mi poder la clave del *hermoso período de renacimiento*, frase que repetía, porque días pasados dió el encargo de escribirla al crítico *Luis Alfonso*.

Estaba, en efecto, renaciendo una literatura. *La Pródiga, El Escándalo, Pepita Jiménez, El doctor Faustino, Doña Luz, El Niño de la Bola, López y su mujer*, ¡qué hermosos libros de *bou-doir!* ¡qué ejemplares tan preciosos de la literatura para las damas! ¡Juan Valera proclamando en uno de sus estudios críticos las excelencias de *la novela bonita!* Frontaura escribiendo *Las Tiendas* dió la nota justa. ¡Alarcón hablando del Niño Jesús y diciendo que tiene mucho talento el padre Manrique! ¡Las duquesas, las generalas,

retratadas en miniatura sobre marfil! ¡ya lo creo!
¡Renacimiento indudable!

Mujeres y hombres no se encontrarán en las páginas de esos libros, no tienen humanidad; pero, en cambio, ¡qué atildados figurines! ¡Qué bien visten, qué aire tan distinguido, qué modales! Cada personaje, antes de presentarse en escena ó en capítulo, repasa el *Manual de educación y buena crianza*. Es una literatura de frac inaguantable; y mucho menos se puede tolerar, si se atiende á que, con el más ligero descuido, el autor pretende que sus personajes en traje de etiqueta parezcan condes y duques, y al lector le resultan camareros de fonda que representan en un teatro de aficionados una de las comedias de Blasco. Estas son, pues, las novelas de ese renacimiento en punto á estudio de caracteres. Pasemos ahora á la descripción.

En esto hay ya un género también común á muchos de esos *inimitables*.

La novela bonita, después de serias reflexiones acerca de ello, decidió por unanimidad que la región más adecuada para el desarrollo de tantas preciosidades era, y no podía ser otra, que la región andaluza.

Todo es andaluz, desde el autor hasta el editor muchas veces. Montañas de Sierra Morena; per-

sonajes granadinos ó gaditanos; los árboles son naranjos; los caballos cordobeses; el cielo azul, sin una nube; las noches serenas y estrelladas; óyese de vez en cuando la copla de malagueñas, el rasgueo de la guitarra; esto, ¿quién lo ha de negar?, es el mejor medio ambiente para la novela bonita. Se habla en ella de las batatas en dulce que hacen en Granada; de las yemas que hacen en Sevilla las monjas de San Leandro; yo no sé cuántas tacillas de almíbar toman los personajes durante su vida, y es incalculable el número de merengues que se come de una sentada la protagonista. Dicho está que, con este género de alimentación, el amor es no menos empalagoso, y que la gratitud á las monjas confiteras hace que hombres y mujeres sean perfectamente católicos apostólicos romanos.

En cuanto al desarrollo del plan, también obedece á procedimientos no menos peregrinos. El *argumento* lo es todo, como lo es asimismo la retórica y la gramática. El autor se da de calabazadas para ajustarse á las tres divisiones: *exposición, nudo y desenlace*. De la exposición ya he dicho en qué consiste. El nudo y el desenlace, tal como lo conciben los novelistas del renacimiento, merece los lauros de la inmortalidad. Léase cualquiera de las obras cuyos títulos hemos citado. Á

poca reflexión se comprende que el procedimiento del autor es el mismo que debió presidir á todas esas grandes invenciones que hacen fortuna en tiempos de feria: esos rompecabezas, encanto de los niños que tienen aptitud para las matemáticas, á juicio de los autores de sus días. *La cuestión de los quince*, *El nudo gordiano*, *Las bolas chinas* y otra porción de juguetes por el estilo. Es un enredijo de alambres y de hilos (los hilos de la trama), con el cual, dejando la costura á un lado y dando paz á los frascos de tocador, pueden entretener las damas sus ratos de ocio; la novela bonita adquiere entre ellas otra cualidad, y pasa á ser lectura *interesante*.

Hay otra urgencia y otro requisito que importa en grado sumo para esta literatura. La moral, el caballo de batalla con que se presentan á combatir contra el naturalismo.

La moral romántica tiene también su receta, y es también un frasco *de venta en todas las perfumerías*.

Primer componente: la virtud triunfante y el vicio vencido y muerto á sus pies; algo así como la imagen de San Miguel y el diablo.

Segundo: los buenos se casan al final de la obra, como sucede en el teatro. Mézclese para tomar en papeles á la hora de acostarse los veci-

nos honrados con las vecinas de igual índole.

Como se ve, no puede darse nada más sencillo ni cómodo. Cuando los protagonistas están sobradamente excitados de sentimiento y de sentidos, cuando van á pecar, cambia la decoración; la escena representa una iglesia; aparece el cura, y los casa. *Ego vos in matrimonium conjungo*, que diría Román, nuestro presbítero liturgista. La duquesa cierra el libro y dice á su vez en francés: *Tout est pour le mieux*, esperando la hora de las doce, hora de las apariciones y de los amantes.

En la novela bonita, todo es así, y, por tanto, los novelistas de este género han llegado á figurarse que no podía ser de otra suerte. Suele acontecer que el autor se equivoca y casa á una niña boba con un canalla, como sucede en *El Escándalo*; pero esto, en las obras del Sr. Alarcón, es cosa corriente. El protagonista resulta otro canalla en *La Pródiga*, y ambos lo son en contra de las intenciones del autor; porque el literato granadino no domina á sus personajes, acaso porque no penetra en ellos, y los personajes, por el contrario, lo dominan y llevan por donde quieren.

Luégo existe una perfecta monotonía, que resulta tanto de la poca humanidad de los tipos pre-

sentados como de ser los mismos con distintos nombres. Los personajes del Sr. Valera son autómatas de ventrilocuo, que dicen de memoria una porción de enredijos filosóficos: no se ve que mueva los labios el ilustre académico, pero se oye su voz; él es el que habla, aunque trate de disimularlo.

El Sr. Alarcón es el campeón de la moral casera. Puede decir, como en la sátira de Boileau: *Aimez-vous la morale? On en a mis partout*. Y con este amor va unido, en el autor de *El Sombrero de tres picos*, el ferviente y decidido propósito de escribir *la novela de enseñanza*, el género transcendental. Todos sus libros tienen un propósito social. *La Pródiga*, por ejemplo, pudiera titularse: «*De cómo la felicidad y el amor no pueden existir más que en el matrimonio cristiano, y funestas consecuencias á que conduce el concubinato.*» *El Escándalo* llevaría este otro título: «*Sólo Dios es grande, y los jesuitas sus profetas.*» Y así sucesivamente.

A nadie mejor que al voluntario de la guerra de África pudieran aplicarse las frases de d'Haussonville: «No detesto la moral, consiento en tomarla á grandes dosis; pero quiero que me la sirvan en su tiempo y lugar, y cuento con Ud., caballero, para combatir conmigo, si es preciso, contra los

torpes que, so pretexto de innovación, tratan de llevar el sermón á la literatura; pues, en cuanto á mí, dejaría que los padres de familia llevasen á sus hijas al teatro, para ver las obras de Molière, aunque estén expuestas á oír palabras un poco crudas, hoy rechazadas por la hipocresía de nuestro lenguaje moderno. He conocido, en cambio, madre que de buen grado hubiese hecho salir á sus hijas del templo, para evitarlas otras lecciones que se declamaban desde lo alto de la cátedra del Espíritu Santo.»

Hé aquí retratada la morai del Sr. Alarcón de cuerpo entero.

Nadie como este campeón de la virtud sabe dar con mayor colorido la nota pornográfica.

No presenta el vicio repugnante, no, sino amable en grado sumo; lo viste de raso, lo rocía de perfumes, lo rodea de riquezas; sus hembras prostituidas, como la generala de *El Escándalo*, y *La Pródiga* misma, ya he dicho que no son obras de arte, que no tienen la naturaleza humana, que son figurines de *La Moda Elegante*; pero tienen mucho de parecido con esas fotografías francesas de tanta venta entre la senil lujuria. Se complace y se esmera en prestarles todo género de perfecciones, no sólo físicas, sino intelectuales y hasta de sentimiento, y en esto estriba la enseñanza

moral; porque después, una pobre muchacha, menos hermosa, con menos talento, armada solamente con su virtud, les quita el amante y lo hace un modelo de maridos. Todas las demostraciones del ilustre académico son por el estilo. Es preciso creerle bajo su palabra.

En *La Pródiga* es peregrina la manera de probar aquello de *las funestas consecuencias del concubinato*.

El autor coloca á los dos personajes amancebados viviendo en un caserío cercano á uno de esos pueblos donde, según mi amigo el Sr. Campoamor,

«á falta de vecinos y vecinas,
circulan por las calles las gallinas,»

se acuestan á las nueve de la noche, no saben qué hacer en las veinticuatro horas del día, la existencia es un bostezo, y el Sr. Alarcón exclama triunfalmente: primera consecuencia funesta, *el hastío*.

Para completar su razonamiento fáltale al novelista, á mi modo de ver, concebir y parir otro libro titulado, por ejemplo, *La Economía doméstica*, cuyos dos protagonistas, casados *por lo eclesiástico*, vivan en París y les falte el tiempo

para divertirse, con lo cual todos los concubiniarios quedarán derrotados y convencidos. ¿Es esto serio? Por lo demás, ya lo hemos dicho: el voluntario de la guerra de África se complace en dotar de cuantas perfecciones puede idear la fantasía el cuerpo, la inteligencia y el sentimiento de cada una de las pecadoras. Bien es cierto que, al obrar así, el autor de *El Escándalo* y *El Niño de la Bola* obedece á otro rito de la novela espiritualista. En la humanidad, el literato debe escoger para sus creaciones todo lo que es bueno y todo lo que es bello, desechando lo malo y lo feo. Sistema: pecadoras y pecadores hermosísimos; los hombres, Antinoos; las mujeres, Venus. Luégo los virtuosos, también de facciones regulares, y el conjunto, la *novela bonita* de que nos habla el Sr. D. Juan Valera.

Por aquello de que «á falta de pan, buenas son tortas,» esta literatura insustancial púsose á la venta. Cada libro nuevo tenía, al decir de sus panegiristas, un éxito fabuloso. Pero el secreto de las librerías era muy transparente. No había miles de ejemplares agotados al aparecer una producción. Llegaron á poner una pica en Flandes consiguiendo, á fuerza de reclamo y cartel de todo género, que el público consumiera cuatro ó seis mil ejemplares entre los lectores de toda la

Península, de nuestras colonias y de un continente casi entero que en el sur de América y en Méjico habla el castellano.

Entre tanto las novelas del Sr. Pérez Galdós, mejores que éstas bajo todos los conceptos de verdad, bondad y belleza, vendíanse por los cafés. ¿Por qué? Por sencillísimas razones. Porque el autor de los *Episodios Nacionales*, de *Gloria*, de *Doña Perfecta*, de *La familia de León Roch*, ó mucho me equivoco, ó sabe andar mejor por las bibliotecas que por los salones aristocráticos; acaso por disgusto de la política permanece alejado igualmente de todos los partidos, y no se preocupa de otra cosa que de estudiar la naturaleza, trasladándola á sus libros con toda la intensidad que puede.

Sucedió, pues, lo que era lógico: el público, el verdadero público, hizo su elección, y quedaron los unos en el *boudoir* y los otros en el estante de los hombres pensadores. Pérez Galdós ocupó su puesto en los escaparates de las librerías, en primera fila. Y con él y como él, todos los que seguían escribiendo sin acordarse de que hay duquesas en este valle de lágrimas, ni de que existe Andalucía, y sonriendo, por añadidura,

cuando les recordaban los preceptos de la moral, tan extrañamente puestos en práctica literaria por la escuela ó secta espiritualista.

Así las cosas, un poco de pólvora bastaba para que estallase la mina, y yo me encargué de este cometido. *La Prostituta* motivó la explosión. ¡*La Prostituta!* Esa sí que no era una novela bonita. ¡Cómo! ¿Había en España una pluma que no presentaba el vicio hermosado, galante, lleno de perfumes, sino con toda su repugnancia? ¡Abominación! Las clases conservadoras tuvieron un gobernador que se prestó á denunciar el libro. Fuí procesado.

Un trasnochador me dijo en la calle : «Si yo fuera juez, no dude Ud. de la sentencia condenatoria.»

Con mi libro había una porción de gentes abofeteadas y heridas. Todas se pusieron en mi contra, como es natural. La lucha fué reñida, y la novela recorrió todas las instancias; cayendo en unas, levantándose en otras, fué sucesivamente absuelta y condenada. Cerca de un año duró este vía crucis, hasta llegar al Tribunal Supremo, donde obtuvo la absolución *libre*. El naturalismo no puede ser una literatura prohibida. ¡Qué derrota!

Hé aquí la sentencia en que se establece esta importantísima jurisprudencia:

«En la villa y corte de Madrid, á 19 de Junio de 1885, en el recurso de casación por infracción de ley, que ante nos pende, interpuesto por don Eduardo López Bago, contra sentencia del juzgado de instrucción del distrito del Hospital de Madrid en el juicio de faltas por ofensas á la moral. Resultando que dicho juzgado dictó sentencia en 26 de Enero último, en la que consignó los hechos en los siguientes resultandos: 1.º Que, en virtud de comunicación del gobierno civil de la provincia, fecha 16 de Octubre próximo pasado, se puso en conocimiento del juez de instrucción del distrito del Hospital el hecho de haber publicado D. Eduardo López Bago una novela titulada *La Prostituta* contraria á la moral y á la decencia pública, á juicio de dicha autoridad, y que, incoada causa criminal, se sobreseyó libremente en la misma por auto de la Audiencia del distrito, fecha 12 de Diciembre último, por el cual se ordenó se remitieran los autos á este juzgado municipal por si el hecho denunciado pudiera constituir falta. 2.º Que, recibidos en este juzgado los autos de que se hace mención en el resultando anterior, en unión de 19 ejemplares de la obra denunciada, y citado el autor de ésta á juicio de faltas, así como el señor fiscal municipal, tuvo aquél lugar, ratificándose el denun-

ciado en la declaración que tenía prestada ante el juzgado instructor del distrito. 3.º Que en el libro titulado *La Prostituta*, al describir de una manera detenida y minuciosa la vida de la mujer pública, se presentan cuadros tan repugnantes como los que forman los capítulos 1.º, 2.º, 5.º, 6.º, 9.º, 10.º, 11.º y 12.º, todos ellos redactados bajo el plan de no perdonar idea lúbrica ni frase obscena, como puede apreciarse á la más ligera lectura de las páginas 7, 8, 14, 16, 19, 20, 27, 34, 35, 44, 97, 98, 99, 197, 213, 214, 218 y 227, en las cuales se ofende la decencia pública: hechos probados. Resultando que, calificados los hechos expuestos como constitutivos de una falta prevista y penada en el artículo 584, número 4.º, del Código penal, de la que aparecía autor D. Eduardo López Bago, el repetido juzgado, revocando la sentencia del inferior, le condenó en 125 pesetas de multa y costas y secuestro de los ejemplares del libro. Resultando que contra la anterior sentencia se ha interpuesto, á nombre de D. Eduardo López Bago, recurso de casación por infracción de ley, autorizado por los casos 1.º y 6.º del artículo 849 de la de Enjuiciamiento criminal, citando como infringidos: 1.º El artículo 584, caso 4.º, del Código penal, por su indebida aplicación, puesto que los hechos que han dado lugar

á la sentencia recurrida no constituyen delito ni falta alguna; y 2.º Los artículos 622 y 623 del mismo Código, porque no se halla comprendido en el primero de estos artículos el libro como materia de comiso. Visto, siendo ponente el Magistrado D. Rafael Alvarez:

Considerando que, aun cuando es indudable que en el libro pueden cometerse delitos ó faltas de los previstos en los libros 2.º y 3.º del Código penal, como por cualquier otro medio de publicación, siempre no lo es menos que el criterio con que el libro debe juzgarse ha de ser conforme con su especial índole y transcendencia; y que la novela titulada *La Prostituta*, al desarrollar el argumento que su autor se propuso, no revela tendencia alguna inmoral, ni en dicha novela se hace la apología de acciones calificadas por la ley de delito, ni se ofende á las buenas costumbres ni á la decencia pública al describir determinadas escenas, con el notorio objeto de hacer más aborrecible el vicio, siquiera el asunto tratado sea más ó menos bien elegido y más ó menos bien entendido el estilo al efecto empleado de conformidad con cierto género de literatura, porque no todo lo que no deba ser generalmente leído es penable con arreglo á las prescripciones del Código. Considerando que el Juzgado de primera

instancia del distrito del Hospital ha incurrido en error de derecho, calificando y penando como falta un hecho que no la constituye,

Fallamos que debemos declarar y declaramos haber lugar al recurso de casación interpuesto por D. Eduardo López Bago contra la sentencia pronunciada por el juez de instrucción del distrito del Hospital de esta corte, la cual casamos y anulamos, declarando de oficio las costas de este recurso, y mandando se devuelva al recurrente el depósito constituido: lo que se comunique á dicho juzgado con la sentencia que á continuación se dicta á los efectos correspondientes. Así por esta nuestra sentencia, etc.

Otra sentencia.—Fallamos que debemos absolver y absolvemos á D. Eduardo López Bago, declarando de oficio las costas. Así por esta nuestra sentencia, etc. Publicado en Madrid á 19 de Junio de 1885.»

Más, mucho más de cuanto yo pudiera decir se le ha ocurrido ya al lector, de seguro, al conocer de esta sentencia: habrá visto en la condenatoria del juez de primera instancia el decidido empeño en proclamar al naturalismo como literatura indecente; empeño que también, no en el terreno jurídico, sino en el literario, existe por

parte de los idealistas. Vano ha sido este afán, por más que no me atrevo á cantar victoria en absoluto. Todavía pudieran conseguirlo, y más cuando están decididos á usar de toda clase de armas en contra mía, y más aún cuando ocurren desde hace poco en España con el libro cosas en extremo peregrinas: ello es que hasta ahora no dieron motivo sino á una brillantísima defensa hecha por el Sr. D. Rafael Comenge, tan distinguida inteligencia en leyes como en letras, defensa que publicaré en breve; porque, para mayor dolor de mis detractores, mientras que la novela bonita alcanza el mediocre éxito de librería de que ya hice mención, *la novela fea*, con toda la fealdad de *La Prostituta*, agota sus ediciones rápidamente. ¡Quién sabe si, fijándonos bien en ello, radique en tales motivos, de puro mercantilismo, la guerra sin cuartel que hacen los idealistas á los que no lo somos! De aquí resultaría la polémica literaria convertida en una cuestión de competencia entre mercaderes, cosa que á nosotros, que no queremos tener actitudes de *artistas*, y si preferimos nuestro título de obreros, no había de rebajarnos, puesto que tenemos por honrosísimo el llamar á las cosas por su nombre, y de aquí que la *gran república de las letras* sea sencillamente el *mercado literario*.

Y aquí, enredándose en estos apelativos, surge otro problema que merece escudriñarse. Uno de los ataques que se dirigen al naturalismo es el de calificarlo de *literatura de hambrientos*. Lo he visto impreso de este modo en un juicio crítico hecho acerca de Balzac. Se dice que procuramos salir de apuros vendiendo un escándalo para comprar un pan; que la gloria nos importa un ardite, y el dinero del editor ó del público es nuestro objetivo. Es, sin embargo, sorprendente que en el juicio de la posteridad resulte precisamente lo contrario.

Las obras de Balzac son el monumento más asombroso que pueden levantar las manos de un hombre..... que pasó su vida lleno de acreedores, mientras que los románticos de su época, produciendo menos, vivieron espléndidamente. Pero ¿es que se pretende demostrar que Balzac escribía sin que sus contemporáneos le hicieran justicia? Estamos conformes. ¿Que no tenía éxito en su época lo que escribió? ¡Luego no buscó el éxito de su época! Acontece, además, otra cosa. Nosotros somos comerciantes, cierto. Los idealistas, no. Esto consiste en que nosotros vivimos de la literatura; es nuestra profesión, y no queremos otra. Mientras que yo veo en las grandes posiciones oficiales á esos para quienes el arte es tan

noble y sagrada cosa, que sólo lo ejercitan en sus ratos de ocio y como conocimiento de puro adorno.

La profesión de esos señores no es la literatura, es la política, y á veces algo más concreto: una carrera civil ó militar, en la que cobran un sueldo con el que atienden á las necesidades de la vida. Esto como base. D. Fulano de Tal no es novelista, es un consejero de Estado; D. Zutano es diplomático; aquel viste el honroso uniforme del cuerpo de artillería; este otro es diputado á Cortes, ha sido gobernador civil y ministro; cobra como cesante. Tienen, pues, una posición social clara, definitivamente ajena á las letras. Que no me digan que esta posición la han adquirido por las letras, porque es completamente falso y completamente absurdo. Las letras sería cosa risible que llevaran á esos puestos; y á fe que mejor será para todos que la posteridad no se entere de que hubo una edad en España en la que no encargaba el gobierno á los escritores de redactar crónicas y anales, memorias y estudios sobre los adelantos y la cultura de ella, sino que les daba retazos y migajas del presupuesto para que cubrieran su miseria y acallasen el hambre.

Ahí está, y esa es la literatura de hambrientos, la vuestra.

Por lo demás, no habrá quien no suelte la cajada ante el aserto de que el Sr. Alarcón, por haber escrito *El Niño de la Bola*, está en el Consejo de Estado; y el Sr. Valera, por ser autor de *Pasarse de listo*, obtuvo el honor y el lucro de ser representante diplomático de España en Washington; y el Sr. Núñez de Arce, con su poemita de *La Pesca*, adquirió méritos bastantes para que se le confiara el ministerio de Ultramar. Si esto fuera cierto, no acusaría más que un síntoma de decadencia. De aquí que sean todos ellos, y permítaseme el plagio de la frase, literatos entre los políticos y políticos entre los literatos. *Aficionados*. Esta es la palabra, y dejamos al insigne *Figaro* que relate lo que es y significa en el arte esta plaga. No hay que suponer injusticia en mi calificativo, ni exageración de ningún género. Se deduce forzosamente de los hechos. Debe repetirse. Salvo algunas excepciones, la literatura española contemporánea en el teatro, y más todavía en el libro, está escrita por aficionados. Por eso se rebelan ante la idea de considerarla como una profesión. Saben que, en presentándose en España un movimiento literario realizado por literatos de profesión, ellos quedarán relegados á la categoría antedicha. Su importancia en el arte será la misma que tienen ante Ru-

binstein los agregados de embajada que piano-tean en los salones; ante Luna y Pradilla, las señoritas que pintan floreros.

No os asuste, pues, queridos lectores, ni os asalte el temor de que vengan á perecer las letras patrias. Precisamente ahora, que ellos hablan de decadencia, porque venimos nosotros, los escritores de profesión, ahora es cuando se ve el renacimiento. Nosotros, que no hemos jugado á la bohemia como los chiquillos á los soldados; nosotros, que no podemos contar esas chuscadas que forman la niñez literaria de los que figuran en la novelita *Sin un cuarto*, gracias que parecen hechas para tener luégo el placer de relatarlas; nosotros, que tomamos la vida y la misión del escritor en serio, que tenemos el honrado propósito de vivir de nuestro trabajo exclusivamente, y que desmentimos rotundamente á los que dicen, como el Sr. Valera, que la novela no produce en España lo suficiente para vivir. Es extraño que lo confirmen agarrándose á los falldones de cualquier presidente del Consejo de Ministros los que declaran *urbi et orbi* que pasaron alegremente los tiempos de lá bohemia. Una de dos: ó aquellos bohemios jugaban á serlo, como ya he dicho, y eran soldados con sables de hoja de lata y monteras de papel, ó eran, en una

palabra, bohemios *pour rire*; aficionados también en esto, como en todo, ó, de lo contrario, niegan la evidencia.

El Sr. Valera declara que su novela de mayor venta, *Pepita Jiménez*, no le ha producido lo bastante para comprar un traje de mujer. Yo no niego las afirmaciones del Sr. Valera: como hombre de honor lo estimo y creo bajo su palabra. Mucho más cuando esto corrobora mi tesis. No, *la novela bonita* no se vende, no se estima; y la grande y amarga verdad deducida de aquí es que las duquesas no dan de comer más que á su servidumbre.

Pero ante la afirmación del Sr. Valera opongo yo otra mía; ante el ejemplo de todos esos escritores de afición, que tienen que *meterse en política* para llevar pan á la boca, presento otros ejemplos de los que ya en España viven fieramente de lo que les produce la venta de su trabajo. ¿De qué vive el Sr. Pérez Galdós? ¿De qué vive el Sr. Alas? ¿De qué vive el Sr. Sellés? ¿De qué vivo yo? Afirman que vivimos mal: no es cierto. Ustedes y nosotros, y todos los madrileños, pasamos nuestros apuros; pero hay una gran diferencia. Puesto que el señor Valera llega hasta el extremo de declarar que la venta de *Pepita Jiménez* no le produjo lo bastante para comprar el traje de una dama, sin

contradecirle con lo que la novela ó el teatro produce á mis compañeros, justo es que le diga que llevo diez años yo, el más humilde de todos ellos, viviendo exclusivamente del trabajo literario. Y como datos al Sr. Valera, que tengo obligaciones de familia á que atender, y que en Madrid, por si él lo ignora, están encareciéndose diariamente los contratos de inquilinato y los comestibles. ¡Vida bohemia no la hice nunca, nunca la hizo tampoco el Sr. Pérez Galdós, el Sr. Alas, ninguno de los citados! Lo que hay es que, por mucho que se declame en contra de las *corrientes nuevas que traen vientos de Francia*, y otras frases por el estilo, del galimatías retórico, el público y los editores saben ya á qué atenerse; y la literatura que se ejerce como un conocimiento de adorno podrá ser en los salones el encanto de las damas, pero en la calle no prospera. Lo que hay es que, nosotros en la barricada y vosotros en la Academia Española, cada cual ocupamos nuestro puesto; porque á fe que mientras vosotros estéis en los sillones dormitando, los que gustamos de velar no iremos á despertaros con un codazo; preferimos vivir entre los despiertos y hablar y discutir, porque ir allá para escuchar ronquidos nos aburriría mucho. Lo que hay es que la profesión es la que perfecciona cada vez más las aptitu-

des que para ella tenga cada individuo. Lo que hay es que donde unos y otros escribimos, nuestros libros de consulta manoseados dicen más que los vuestros sin abrir las hojas. Tenemos otras costumbres, distintas aspiraciones, hasta creo que hábitos contradictorios. ¡Calculad! Yo, que tomo diariamente catorce ó quince tazas de café, ¡yo académico! ¡Imposible! ¡Trastornaría todas vuestras reglas de higiene! Los que ejercen la literatura por mera afición se asustarían de que un hombre, por amor á la literatura, se procurase una sobreexcitación nerviosa, que pone en peligro la salud y desequilibra el organismo.

Este es, pues, en una gran síntesis, el estado de la novela en España. Vosotros á un lado y nosotros al opuesto. El público empieza á distinguir entre literatos y aficionados. Y no quiero insistir en esto, á no ser que á ello me viera obligado por alguno de vuestros ataques por la espalda; porque entonces estoy seguro de demostrar que *los vientos de Francia* los trajeron los plagiarios de Hipólito Lucas, de Alfonso Karr, de Teófilo Gautier, de Víctor Hugo, aquellos de quienes se han encontrado escritos en francés con anterioridad los que fueron después originales castellanos. Vosotros.

Y aquí, llegando al tema de la imitación y del plagio, nos encontramos con otro ataque de que es preciso defenderse. Se nos acusa de sectarios de Zola, de imitadores serviles, y no debe quedar sin contestación semejante absurdo.

El naturalismo no es una secta, es una verdad. La novela moderna tiene que ser naturalista. ¿En qué imitamos á Zola? En una sola cosa, en la cual le imitan todos los seres humanos. En amar la naturaleza. En no proceder por segregaciones y exclusiones, apartando lo feo, desechándolo, sino cogiendo en el campo un gran manojo, en que vayan reunidas en maravilloso contraste las rosas y el jaramago, la adelfa y el tomillo, la dorada espiga y la amapola, todo junto, confundido y revuelto, presentándolo así al público, tal como es, sin quitar á las rosas sus espinas, humedecido y fresco aún con el rocío, diciendo: «Este es nuestro ramo.» Se nos acusa de ello como de un crimen. Se nos acusa de copiar la humanidad tal como es, y de que la lealtad de nuestra pluma consista en que no nos guste engañar á nadie.

¡Imitadores de Zola! Pues los veristas italianos, y los literatos portugueses, y, sobre todo, el autor de *El primo Basilio*, también os parecerá que lo son. La imitación se extiende por todo

el mundo. Y, ¡oh prodigio!, los antecesores de Zola le imitaron también, no sólo en su patria, sino en el extranjero. ¿Qué mayor naturalismo que el de Carlos Dickens en Inglaterra? Esto sin remontarnos al clasicismo de todas las naciones.

¿Qué resulta de aquí? Sencillamente que Zola no es imitador ni imitado. La vida del naturalismo no es ficticia, como lo fué la del motín romántico. Este lo demuestra cuando nos ataca diciendo que rebajamos el arte llevándolo al terreno de la ciencia. Pues bien : un arte que se une á la ciencia, que se apoya y fundamenta en ella, no puede morir. Y los que califican el naturalismo de secta, incurren en el mismo error que si calificaran de imitadores y sectarios á los matemáticos, á los fisiólogos y á los químicos. Nuestro lazo común es la verdad axiomática : «La naturaleza vista á través de un temperamento es la obra artística.» ¿No es eso? ¡Pues entonces no es nada! La variedad de temperamentos produce la variedad de obras. Y así resulta que ninguno de los autores naturalistas se parece más que en que todos ellos siguen el procedimiento único é ineludible: la observación y el experimento.

Nuestro procedimiento es muy sencillo. «Mostramos, dice Zola, el mecanismo de lo útil y el de

lo perjudicial; analizamos en él el determinismo de los fenómenos humanos y sociales, para que algún día puedan dominarse y dirigirse estos fenómenos. En una palabra, trabajamos con todo el siglo actual en la grande obra, en la conquista de la materia, en el poder del hombre centuplicado.»

De aquí la extrañeza que causan nuestros libros, de aquí su carácter de cosa nueva y desusada.

«¡Cómo! dicen los durmientes de la Academia. ¿Quién es ese que se atreve á escribir una novela usando palabras que antes sólo se empleaban en los libros de patología? ¿Qué novelistas son estos que, al hablar de una mujer, nos describen el parto, cuando la gran ventaja que tenían las heroínas de nuestros libros era precisamente el no parir nunca? ¿Qué literatura es la que no aspira á ponerse nuestro uniforme de inmortales, y anda por los anfiteatros estudiando la miseria humana, vistiendo la blusa de disección, la horrible blusa negra con ribetes amarillos? ¿Qué falta hace eso? La humanidad bien vestida es la que debe retratarse; el desnudo, ¿para qué? ¡Á ver! ¿No hay por ahí un gobernador que denuncie esos libros como escandalosos? ¿No hay tribunal que encause al autor y le condene?»

Hubo gobernador, tranquilizaos. Pero no hubo tribunal. Buscadlo, que todo puede ser, y acaso lo encontréis, con lo cual se logrará que yo lo sienta, no por mí, sino por el juez y por vosotros, y al juez y á vosotros os compadezca.

¡Escándalo! ¡Ataque á la moral y á la decencia pública! Todo eso habéis querido echar sobre mí y sobre mis libros como un borrón de infamia. ¿Qué os habéis propuesto? Vosotros habéis querido deshonrarme, y juro que lo habéis de sentir, porque los deshonrados seréis vosotros. Mi padre, poco antes de morir, me dijo que mis libros podrían ser buenos ó malos, pero serían siempre libros escritos con honradez. Me lo dijo él, un inteligente en este punto, y yo declaro que ninguno de vosotros es tan honrado como mi padre.

Quédese esto aquí, porque así parece que resulta mejor y más cumplidamente terminada la empresa que me propuse al escribir este apéndice. Y resúmase cuanto queda dicho con estas solas palabras:

¡Echemos de la literatura á los aficionados!
¡Derrotemos á los pedantes! ¡Paso á los escritores de profesión!

EDUARDO LÓPEZ BAGO.

IMPRESIONES DE UN LECTOR

IMPRESIONES DE UN LECTOR

EDUARDO LÓPEZ BAGO

La silueta literaria de López Bago es, aunque no bien marcada todavía, una de las más enérgicas y más bizarras que conozco. Podrá, quizá, faltarle dibujo, no tener el suficiente realce; pero le sobra color, color temerariamente distribuído, hasta formar la más brillante mancha artística de nuestra moderna generación de noveladores.

Cuando evoco su personalidad literaria para no creer agotados del todo los nuevos ideales estéticos de este desdichadísimo país nuestro (que parece colocado á más distancia del cielo que las demás naciones de Europa, según las mayores desventuras que incesantemente lo afligen), hay veces en que tengo materialmente que cerrar los ojos, lastimados por exceso de luz, como me ocurre contemplando los lienzos de la buena escuela veneciana.

López Bago es el temperamento más heroico de la época, y también el más convencido. Aquellos *Amores* suyos, publicados hace ya una porción de tiempo, cuando su autor apenas contaba veintidós años, *Amores* que, aunque predominaba en ellos la nota psicológica sobre la fisiológica, son, en su gran síntesis, un estudio rudo é inexorable del corazón humano, arrancado con valentía del pecho del hombre, y puesto así, palpitante y goteando sangre, ante los ojos del lector, eran, y en ese sentido debió inspirarse la crítica que no es acéfala para juzgarlos, eran más que una realidad, una brillante, una brillantísima promesa de más altas y más radicales empresas. El escándalo que produjo el libro fué enorme: se llamaba atrevido al autor, como si el atrevimiento no fuera un deber del pensador y del soldado, y se le amagaba con echarlo á la policía como se echaban perros á las bestias feroces en los espectáculos bárbaros; pero la chusma policiaca se quedó con las ganas, bostezante y famélica, á pesar de los alaridos salvajes del clero y de los anatemas rabiosos que tiraron contra la bella y soñadora cabeza del joven combatiente, sin conseguir herirla.

Y cuando los hombres esos del sentido práctico, del buen sentido, los hombres de nego-

cios, consiguieron volver á encauzar las actividades anímicas del país hacia la compra y venta del chocolate y los garbanzos, todos nosotros, los que no somos prácticos, y nos honramos mucho en no serlo, y miramos compasivamente á los que lo son, como miraríamos compasivamente también un caso de imbecilidad ó de raquitismo; nosotros, los que no somos prácticos, convinimos en que López Bago había desarrollado vientos de progreso en la nación, haciéndola ocuparse tres días seguidos de un libro que no era una tarifa de comercio ni una galería biográfica de toreros ilustres, y que en ese sentido había merecido bien de la patria, y, lo que vale más que eso para los que no nos conmovemos mucho con la idea de patria, bien de la civilización y bien de la cultura humana.....

Pasó tiempo; yo era de los treinta ó cuarenta mil españoles que se habían aprendido de memoria el nombre de López Bago, porque presentían la aureola de gloria rodeando el nombre del desconocido.....—una hermosa aureola que casi siempre hace sangrar la frente del que la lleva.....—El pequeño león ya no rugía; había que declarar-

lo rendido : ya no se revolvía frenéticamente de un extremo á otro de la realidad, ni llenaba el espacio literario con sus alaridos, ni amenazaba á la sociedad con la exposición de las miserias y vicios que la degradan, que la enervan.....—¿Lo había descorazonado la primer batalla? ¿Era un naufrago más de los que la civilización arroja, después de ahogarlos, á la orilla, para abandonarlos al análisis hondo y corrosivo del gusano, el último enemigo del hombre.....? ¡Ay de la juventud que desanda el camino, que vuelve la espalda á la pelea, que teme el peligro y abandona los puntos de vanguardia al enemigo, á los viejos que tienen la pretensión de continuar siendo jóvenes!—¡Esa juventud cobarde..... merecería una maldición, enorme como el mundo, eterna como la creación! ¡Una maldición que no acabara nunca!

No era eso: yo no conocía á López Bago, y por ello lo calumniaba, creyéndolo cobarde; es que entonces, en aquella época de pasividad aparente, López Bago se peleaba con la desgracia, luchaba desesperadamente con el infortunio, y ¡ay! la victoria no se decidía por el hombre; el hombre forcejeaba desde el suelo con los últimos alientos de la desesperación, lleno de fe y de coraje, pero también de heridas y casi desangrado,

sin poder conseguir otra cosa que la prolongación de su vida, esto es, la prolongación de su agonía..... Como todos los grandes artistas, como Balzac, como Bécquer, como Musset, como Zola, como Sardou, López Bago ha tenido una iniciación dolorosa, iba á decir sangrienta, en la literatura. Ha sufrido, se ha visto negado, ¡ha debido llorar!....—¡Esas lágrimas del pensador, que son lágrimas reconcentradas de una porción de generaciones de mártires!—Salió romántico de la lucha con el destino, y escribió *La confesión de un esceptico*, una hermosísima página, que parece, por su frescura y por sus cambiantes, escrita, no con tinta, esta horrible tinta negra que tantas infamias comete, que ayuda á cometer tantas infamias, sino con el rocío de los campos y sirviéndole de tintero el cáliz delicado de una de esas hermosas flores primaverales, que, á semejanza de ciertas grandes almas, sólo abren sus pétalos á la hora más pura, más silenciosa de la mañana, como para aspirar con mayor éxtasis, con mayor devoción, y, ¿por qué no decirlo?, con mayor sensualidad también, los poderosos efluvios del amor cósmico.

Fué periodista político, esclavo sin derecho á la queja, en *El Parlamento*, un periódico que no ha debido morir nunca, y periodista literario en

La Revista Contemporánea, una de las publicaciones científicas que más honran á España. Su tradición periodística es brillante y justa. Tiene hasta leyenda. López Bago era considerado entonces, entre los iniciados de las redacciones, como uno de los selectos periodistas de la nación.

Yo lo conocí algún tiempo después en *La Reforma*, periódico que no tenía otro defecto que el de defender la política, bizantina entonces, y ahora risible, del general López Domínguez. Y cuando *La Reforma* desapareció de la arena, otra nueva inmersión de López Bago en la sombra; luégo supe que se preparaba á escribir su novela política *El Periodista*.

Lo vi por la calle cuatro ó cinco veces, y nunca me atreví á detenerlo, porque hubiera creído hacerle mala obra: un hombre que va por el arroyo en vez de por la acera, con la cabeza baja y pensativo, las manos cruzadas á la espalda, andando apresuradamente y moviendo los labios como quien habla con una desesperación ó con un pensamiento rebelde, tiene derecho á que no se le interrumpa y hasta á que se le abra paso: puede ser funesta la imprudencia de despertar á uno de esos somnámbulos que pasean por la calle sus lecciones de ideas.

Elaboraba *La Prostituta* y *La Pálida*, y pare-

cía como trastornado por los éxtasis de la concepción. Todas las mujeres que sean madres comprenderán esto mejor que sus esposos y sus hijos educados en los institutos.

Poco tiempo después, un gran estruendo en las librerías y en las Academias, las opiniones mojigatas asustadas, las hipocresías al uso llenas de indignación, la gente de letras vomitando bilis hasta por los ojos, me apercibieron — á mí, que vivo tan retirado de todo ese odioso mundo externo — me apercibieron de que López Bago daba otra vez la batalla en las calles: la guerra civil de las ideas.

Pero esta vez con más arrogancia que en *Los Amores*, declarándose á sí propio protestante, retirándose de las otras tiendas, como si adivinara en ellas la peste, rechazando para sus teorías literarias el *Derecho de gentes*, amenazando con la guerra sin cuartel y contestando como Palafox á sus sitiadores: «Después de la guerra del cañón, la del cuchillo.»

¡Qué pánico en las filas nerviosas del romanticismo!

Hasta el gobierno se ha creído en el caso de formular su opinión literaria por medio de uno de sus dependientes, del gobernador civil de Madrid.

López Bago, en el apéndice de *La Buscona*, califica á D. Raimundo Fernández y Villaverde y García del Rivero, etc., de romántico, no pudiéndose explicar de otro modo la saña con que persigue á sus libros; como si un hombre de la cultura literaria de Fernández y Villaverde y García del Rivero, etc., pudiera ser ni romántico, ni clásico, ni nada, sino gobernador—así lo llaman—de los conservadores. ¿Qué ha de entender de literatura, ni de arte, ni de nada, el autor de ese enrevesadísimo bando pegado en las esquinas á raíz de los motines escolares, que obligó á *El Liberal* á volver por los fueros ultrajados, desconocidos, negados, no ya del sentido común, que eso es poco, sino hasta de las generalidades más simplicísimas y más elementales de la gramática, de las gramáticas esas para uso de la infancia? ¡Ah! ¡Ese mandarín soberbio, que quiere someter al código la inspiración, decirle al pensamiento: «hasta aquí has de llegar;» reglamentar el arte, dar órdenes á la belleza—¡él, Villaverde!,—decretar moral desde su despacho y tratar, no ya á las teorías, sino á las opiniones literarias como si fueran verduleras ó estudiantes, á sablazos y á amenazas, y á quien se le antojan los dedos huéspedes!

Ha sido un auxiliar poderoso del éxito de *La*

Prostituta; sus censuras, redactadas en ese empalagoso estilo administrativo, propiedad real y efectiva de los hombres que tienen más vientre que cerebro, han excitado potentísimamente á la venta del libro; si yo fuera López Bago, escribiría á ese gobernador dándole gracias por sus malquerencias y sus hostilidades..... Y de ser, ó más humano, ó más acomodaticio, ó más flexible el temperamento social del autor de *La Buscona*, yo creería que estaba de acuerdo con Villaverde para conseguir lo que ya ha conseguido: vivir fieramente de la renta que le dan sus libros.

Apareció *La Prostituta*, en seguida *La Pálida*, luego *La Buscona*, las tres fases de la victoria: primero las hostilidades, luego la jornada, y por último la gloria. Es de esta última de la que quiero principalmente ocuparme; de *La Buscona*: de la gloria.

López Bago remata su sombrío estudio de la prostitución con una gran aurora, con una imponente explosión de luces y colores, quizá inspirándose en ideas de competencia, de justísimo resentimiento literario y hasta personal con monsieur Alphonse Daudet, el gran colorista de Fran-

cia. *La Prostituta* y *La Pálida* son obras implacables, sin nervios y sin entrañas, inexorables, en que el autor se oculta por completo para que sea la realidad sola, pero la realidad más antipática, más odiosa, la realidad que mata al padre y deja á los hijos huérfanos, la realidad que parece cómplice de la infamia, quien hable en todas las páginas, y quien se agite, atormentadora, cobarde, en toda la acción, en todo el argumento del libro.

Y resulta feo. Porque esa sociedad que estudia López Bago en *La Prostituta* y *La Pálida* es fea, esencialmenté fea, monstruosa, y huele más al pus y á los desinfectantes de las salas clínicas que al aroma de los campos y que al perfume indistinto de la verdadera belleza.

¡Ah! El crimen es realidad; la navaja go-teando sangre es realidad también; la madre que vende á su hija, el esposo que vende á su mujer, el pensador que vende á su conciencia, las ansias del borracho, los ayes del sifilítico, las agudas estridencias de la virginidad desgarrada, la imbecilidad del que hereda de sus padres malos humores, una complexión raquítica y anemia en la sangre; el hombre que promete, la mujer que fía; el temperamento sexual, priápico, que se retuerce desesperadamente como si estuviese encade-

nado, y el temperamento linfático, pasivo, que se entrega, que se rinde con facilidad, como si estuviera independiente del cerebro; la sangre viciosa, emporcada, sucia, miserable, que arroja al cerebro, á toda la masa encefálica, cuanta porquería arrastra consigo; vicio, crimen, suciedad, miseria. ¡Cualquiera!, fulano, zutano, yo que digo esto, el vecino de enfrente, ese que quema la cama de su madre para calentar los pies de su querida; ese otro, Palissy de la miseria, que quema sus muebles para calentar el puchero de dos reales que ha llevado de la taberna de la esquina; todo esto, ¿no es realidad también? Pero también es realidad la nube, las gasas de vapor que se metamorfosean en la atmósfera marcando sobre fondo azul dibujos fantásticos; la virgen que se resiste asustada de las brutalidades de la materia; fulano y zutana que se aman á pesar de la igualdad de sus temperamentos; la naturaleza, toda la naturaleza bruta, tan opulenta, tan espléndida de perfecciones como sueñan á Dios las criaturas que tienen la fortuna de creer en Él; el aire embalsamado de los campos; la ilusión rosada ó color de cielo meridional de los amantes de quince años; el amor, el vino bebido sin exceso, una buena comida, y la apoteosis de la dicha humana; una

mujer joven y espiritual que os diga á gritos después de las adorables confidencias al oído: «Yo te amo por esta noche y por siempre.» ¡Oh! Eso es también realidad y vale la pena de que sea descrita por todos los fotógrafos de la escuela naturalista.

— «*¡Le document humain!*» — El documento humano ¿es la monstruosidad? Entonces no hay ningún artista en la tierra, ningún amante de la belleza. Todos deben desertar de ella, matarse, suicidarse, antes de que la horrible muerte los asesine á traición por la espalda.

El documento humano no es lo feo, no es sólo lo feo; es también lo bello, lo hermoso. ¿Á qué copiar siempre lo feo? ¿Es, por ventura, el fin del arte la negación?

¡Ah! ¡En Francia se equivocan, como se equivocan en España! La realidad no es lo feo. Es lo feo y lo bonito combinados. Á veces lo bonito sólo. Lo feo sólo, la nota negra dominándolo todo, el color negro siempre, eso sólo se ve en los carboneros los días de trabajo; los domingos se lavan la cara, se visten de limpio y van á *El Ramillete* á bailar con sus paisanas; y son morenos, rubios, sonrosados, pálidos.—Hombres.

El dilema, lo positivo y lo negativo, la tesis y la antítesis, el anverso y el reverso. Ese es el arte.

Ni el color blanco, ni el color negro solo. El blanco y el negro combinados hasta la hermosura absoluta. Un claroscuro que no ha podido soñar Rembrandt.

Por eso prefiero *La Buscona* á su madre y á su abuela. Porque veo en ella una solución admirable. Es verdad y belleza : *vivante et moderne* al mismo tiempo, como debe ser el arte á la altura del progreso que hemos llegado.

Parece como si López Bago hubiera sido testigo de aquel interesantísimo diálogo artístico entre Jules Dupré, el eminente paisajista, y su primo Claretie, el hermoso cronista de *Le Temps*. «*N'oublie jamais, decía el pintor al novelista, que pour qu'une œuvre d'art soit bonne, il faut la traiter comme Dieu a traité ses arbres; les racines dans la terre et la cime dans le ciel.*» Así ocurre con ese libro que me cuesta trabajo llamar *La Buscona* : que tiene las raíces en la tierra y la cima en el cielo.

La protagonista, Rosita Pérez, una ficción literaria de López Bago, es una mujer á la que yo he saludado, y aun algo más que eso, siempre que la he visto por la calle ó que la he encontrado en su casa. Miguel Loitia, su amante, tiene todas las sensibilidades y todos los movimientos de la realidad : se mueve porque está formado de mús-

culos y sangre. Su autor sólo dice de él que es joven. Huelga la declaración. Los que somos jóvenes y los que lo han sido ven la juventud de Miguel Loitia en sus actos, como se ve la descomposición y la recomposición incesante de los mundos en los rayos solares. El padre del amante, el gobernador de los moderados, es la figura más simpática, más bien dibujada, más llena de color y también más movida de la obra. Creo ciegamente en la inmortalidad de esa figura. Es verdadera y humana. No le falta más que el soplo divino para que ande, y hable, y sienta, y ame, y pueda ejercer el despotismo á nombre del conde de San Luis, su amigo, y tomar café en el Suizo en *la mesa de los padres*, y recitar de memoria los artículos que publicó su hijo en el periódico político á cuya redacción pertenece.....

Estoy tan enamorado de la obra que no acabaría nunca de hablar de ella. Por todas sus páginas, absolutamente por todas, se sienten los vagos estremecimientos de la vida que circula. Es un libro animado al cual no le falta más que fisonomía humana, para que sus personajes puedan sentarse con nosotros á la mesa. ¡Y qué buen amigo que sería yo entonces del Sr. Loitia, el gobernador de los moderados, y cómo sabría consolarlo de los extravíos naturalísimos del hijo,

citándole una porción de nombres hermosos : Byron , Gœthe , Musset , Heine , tan colosales amando como pensando , para probarle que los besos apasionados de una mujer , aunque se llame Rosita Pérez ó Nana , que es nombre más espantoso , no chupan ni dignidad ni talento , sino pesares y melancolías de esas que forman grietas en el cuerpo por donde la vida pueda escaparse fácilmente á la primer intimación de la muerte !

Un abrazo entusiasta al heroico campeón del naturalismo radical en España.

ALEJANDRO SAWA.



OBRAS TERMINADAS Y EN PUBLICACIÓN

A LAS QUE SE ADMITE SUSCRICION POR ENTREGAS

Odio de raza ó la Sultana loca. — Novela histórica, original de D. Julián Castellanos y Velasco. — Esta obra, que consta de dos tomos, se repartirá por cuadernos de 32 páginas. — El precio de cada cuaderno sólo será **UN real en toda España.**

El Anillo de Satanas. — Novela histórica, original de don Ramón Ortega y Frias. — Esta obra, que consta de dos tomos, se repartirá por cuadernos de 32 páginas. — El precio de cada cuaderno sólo será **UN real en toda España.**

El Hijo de la Noche ó la Herencia del crimen. — Novela histórica, original de D. Julián Castellanos y Velasco. — Esta obra consta de dos tomos, y se repartirá cada semana un cuaderno que contendrá cuatro entregas, ó sean 32 páginas, siendo su precio el de **UN real.**

El Favorito de la Reina. — Novela histórica, original de don Julián Castellanos y Velasco. — Esta obra consta de dos tomos, y se repartirá cada semana un cuaderno de cuatro entregas, ó sean 32 páginas, siendo su precio el de **UN real.**

Los Templarios.—Novela original de D. Juan de Dios de Mora.—Esta obra consta de dos tomos, y se repartirá cada semana un cuaderno que contendrá cuatro entregas, ó sean 32 páginas, siendo su precio el de **UN real**.

La Justicia de Dios.—Novela histórica, original de D. Ramón Ortega y Frías.—Esta interesante obra consta de dos tomos de regulares dimensiones, y se publica por entregas de ocho páginas.—El precio de cada entrega será el de **UN cuartillo de real en toda España**.

Las Islas maravillosas.—Viaje á las regiones del Ecuador, por D. Ramón Ortega y Frías.—Esta obra consta de dos tomos, y se repartirá cada semana un cuaderno de cuatro entregas, ó sean 32 páginas, siendo su precio el de **UN real**.

La Venganza de un proscrito.—Novela histórica, original de D. Julián Castellanos y Velasco.—Esta obra consta de dos tomos, y se repartirá cada semana un cuaderno de cuatro entregas, ó sean 32 páginas, siendo su precio el de **UN real**.

Florinda ó la Cava.—Novela histórica, original de D. Juan de Dios de Mora.—Esta obra formará dos tomos, y se repartirá cada semana un cuaderno que contendrá cuatro entregas, ó sean 32 páginas, siendo su precio el de **UN real**.

Roberto el Pirata ó el Nieto del diablo.—Novela histórica, original de D. Julián Castellanos y Velasco.—Esta obra formará dos tomos, y se repartirá cada semana un cuaderno de cuatro entregas, ó sean 32 páginas, al precio de **UN real**.

La Hija del verdugo ó la Herencia de lágrimas.—Novela

histórica, original de D. Julián Castellanos y Velasco.— Esta interesante obra formará dos tomos de regulares dimensiones, y se publicará por cuadernos semanales de 64 grandes columnas, siendo su precio el de **DOS reales cada uno**.

El Secreto de una tumba.—Novela original, por D. Torcuato Tárrego y Mateos.—Esta obra constará de dos tomos, y se repartirá cada semana un cuaderno que contendrá cuatro entregas, ó sean 32 páginas, siendo su precio el de **UN real**.

Los Asesinos.—Novela social, por D. Eduardo López Bago.—Esta obra consta de dos tomos, y se repartirá cada semana un cuaderno que contendrá cuatro entregas, ó sean 32 páginas, siendo su precio el de **UN real**.

La Honradez de un ladrón, por D. José Conde de Salazar.— Esta obra consta de dos tomos, y se repartirá cada semana un cuaderno que contendrá cuatro entregas, ó sean 32 páginas, siendo su precio el de **UN real**.

La publicación de las doce primeras está terminada, y podemos servir las de una vez si los señores suscritores lo desean.

El suscriptor que por cualquier causa dejase de recibir el reparto con puntualidad, se servirá dirigirse directamente á esta Administración, la que pondrá inmediatamente los medios para servirles, pues esta casa tiene especial cuidado en cumplir con rigurosa exactitud sus compromisos.

933

2 60 *Saura* 35
 55 *L* 250
 20
 OBRAS DEL MISMO AUTOR 20
 25
 1 20 ~~~~~ 1 20
 65 65

Los Amores (obra entretenida), edición de lujo (agotada). Precio.....	8 pesetas.
El Pezodista (novela política), segunda edición. Precio.....	2 »
La Prostituta (novela médico-social), cuarta edición. Precio.....	3 »
La Pálida , segunda parte de <i>La Prostituta</i> , sexta edición. (Estas dos obras denunciadas por el Gobierno por el supuesto delito de escándalo, ataque á la moral, á las buenas costumbres y á la decencia pública, han sido absueltas por el Tribunal Supremo.) Precio.....	3 »
La Buscona , tercera parte de <i>La Prostituta</i> , sexta edición. Precio.....	3 »
Safo , costumbres de París, traducción de la obra de Mr. Alfonso Daudet. Precio.....	3,50 »

EN PREPARACIÓN

- El Confesionario** (segunda parte de *El Cura*).
- La Monja** (tercera parte de *El Cura*).

Los pedidos á la casa editorial de los Sres. D. Juan Muñoz y Compañía, Espada, 11, bajo, y á las principales librerías.